CENTRO INTERNACIONAL DE ESTUDOS
DE DOUTORAMENTO E AVANZADOS
DA USC (CIEDUS)

TESE DE DOUTORAMENTO

LA EPIFANÍA EN LA GALICIA MEDIEVAL: CONFIGURACIÓN DE UNA ICONOGRAFÍA

María Novoa Fernández

ESCOLA DE DOUTORAMENTO INTERNACIONAL

PROGRAMA DE DOUTORAMENTO EN ESTUDOS MEDIEVAIS

SANTIAGO DE COMPOSTELA / LUGO

2019

Anexo de fuentes

1 Números, 22, 1-41, Balac manda llamar a Balaam

Los israelitas siguieron su camino y acamparon en las llanuras de Moab, al oriente del río Jordán, frente a Jericó. Balac, hijo de Sipor, vio lo que habían hecho los israelitas con los amorreos. También la gente de Moab se llenó de miedo al ver que los israelitas eran tan numerosos. 4. Entonces dijo la gente de Moab a los ancianos de Madián: *"Toda esta gente va a acabar con nuestra tierra, como un buey acaba con el pasto del campo".* Por aquel tiempo Balac, hijo de Sipor, era rey de Moab, y mandó llamar a Balaam, hijo de Beor, quien se encontraba en Petor, junto al río Éufrates, en el país de Amav. Balac ordenó a sus mensajeros que dijeran a Balaam: *"De Egipto ha venido un pueblo que se ha extendido por todo el país y ahora se ha establecido delante de mí. Ven en seguida y maldice a este pueblo por mí, pues es más fuerte que nosotros. Quizá así pueda yo derrotarlos y expulsarlos del país. Yo sé que tus bendiciones y tus maldiciones siempre se cumplen."*

Los ancianos de Moab y de Madián se fueron con dinero en la mano para pagar las maldiciones, y al llegar a donde estaba Balaam le dieron el mensaje de parte de Balac. Balaam les dijo: *"Quedaos aquí esta noche y yo os responderé según lo que el Señor me ordene"*. Los ancianos de Moab se quedaron con él. Pero Dios se apareció a Balaam y le preguntó: *"¿Quiénes son esos hombres que están contigo?"* Balaam le respondió: *"Balac, hijo de Sipor, que es rey de Moab, los envió a decirme que un pueblo ha salido de Egipto y se ha extendido por todo el país. Balac quiere que yo vaya en seguida a maldecirlos, para ver si así puede derrotarlos y echarlos fuera de su territorio"*. Entonces Dios dijo a Balaam: *"No vayas con ellos ni maldigas a ese pueblo, porque a ese pueblo lo he bendecido yo"*. Al día siguiente, Balaam se levantó y dijo a los jefes que había enviado Balac: *"Regresad a vuestra tierra. El Señor no me permite ir con vosotros".* Los jefes de Moab regresaron a donde estaba Balac, y le dijeron: *"Balaam no quiso venir con nosotros"*. Pero Balac insistió y volvió a enviar otros jefes, esta vez en mayor número y de más importancia que los primeros. Ellos fueron a ver a Balaam y le dijeron:" *Balac, hijo de Sipor, nos manda a decirte: 'Por favor, no te niegues a venir. Yo te daré los más grandes honores, y haré todo lo que me pidas; pero ven y hazme el favor de maldecir a este pueblo".* Pero Balaam les respondió: *"Aunque Balac me diera todo el oro y la plata que caben en su palacio, yo no podría hacer nada, ni grande ni pequeño, que fuera contra las órdenes del Señor mi Dios. Sin embargo, quedaos aquí también esta noche, y veré qué me dice esta vez el Señor"*. Por la noche, Dios se apareció a Balaam

y le dijo: *"Si esos hombres han venido a buscarte, levántate y vete con ellos, pero tendrás que hacer solamente lo que yo te diga".*

Balaam se levantó al día siguiente, ensilló su asna y se fue con los jefes moabitas. Balaam iba montado en su asna y le acompañaban dos criados. Pero la ira de Dios se encendió contra él porque se había ido, y el ángel del Señor se interpuso en su camino para cerrarle el paso. Cuando el asna vio que el ángel del Señor estaba en medio del camino con una espada en la mano, se apartó del camino y se fue por el campo; pero Balaam la golpeó para hacerla volver al camino. Luego el ángel del Señor se paró en un lugar estrecho, donde el camino pasaba entre viñedos y tenía paredes de piedra a ambos lados. Cuando el asna vio al ángel del Señor, se recostó contra una de las paredes, oprimiéndole la pierna a Balaam. Entonces Balaam le volvió a pegar. Pero el ángel del Señor se adelantó a ellos y se detuvo en un lugar muy estrecho, donde no podía uno apartarse ni a un lado ni a otro. Cuando el asna vio al ángel del Señor se echó al suelo. Entonces Balaam se enojó y la azotó con una vara. En ese momento hizo el Señor que el asna hablase y le dijera a Balaam: *"¿Qué te he hecho? Con esta van tres veces que me pegas".*

–Te estás burlando de mí –le respondió Balaam–. *Si tuviera a mano un cuchillo, ahora mismo te mataría.*

Pero el asna le dijo: *"Yo soy el asna que tú has montado toda tu vida, y bien sabes que nunca me he portado así contigo".*

–Es verdad –respondió Balaam.

Entonces el Señor hizo que Balaam viera a su ángel, que estaba en medio del camino con una espada en la mano. Balaam se inclinó hasta tocar el suelo con la frente, y el ángel del Señor le dijo: "*¿Por qué pegaste tres veces a tu asna? Yo soy quien ha venido a cerrarte el paso, porque tu viaje me disgusta. El asna me vio, y me esquivó las tres veces. Si no me hubiera esquivado, ya te habría yo matado, aunque a ella la habría dejado con vida*".

Balaam respondió al ángel del Señor: *"He pecado, pues no sabía que eras tú quien estaba ahí cerrándome el camino. Si te parece mal que vaya, regresaré".*

Pero el ángel del Señor le contestó: "*Puedes ir con esos hombres, pero dirás solamente lo que yo te diga".*

Balaam se fue, pues, con los jefes que Balac había enviado. Cuando Balac supo que Balaam se acercaba, salió a recibirlo a una ciudad de Moab situada junto al río Arnón, en la frontera del país, y le dijo: "*Te mandé a llamar con insistencia. ¿Por qué no querías venir? ¿Pensabas que no soy capaz de hacerte grandes honores?"*

Balaam le respondió*: "Pues aquí estoy; ya he venido a verte. Pero no tengo poder para hablar por mi cuenta; solo podré decir lo que Dios me comunique".*

Luego Balaam se fue con Balac a Quiriat-husot, donde Balac mandó que mataran vacas y ovejas, y que se las llevaran a Balaam y a los jefes que le acompañaban. A la mañana siguiente, Balac buscó a Balaam y le hizo subir a Bamot-baal, desde donde pudo ver los alrededores del campamento de los israelitas.

Números 23, 1-30.

Entonces Balaam le dijo: *"Constrúyeme aquí siete altares, y prepárame siete becerros y siete carneros"*. Balac hizo lo que Balaam le dijo, y entre ambos sacrificaron un becerro y un carnero en cada altar. Y Balaam dijo a Balac: "*Quédate junto al sacrificio, mientras yo voy a ver si el Señor viene a encontrarse conmigo. Luego te comunicaré lo que él me dé a conocer".*

Balaam se fue a una colina desierta, donde Dios se le apareció. Balaam le dijo: *"He preparado siete altares, y en cada uno he ofrecido un becerro y un carnero"*. Entonces el Señor puso en labios de Balaam lo que tenía que decir, y le dijo: "*Regresa a donde está Balac y dile lo mismo que yo te he dicho"*. Balaam regresó y encontró a Balac de pie, junto al sacrificio, en compañía de todos los jefes moabitas. Entonces Balaam pronunció esta profecía:

"Desde las montañas del oriente, desde Aram,
me hizo venir Balac, rey de Moab.
'Ven, me dijo, maldíceme a Israel,
deséale el mal al pueblo de Jacob.'
Pero ¿cómo maldecir al que Dios no maldice?
¿Cómo desear el mal, si el Señor no lo hace?
Desde estas altas rocas puedo verlo,
desde estas colinas lo miro:
es un pueblo que vive apartado,
distinto de los otros pueblos.
Son como el polvo: ¿quién puede contarlos?
¿Quién puede saber su número?
¡Ojalá muera yo como esos hombres justos,
y sea mi fin como el de ellos!"

Entonces Balac dijo a Balaam: *"¿Qué estás haciendo? Yo te traje para que maldijeras a mis enemigos, y tú te has puesto a bendecirlos"*. Balaam contestó: *"Habíamos quedado en que yo diría solamente lo que el Señor*

pusiera en mis labios". Pero Balac insistió: *"Ven conmigo a otra parte, desde donde sólo podrás ver los alrededores del campamento, pero no el campamento completo. Maldícemelos desde allí".* Y Balac llevó a Balaam al campo de Sofim, en la cumbre del monte Pisgá, donde construyó siete altares y sacrificó en cada uno un becerro y un carnero. Allí Balaam dijo a Balac: "*Quédate aquí, junto al sacrificio, mientras yo voy a encontrarme con Dios".* El Señor salió al encuentro de Balaam y puso en sus labios lo que tenía que decir. Además, le dijo: *"Regresa a donde está Balac y dile lo mismo que yo te he dicho".* Balaam regresó y encontró a Balac de pie, junto al sacrificio, en compañía de los jefes moabitas. Y Balac le preguntó: *"¿Qué te dijo el Señor?"* Entonces Balaam pronunció esta profecía:

"Balac, hijo de Sipor,
escúchame con atención.
Dios no es como los mortales:
no miente ni cambia de opinión.
Cuando él dice una cosa, la realiza.
Cuando hace una promesa, la cumple.
Yo tengo órdenes de bendecir;
si Dios bendice, yo no puedo contradecirle.
Nadie ha visto engaño ni maldad
en Israel, el pueblo de Jacob.
El Señor su Dios está con ellos,
y ellos le aclaman como rey.
Dios, que los sacó de Egipto, es para ellos
lo que son para el búfalo sus cuernos.
Contra Jacob no valen maleficios;
contra Israel no sirven brujerías.
Ahora es preciso decir a Israel:
'¡Cuántas maravillas ha hecho Dios contigo!'
Este pueblo se levanta
amenazante como un león,
y no descansará hasta devorar su presa
y beber la sangre de sus víctimas."

Balac dijo entonces a Balaam: *"¡Ya que no puedes maldecir a este pueblo, por lo menos no lo bendigas!"* A lo cual respondió Balaam: *"¿No te he dicho ya que solo puedo hacer lo que el Señor me ordene?"* Entonces Balac le dijo: *"Ven, que te voy a llevar a otra parte. Quizás a Dios no le disguste que maldigas a Israel desde allí"*. Y así Balac llevó a Balaam a la cumbre del monte Peor, desde donde se ve todo el desierto. Allí Balaam dijo a Balac:

"Constrúyeme aquí siete altares, y prepárame siete becerros y siete carneros". Balac hizo lo que Balaam le dijo, y en cada altar sacrificó un becerro y un carnero.

Números, 24, 1-25.

Pero como Balaam vio que al Señor le parecía bien bendecir a Israel, ya no fue a recibir profecías de parte suya, como había hecho las otras veces, sino que volvió la mirada hacia el desierto. Y al ver Balaam a Israel acampado por tribus, el espíritu de Dios se apoderó de él. Entonces Balaam pronunció esta profecía:

"Mensaje de Balaam, hijo de Beor,
hombre de mirada penetrante,
que al caer en éxtasis ve con más claridad,
que recibe mensajes y visiones
de parte del Dios todopoderoso.
¡Jacob, qué bellas son tus tiendas!
¡Qué bello, Israel, tu campamento!
Parecen largas filas de palmeras,
jardines junto a un río,
áloes plantados por el Señor,
¡cedros a la orilla del agua!
Israel tendrá agua en abundancia
para beber y regar sus sembrados.
Su rey dominará a Agag;
su poder real será muy grande.
Dios, que los sacó de Egipto, es para ellos
lo que son para el búfalo sus cuernos.
Israel devorará a las naciones enemigas;
les romperá los huesos
y los herirá con sus flechas.
Cuando se acuesta a descansar, parece un león:
nadie se atreve a despertarlo.
¡Bendito sea el que te bendiga
y maldito el que te maldiga!"

Al oir esto, Balac se llenó de ira contra Balaam, y golpeando las manos le dijo: *"Yo te llamé para que maldijeras a mis enemigos, y resulta que ya van tres veces que los bendices. ¡Más te vale volver a tu casa! Yo había prometido hacerte grandes honores, pero el Señor lo ha impedido".* Balaam le

respondió: "*Ya advertí a tus mensajeros que, aunque me dieras todo el oro y la plata que caben en tu palacio, yo no podría desobedecer las órdenes del Señor ni hacer nada bueno ni malo por mi propia cuenta, y que sólo diría lo que el Señor me ordenara decir. Pues bien, regreso a mi país; pero antes voy a decirte lo que este pueblo hará en el futuro con el tuyo".*

Entonces Balaam pronunció esta profecía:

"Mensaje de Balaam, hijo de Beor,
hombre de mirada penetrante,
que al caer en éxtasis ve con más claridad,
que conoce lo que el Altísimo conoce,
que recibe mensajes y visiones
de parte del Dios todopoderoso.
Veo algo en el futuro, diviso algo allá muy lejos:
es una estrella que sale de Jacob,
un rey que se levanta en Israel.
Aplastará la cabeza a Moab,
aplastará a todos los descendientes de Set.
Conquistará a Edom,
se apoderará de Seír, que es su enemigo.
Israel realizará grandes hazañas.
Un vencedor saldrá de Jacob
y destruirá a los que queden en la ciudad."

Después vio Balaam a Amalec, y pronunció esta profecía:

"Amalec es una nación importante,
pero terminará destruida por completo."

También vio a los quenitas, y pronunció esta profecía:

"Descendientes de Caín:
aunque vuestros refugios sean firmes,
aunque hayáis puesto vuestro nidoo entre las rocas,
ese nido será destruido por el fuego
cuando Asiria os haga prisioneros."

Después pronunció esta profecía:

"¡Ay! ¿Quién vivirá todavía
cuando Dios haga estas cosas?
Vienen naves de la costa de Chipre,
y dejarán en ruinas a Asiria y a Éber,
pues también Éber será destruido."

Después de esto, Balaam se puso en camino y volvió a su casa. Balac también se puso en camino.

Números 25, 1-5

Cuando los israelitas se establecieron en Sitim, sus hombres empezaron a corromperse con las mujeres moabitas, las cuales los invitaban a los sacrificios que ofrecían a sus dioses. Los israelitas tomaban parte en aquellas comidas y adoraban a los dioses de las moabitas, y así se dejaron arrastrar al culto de Baal-peor. Entonces el Señor se enfureció contra Israel, y dijo a Moisés: *"Reúne a todos los jefes del pueblo y ejecútalos delante de mí, a plena luz del día. Así se calmará mi ira contra Israel*".

Moisés ordenó entonces a los jueces israelitas: *"Cada uno de vosotros matará a los hombres de su tribu que se dejaron arrastrar al culto de Baal-peor".*

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

2 Heródoto de Halicarnaso[1]:

"Así que Dejoces fue quien unió en un cuerpo la sola nación meda, cuyo gobierno obtuvo. La Media se componía de diferentes pueblos o tribus, que son las busas, paretacenos, estrujates, arizantos, budios y magos". (Heródoto, I, CI)

"Las leyes y usos de los persas he averiguado que son estas. No acostumbran erigir estatuas, ni templos, ni aras, y tienen por insensatos a los que lo hacen; lo cual, a mi juicio, dimana de que no piensan como los griegos que los dioses hayan nacido de los hombres. Suelen hacer sacrificios a Júpiter, llamando así a todo el ámbito del cielo, y para ello se suben a los montes más elevados. Sacrifican también al sol, a la luna, a la tierra, al agua, y a los vientos; siendo estas las únicas deidades que reconocen desde la más remota antigüedad, si bien después aprendieron de los asirios y árabes a sacrificar a Venus Urania; porque a Venus los asirios la llaman *Mylitta*, los árabes *Alitta*, y los persas *Mitra*.

En los sacrificios que los persas hacen a sus dioses no levantan aras, no encienden fuego, no derraman licores, no usan de flautas, ni de tortas ni de farro molido. Lo que hacen es presentar la víctima en un lugar puro, y llevando la tiara ceñida las más veces con mirto, invocar al Dios a quien sacrifican; pero en esta invocación no debe pedirse bien alguno para sí en particular, sino para todos los persas y para su rey, porque en el número de los persas se considera comprendido el que sacrifica. Después se divide la víctima en pequeñas porciones, y hervida la carne, se pone sobre un lecho de la hierba más suave, y regularmente sobre trébol. Allí un mago de pie entona sobre la víctima la *Theogonia,* canción para los persas la más eficaz y maravillosa. La presencia de un mago es indispensable en todo sacrificio. Concluido éste, se lleva el sacrificante la carne, y hace de ella lo que le agrada." (Heródoto, I, CXXXI-CXXXII)

"Lo que he dicho hasta aquí sobre los usos de los persas es una cosa cierta y de que estoy bien informado. Pero es más oscuro y dudoso lo que suele decirse de que a ningún cadáver dan sepultura sin que antes haya sido arrastrado por un ave de rapiña o por un perro. Los magos acostumbran a hacerlo así públicamente. Yo creo que los persas cubren primero de cera el

[1] Pou, B. (trad.), 1976: pp. 47, 59 y 62.

cadáver, y después le entierran. Por lo que mira a los magos, no solamente se diferencian en sus prácticas del común de los hombres, sino también de los sacerdotes del Egipto. Estos ponen su perfección en no matar animal alguno, fuera de las víctimas que sacrifican: los magos con sus propias manos los matan todos, perdonando solamente al perro y al hombre, y se hacen un mérito de matar no menos a las hormigas que a las sierpes, como también a los demás vivientes, tanto los reptiles como los que vagan por el aire". (Heródoto, I, CXL)

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

3 Plutarco[2]

"Y ésta es la opinión de la mayoría y de los más sabios; en efecto, unos piensan que existen dos dioses, como si fueran rivales, uno artífice del bien, el otro del mal; otros llaman al mejor «dios», al otro «demon», como Zoroastres el mago, que, cuentan, ha nacido cinco mil años antes de la guerra de Troya. Pues bien, éste llamaba a uno Horomaces, al otro Arimanio; y declaraba además que uno se parecía, entre las cosas perceptibles, a la luz, ante todo, el otro, al contrario, a la oscuridad y a la ignorancia, y que en medio de ambos estaba Mitra, por lo cual también a Mitra los persas lo llaman *Mesítēs* («Mediador»); prescribió hacer a uno sacrificios propiciatorios y de acción de gracias, al otro apotropaicos y lúgubres. En efecto, machacando en un mortero una hierba llamada *ómōni*, invocan a Hades y a las tinieblas, y después, habiéndola mezclado con sangre de lobo degollado, llevan la mezcla a un lugar donde no llega el sol y la vierten. Pues también de entre las plantas piensan que unas pertenecen al dios bueno y otras al demon malo, y de los animales, consideran a los perros, los pájaros, y los erizos de tierra como pertenecientes al dios bueno, al demon perverso las ratas de agua; por lo cual también al que da muerte al mayor número de ellas lo consideran feliz". (Plutarco, ***De Inside et Osiride*, 46**)

"Bien dicen también, por tanto, los que dicen que Platón, al descubrir el elemento que subyace a las cualidades engendradas, lo que ahora se llama materia y naturaleza, liberó a los filósofos de muchas y graves dificultades; mas a mí me parece que más y mayores dificultades resolvieron aquellos que, con el descubrimiento de la raza de los démones, intermedia entre dioses y hombres, de alguna manera aunaron y juntaron nuestra comunidad; ya sea de magos del círculo de Zoroastro esta doctrina, ya sea tracia, proveniente de Orfeo, ya sea egipcia o frigia, según podemos conjeturar por los rituales mistéricos de una y otra parte, al ver mezclados muchos ingredientes mortuorios y luctuosos en los ritos orgiásticos que celebran y ejecutan". (Plutarco, ***De defectu oraculorum*, 10**)

[2] Pordomingo, F. y Fernández, J.A. (trad.), 1995: pp.148-149; 371-372.

4 Diógenes Laercio[3]

"Estos que hacen derivar de los Barbaros la Filosofía, exponen también el modo con que la trató cada uno de ellos. Dicen que los Gimnosofistas y los Drúidas filosofaron por enigmas y sentencias, *que se ha de adorar á Dios: que á nadie se ha de hacer daño; y que se ha de exercitar la fortaleza*. Clitarco en el libro 12 añade, que los Gimnosofistas no temían la muerte: que los Caldéos se ocupan en la Astronomía y predicciones; y los Magos en el culto, sacrificios y deprecaciones á los Dioses, como si solo á ellos oyeran; y manifiestan su sentir en orden á la esencia y generación de los Dioses mismos, creyendo que son el fuego, la tierra, y el agua. Que no admiten sus simulacros ó esculturas, y reprueban la opinión de los que dicen hay también Diosas.

Soción en el lib. 23. dice que los Magos tratan mucho de la justicia: que tienen por impiedad quemar los cadaveres, y por cosa justa casar uno con su madre ó con su hija. Que exercitan las adivinaciones y predicciones, y dicen que se les aparecen los Dioses: que el ayre está lleno de simulacros, que fluyendo de los cuerpos, suben con los vapores á los ojos de mas aguda vista; y que prohíben los afeytes del rostro, y vestir oro. Visten de blanco, duermen en tierra, comen yerbas, queso y pan ordinario: llevan una caña por báculo; y en su extremo ponen un queso, y se lo van comiendo. Aristóteles dice en su Mágico, que ignoran el arte de adivinar por encantos. Dicelo también Dinón en el libro 5.º de su Historia; y añade, que Zoroastres fue muy aplicado á la observación de los astros, sacándolo por la significación de su nombre. Lo mismo escribe Hermodoro. Aristóteles en el libro primero *De la Filosofía* hace á los Magos más antiguos que los Egipcios; y que ponían dos principios en el mundo, que eran, un genio bueno y otro malo, llamados el uno J*upiter* y *Orosmades*, y el otro Pluton y Arimanio. Dícenlo también Hermipo en el libro primero De los Magos, Eudoxô en su Periodo, y Teopompo en el libro 8.º *De la historia Filípica.*

Dice éste por sentencia de los Magos, *que los hombres han de resucitar, y entonces serán inmortales. Y que las cosas exîstentes exîsten á beneficio de sus oraciones.* Esto mismo refiere Eudemón de Rodas. Ecatéo dice, como doctrina de ellos, que los Dioses fueron engendrados. Clearco Solense escribe en el libro De la enseñanza, que los Gimnosofistas son descendencia de los Magos. Algunos pretenden que de ellos descendían los Judíos. Los que trataron de los Magos reprehenden á Herodoto; pues es falso que Xerxes disparase dardos contra el sol, y echase grillos en el mar, como Herodoto dice,

[3] Ortiz, J.F. (trad.),1792: pp. 4-6.

siendo así que los Magos los tenían por Dioses. Derribó sí sus estatuas y efigies.” (Diógenes de Laercio, Libro I, Proemio, IV-VI)

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

5 Protoevangelio de Santiago (21, 1-4)[4]:

1. […] "Por entonces sobrevino un gran tumulto en Belén, pues vinieron unos magos diciendo: «¿Dónde se encuentra el nacido Rey de los Judíos?, porque hemos visto su estrella en el Oriente y hemos venido para adorarle».

2. Herodes, al oír esto, se turbó, envió a sus emisarios a los magos y convocó a los príncipes de los sacerdotes, haciéndoles esta pregunta: *«¿Qué es lo que hay escrito en relación con el Mesías? ¿Dónde debe nacer?»* Ellos respondieron: *«En Belén de Judea según rezan las Escrituras»*. Con esto les despechó e interrogó a los magos con estas palabras: *«¿Cuál es la señal que habéis visto en relación con ese rey nacido?»* Respondieron los magos: *«Hemos visto un astro muy grande que brillaba entre las demás estrellas y las eclipsaba, haciéndolas desaparecer. En ello hemos conocido nosotros que a Israel le ha nacido un rey y hemos venido con intención de adorarle»*. Entonces repuso Herodes: *«Id y buscadlo, y, si dierais con él, comunicádmelo para que yo vaya también a adorarle»*.

3. Y en aquel momento la estrella aquella, que habían visto en el Oriente, volvió de nuevo a guiarles hasta que llegaron a la cueva, y se puso sobre la boca de esta. Entonces vieron los magos al Niño con su Madre, María, y sacaron dones de sus cofres: oro, incienso y mirra.

4. Pero siendo avisados por un ángel de que no entraran en Judea, se marcharon por otro camino a su tierra.".

[4] Santos Otero, A. (trad.), 2001. pp.70-71.

6 Evangelio del Pseudo-Mateo (13, 7)[5]

7. "Pero, además, había una enorme estrella que expandía sus rayos sobre la gruta desde la mañana hasta la tarde, sin que nunca jamás desde el origen del mundo se hubiera visto un astro de magnitud semejante. Los profetas que había en Jerusalén decían que esta estrella era la señal de que había nacido el Mesías, que debía dar cumplimiento a la promesa hecha no sólo a Israel, sino a todos los pueblos."

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

[5] Santos Otero, A. (trad.), 2001. pp. 92; 93-94.

7 Evangelio del Pseudo-Mateo (16, 1-2)

1. "Después de transcurridos dos años, vinieron a Jerusalén unos Magos procedentes de Oriente, trayendo consigo grandes dones. Estos preguntaron con toda solicitud a los judíos: *«¿Dónde está el rey que os ha nacido? Pues hemos visto su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle»*. Llegó este rumor hasta el rey Herodes. Y él se quedó tan consternado al oírlo, que dio aviso enseguida a los escribas, fariseos y doctores del pueblo para que le informaran donde había de nacer el Mesías según los vaticinios proféticos. Estos respondieron: *«En Belén de Judá, pues así está escrito: y tú, Belén, tierra de Judá, en manera alguna eres la última entre las principales de Judá, pues de ti ha de salir el jefe que gobierne a mi pueblo Israel»*. Después llamó a los magos y con todo cuidado averiguó de ellos el tiempo en que se les había aparecido la estrella. Y con esto les dejó marchar a Belén, diciéndoles*: «Id e informaos con toda diligencia sobre el niño, y, cuando hubiereis dado con él, avisadme para que vaya yo también y le adore».*

2. Y, mientras avanzaban en el camino, se les apareció la estrella de nuevo e iba delante de ellos, sirviéndoles de guía hasta que llegaron por fin al lugar donde se encontraba el Niño. Al ver la estrella, los magos se llenaron de gozo. Después entraron en la casa y encontraron al Niño sentado en el regazo de su madre. Entonces abrieron sus cofres y donaron a José y María cuantiosos regalos. A continuación, fue cada uno ofreciendo al Niño una moneda de oro. Y, finalmente, el primero le presentó una ofrenda de oro; el segundo, una de incienso, y el tercero, una de mirra. Y, como tuvieran aún intención de volver a Herodes, recibieron durante el sueño aviso de un ángel para que no lo hicieran. Y entonces adoraron al Niño, rebosantes de júbilo, tornando después a su tierra por otro camino. "

8 Liber de Infantia Salvatoris (Fragmentos 89-96)[6]:

89. José, al ver a los Magos dijo: «¿Quién piensas que serán estos que vienen a nuestro encuentro? Me da la sensación de que se están acercando después de un largo viaje. Me levantaré, pues, y saldré a su encuentro». Y, adelantándose, dijo a Simeón: «Creo que son unos adivinos: pues efectivamente no están quietos un momento (siempre) están observando y discutiendo entre sí. Y me parecen además forasteros, pues su vestimenta es distinta a la nuestra: su traje es amplísimo y de color oscuro. Finalmente tienen también birretes en sus cabezas y llevan unas sarabaras ceñidas a sus piernas como… Mas he aquí que se han parado y me han dirigido una mirada. Ahora continúan de nuevo la marcha hacia nosotros». Cuando hubieron, pues, llegado a la cueva, les dijo José: «¿Quiénes sois vosotros? Decídmelo». Mas ellos pretendían entrar con audacia, pues efectivamente se dirigieron al interior. José les dijo: «Decidme, por vuestra salud, quiénes sois para dirigiros así a mi albergue». Ellos dijeron: «Nuestro guía ha entrado aquí a vista nuestra. ¿Por qué nos preguntas a nosotros? [Dios] nos ha enviado aquí». Le dijeron: «Podemos asegurarte que es la salvación de todos».

90. «Hemos visto en el cielo la estrella del rey de los judíos y hemos venido a adorarle, pues así está escrito en los libros antiguos acerca de esta estrella: que cuando apareciere este astro, nacerá el rey eterno y dará a los justos una vida inmortal». Les dice José: «Sería conveniente que hicierais primero indagaciones en Jerusalén, pues allí está el templo del Señor». Le respondieron: «Hemos estado ya en Jerusalén y hemos anunciado al rey que ha nacido el Cristo y que vamos en su busca. Más él nos dijo: Yo por mi parte ignoro cuál es el sitio donde ha nacido. Después envió recado a todos los escudriñadores de las escrituras y a todos los magos, príncipes de los sacerdotes y doctores, quienes acudieron a su presencia. Él les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Ellos respondieron: En Belén. Pues así está escrito acerca de él: y tú, Belén, tierra de Judá, no serás la más insignificante entre las principales de Judá, pues de ti ha de salir el jefe que rija los destinos de mi pueblo Israel. Nosotros, en cuanto oímos esto, caímos en la cuenta y vinimos a adorarle. Es de saber que la estrella que se nos apareció ha ido precediéndonos todo el viaje. Mas Herodes, al oír estas cosas, cogió miedo y nos preguntó en secreto acerca del tiempo de la estrella, cuando se nos apareció. Al marcharnos, nos dijo: Informaos con toda diligencia, y, cuando lo hayáis encontrado, hacédmelo saber para que yo también vaya y le adore».

[6] Santos Otero, A. (trad.), 2001. pp.114-117.

91. Y el mismo Herodes nos dio la diadema que él solía llevar en su cabeza (esta diadema tiene una blanca mitra), y un anillo en que va engarzada una preciosa piedra real, sello incomparable que le envió como presente el rey de los Persas; y nos mandó que ofreciéramos este don al niño. El mismo Herodes prometió hacerle un presente cuando estuviéremos de vuelta en su presencia. Recibidos los dones, partimos de Jerusalén. Mas he aquí que la estrella, que se nos había aparecido, iba delante de nosotros desde que salimos de Jerusalén hasta este lugar y luego entró en esta cueva donde tú estás y no nos permites a nosotros penetrar». Les dice José: «Yo por mi parte no me opongo. Seguidla, pues Dios es vuestro guía, y no solo vuestro, sino de todos aquellos a quienes quiso manifestar su gloria.». Al oír esto, los Magos entraron y saludaron a María diciendo: «Salve, llena de gracia». Después se acercaron al pesebre, (lo) examinaron y vieron al infante.

92. Mas José dijo a Simeón: «Hijo, observa y mira que es lo que hacen dentro estos forasteros, pues no está bien que yo los espíe». Y así lo hizo. Luego, dijo a su padre: «Nada más entrar han saludado al niño y han caído en tierra sobre sus rostros; después se han puesto a adorarle según la costumbre de los extranjeros y (ahora) cada uno va besando por separado las plantas del infante. ¿Qué es lo que hacen en este momento? No lo veo bien». Le dice José: «Observa atentamente». Respondió Simeón: «Están abriendo sus tesoros y le ofrecen dones». Le dice José: «¿Qué es lo que le ofrecen?». Simeón respondió: «Pienso que lo que le ofrecen son aquellos dones que envió el rey Herodes. (Ahora) le acaban de ofrecer oro, incienso y mirra de sus cofres y han dado muchos dones a María». Le dijo José: «Muy bien han hecho estos señores en no besar al niño en balde; lo contrario de aquellos nuestros pastores que vinieron aquí con las manos vacías». Y de nuevo le dice: «Observa más atentamente y mira qué es lo que hacen». Vigilando pues Simeón, dice: «He aquí que de nuevo han adorado al niño y vienen ya hacia nosotros».

93. Salieron por fin y dijeron a José: «¡Oh dichosísimo varón! Ahora vas a saber quién es este niño que estás alimentando». Les dice José: «Sospecho que es mi hijo». Le dicen ellos: «Su nombre es más grande que el tuyo. Pero quizá la razón de que puedas llamarte padre suyo escribe en que le sirves, no como a tu hijo, sino como a tu Señor y tu Dios, y (en que) tocándole con tus manos, le respetas con gran temor y diligencia. No nos tengas, pues, por ignorantes. Sábete que Aquel, de quien has sido designado nutricio, es el Dios de los dioses, el Señor de los que dominan, Dios y Rey de todos los príncipes y potestades, Dios de los ángeles y de los Justos. Él será el que salvará a todos los pueblos por su nombre, (pues suya es la majestad y el imperio), y el que deshará el aguijón de la muerte y disipará el poder del infierno. Le servirán los reyes y todas las tribus de la tierra le adorarán; y toda lengua le confesará

diciendo: Tú eres Cristo Jesús, libertador y salvador nuestro, pues Tú eres Dios, virtud y resplandor del Eterno Padre».

94. Les dice José: «¿De dónde habéis sabido esto que me estáis diciendo?» Le responden los Magos: «Vosotros poseéis las antiguas escrituras de los profetas de Dios en las que está escrito acerca del Cristo, cómo ha de tener lugar su venida en este mundo. También tenemos nosotros escrituras de escrituras más antiguas que se refieren a Él. En lo tocante a tu pregunta sobre el origen de nuestro conocimiento, escúchanos: Lo supimos por el signo de una estrella (ésta se nos apareció más resplandeciente que el sol), de cuyo fulgor nadie pudo hablar nunca. Y esta estrella significa que la estirpe de Dios reinará en la claridad del día. Ésta no giraba en el centro del cielo, como suelen (hacerlo) las estrellas fijas y también los planetas, que aunque observan un plazo fijo de tiempo… mas sólo ésta no es errante. Pues nos parecía que todo el polo (esto es: el cielo) no podía contenerla con toda su grandeza; ni el mismo sol pudo nunca oscurecerla, como (lo hace) con las otras estrellas, por el fulgor de su luz. (Más aún) éste pareció debilitarse a vista del resplandor de su venida. Pues esta estrella es la palabra de Dios, ya que hay tantas palabras de Dios cuantas son las estrellas. Y esta palabra de Dios, (como mismo) Dios, es inefable. Lo mismo que es inenarrable esta estrella, que fue nuestra compañera de viaje en la marcha (que emprendimos) para venir hasta el Cristo».

95. Así pues, José les dijo: «Me habéis proporcionado un gran placer con todo lo que acabáis de decirme. Os suplico que os dignéis a permanecer conmigo el día de hoy». Ellos le dijeron: «Te rogamos nos permitas emprender nuestro viaje (de retorno), pues el rey, nos encomendó que volviéramos lo más pronto (posible) a su lado». Pero él les detuvo.

96. Ellos abrieron sus tesoros e hicieron a María y a José enormes presentes.

9 Evangelio Árabe de la Infancia (Capítulos 7 y 8)[7]:

VII. Adoración de los Magos

"Y sucedió que, habiendo nacido el señor Jesús en Belén de Judá durante el reinado de Herodes, vinieron a Jerusalén unos Magos según la predicción de Zaradust. Y traían como presentes oro, incienso y mirra. Y le adoraron y le ofrecieron sus dones. Entonces María tomo uno de aquellos pañales y se lo entregó en retorno. Ellos se sintieron muy honrados en aceptarlo de sus manos. Y en la misma hora se les apareció un ángel que tenía la misma forma de aquella estrella que les había servido de guía en el camino. Y siguiendo el rastro de luz, partieron de allí hasta llevar a su patria.

VIII. Llegada de los Magos a su tierra.

Y salieron a su encuentro los reyes y los príncipes, preguntándoles que era lo que habían visto o hecho, como habían efectuado la ida y la vuelta y qué habían traído consigo. Ellos les enseñaron este pañal que les había dado María, por lo cual celebraron una fiesta, y, según su costumbre, encendieron fuego y lo adoraron. Después arrojaron el pañal sobre la hoguera y al momento fue arrebatado y contraído por el fuego. Mas cuando este se extinguió, sacaron el pañal en el mismo estado en que estaba antes de arrojarlo, como si el fuego no lo hubiera tocado. Por lo cual empezaron a besarlo y a colocarlo sobre sus cabezas diciendo: *«Esta sí que es una verdad sin sombra de duda. Ciertamente es portentoso el que el fuego no haya podido dañarlo o destruirlo»*. Por lo cual tomaron aquella prenda y con grandes honores la depositaron entre sus tesoros."

[7] Santos Otero, A. (trad.), 2001. pp. 141-142.

10 Evangelio Armenio de la Infancia (V,10)[8]:

"Y un ángel del señor se apresuró a ir al país de los persas para prevenir a los reyes magos y ordenarles que fueran a adorar al niño recién nacido. Y estos, después de caminar durante nueve meses teniendo como guía a la estrella, llegaron al lugar de destino en el momento mismo en que María llegaba a ser madre. Es de saber que a la sazón el reino de los persas dominaba sobre todos los reyes del Oriente por su poder y sus victorias. Y los reyes de los magos eran tres hermanos: Melkon, el primero, que reinaba sobre los persas; Baltasar, que reinaba sobre los indios; y el tercero Gaspar, que tenía posesión del país de los árabes. Habiéndose reunido en conformidad con el mandato de Dios, llegaron en el momento mismo en que la Virgen llegaba a ser madre. Habían apresurado la marcha y se encontraron allí en el momento preciso del nacimiento de Jesús."

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

[8] Santos Otero, A. (trad.), 2001. Pp. 187-189.

11 Evangelio Armenio de la Infancia, (X, 10-11 y 22-23)

El capitulo X describe minuciosamente el viaje de los magos, su fastuoso cortejo y llegada a Jerusalén. Herodes se intranquiliza y los llama a su palacio para que le den cuenta de sus intenciones. Ellos le manifestaron su propósito de adorar al rey recién nacido. Entonces Herodes les interroga:

10. «¿Quién os ha narrado lo que decís o como habéis llegado a saberlo?». Los Magos respondieron: «Nuestros antepasados nos han legado un testimonio escrito de ello, que ha sido guardado con todo secreto y sellado. Y durante largos años, de padres a hijos y de generación en generación, se ha mantenido viva esta expectación, hasta que por fina ha venido a tener cumplimiento esta palabra en nuestros días, como nos ha sido revelado de parte de Dios en una visión que hemos tenido de un ángel. Esta es la causa de encontrarnos ahora en este lugar que nos ha sido indicado por el Señor». Herodes dijo: «¿Cuál es la procedencia de este testimonio que tan sólo vosotros conocéis?»

11. Los Magos respondieron: «Nuestro testimonio no procede de hombre alguno. Es un designio divino referente a una promesa hecha por Dios en favor de los hijos de los hombres y que ha sido conservado entre nosotros hasta el día de hoy». Herodes dijo: «¿Dónde está ese libro que sólo vuestro pueblo posee?» Los Magos dijeron: «Ninguna nación, fuera de la nuestra, tiene noticia directa ni indirecta de él. Sólo nosotros poseemos un testimonio escrito. Porque has de saber que, después que Adán fue expulsado del paraíso y después que Caín hubo matado a Abel, el Señor dio a nuestro primer padre un hijo de consolación llamado Set, y con él le entregó aquella carta escrita, firmada y sellada de su misma mano. Set la recibió de su padre y se la trasmitió a sus hijos. Estos, a su vez, se la trasmitieron a los suyos, y así fue de generación en generación. Todos hasta Noé recibieron la orden de guardarla con todo cuidado. Este patriarca se la entregó a su hijo Sem, y los hijos de este la retransmitieron a sus descendientes, quienes, a su vez, se la entregaron a Abrahán. Éste se la dio a Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Altísimo, por cuyo conducto llegó a poder de nuestro pueblo en tiempos de Ciro, rey de Persia. Nuestros padres la depositaron con toda clase de honores en un salón especial, y así llegó hasta nosotros, quienes, gracias a este escrito misterioso, vinimos de antemano en conocimiento del nuevo monarca, hijo de Israel».

22. Y el rey Melkon tomó el libro del Testamento que conservaba en su casa como legado precioso de sus antepasados, según ya dijimos, y se lo presentó al niño, diciéndole: *«Aquí tienes la carta sellada y firmada por tu misma mano que tuviste a bien entregar a nuestros mayores para que la*

guardaran. Toma este documento que tú mismo escribiste. Ábrelo y léelo pues está a tu nombre».

23. [El documento en cuestión, dirigido a Adán, estaba encabezado así]: «En el año seis mil, el día sexto de la semana (que es el mismo en que te creé) y a la hora sexta, enviaré a mi hijo unigénito, el Verbo divino, quien tomará carne de tu descendencia y vendrá a ser hijo del hombre. Él te reintegrará a tu prístina dignidad por los tormentos terribles de su pasión en cruz. Y entonces tú, ¡oh Adán!, unido a mi con alma pura y cuerpo inmortal, serás deificado y podrás, como yo, discernir el bien y el mal».

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

12 Justino Mártir

Diálogo con Trifón, 78[9]

"Porque este rey Herodes, habiéndose informado por los ancianos de vuestro pueblo —habían entonces llegado los magos de Arabia que decían haber visto aparecer una estrella en el cielo y conocido por ella que había nacido en vuestra tierra un rey, a quien ellos venían a adorar. Los ancianos dijeron que debía haber nacido en Belén, porque en el profeta así está escrito: Y tú, Belén, tierra de Judá, en modo alguno eres la menor entre las ciudades principales de Judá, pues de ti ha de salir el caudillo que apacentará a mi pueblo de Israel. Llegaron, pues, los magos de Arabia a Belén adoraron al niño y le ofrecieron sus dones de oro, incienso y mirra; pero después de adorar al niño en Belén, recibieron orden por revelación que no volvieran a Herodes. Es de saber que José, el esposo de María, había querido antes echar de casa a su esposa, por creer que estaba encinta de trato con hombre, es decir, de adulterio; pero por una visión se le mandó que no arrojara a su mujer, diciéndole el ángel que se le apareció cómo lo que ella llevaba en su seno era obra del Espíritu Santo. Temeroso, pues, no la arrojó de casa; mas bien, con ocasión del primer censo de la Judea, en tiempo de Cirino, subió a inscribirse desde Nazaret, donde vivía, a Belén, de donde era. Porque, en efecto, José procedía por linaje de la tribu de Judá, que había poblado esa tierra. Y él, juntamente con María, recibe orden de salir para Egipto y permanecer allí con el niño, hasta que nuevamente les sea revelado que pueden volver a Judea. Mas antes, nacido que hubo el niño en Belén, como José no hallaba en aquella aldea dónde alojarse, se retiró a una cueva cercana, y entonces, estando allí los dos, María dio a luz a Cristo y lo puso sobre un pesebre, donde llegando los magos de Arabia, lo encontraron.

Ya os he citado —dije—las palabras en que Isaías profetizó sobre el símbolo de la cueva, y en gracia a los que hoy han acudido con vosotros —añadí— las voy nuevamente a recordar.

Recité de nuevo el pasaje de Isaías, anteriormente transcrito, repitiéndoles que, por estas palabras de Isaías justamente, el diablo hizo que los maestros de las iniciaciones de Mitra digan que las practican en lugar que ellos llaman "cueva".

Herodes, pues, como no volvieran a verle los magos de Arabia, según él se lo pidiera, sino que, siguiendo la orden que se les dio, marcharon a su país por otro camino; como José, juntamente con María y el niño, según a ellos también se les había revelado, habían ya salido para Egipto; no conociendo al

[9] Ruíz Bueno, D. (trad.), 1979: pp. 441-444.

niño que los magos habían venido a adorar, mandó matar sin excepción a todos los niños de Belén. Y este hecho fue profetizado por Jeremías, pues por su boca dijo así el Espíritu Santo: Voz se ha oído en Ramá, llanto y lamento mucho. Raquel que llora sus hijos, y no quiere consolarse, porque no son. Por la voz, pues, que había de oírse desde Ramá, es decir, desde Arabia, pues hasta ahora se conserva en Arabia un lugar por nombre Ramá —el llanto había de llenar el lugar donde está enterrada Raquel, la mujer del santo patriarca Jacob, el que se apellidó Israel; es decir, el llanto llenaría a Belén, al llorar las mujeres a sus propios hijos asesinados y no admitir consuelo en su desgracia.

Por lo demás, al decir Isaías: "Tomará la potencia de Damasco y los despojos de Samaria", quiso significar que, apenas nacido Cristo, sería por Él vencida la potencia del demonio malo, que mora en Damasco, cosa que se ve haberse cumplido. Porque los magos que habían antes sido presa del demonio para realizar toda suerte de malas acciones por virtud de aquel cumplidas, una vez que vinieron y adoraron a Cristo se ve cómo se apartaron de aquella potencia que los había combatido, la que misteriosamente nos dijo la palabra que tenía su morada en Damasco. Y por ser pecadora e inícua, con razón, llama la palabra a aquella potencia "Samaria". Ahora, que Damasco perteneció y pertenece a Arabia, aun cuando de presente esté adscrita a la llamada Siro-Fenicia, cosa es que ni vosotros mismos podréis negar.

En conclusión, amigos, bueno fuera que vosotros aprendierais lo que no entendéis, de nosotros los cristianos, que hemos recibido la gracia de Dios, y no luchar por todos los modos por sostener vuestras propias doctrinas, despreciando las de Dios. Por eso, a nosotros también se ha pasado esta gracia, como dice Isaías: Este pueblo se acerca a mí. Con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí. Vanamente me reverencian, enseñando preceptos y doctrinas de hombres. Por eso, he aquí que yo voy a continuar transportado a este pueblo, y lo transportaré. Y quitaré la sabiduría de sus sabios, y anularé la inteligencia de sus inteligentes.”

13 Taciano. Diatessaron o Concordancias[10]

"[Cuando, pues, nació el Mesías en Belén de Judea … cuando vinieron los magos del oriente] [y preguntaron dónde estaba) el rey que había nacido a los judíos; porque ellos habían visto su estrella.]

Se turbó Jerusalén.

[Nacerá de Belén.]

[Y yo vendré y le adoraré.]

Vieron la estrella de luz y se alegraron

[Y abrieron sus tesoros y le ofrecieron] oro y mirra e incienso.

[Recibieron ellos en visión del oráculo de que no volviera de nuevo a él.]

[Ahora se ha cumplido la palabra verdadera que fue dicha al profeta: llamaré de Egipto a mi hijo.]

[Y al ver Herodes que había sido burlado por los magos, se encolerizó mucho; y envió, mató a todos los infantes párvulos]

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

[10] Ortiz de Urbina, I., 1967: pp. 211-212.

14 Orígenes, Contra Celsum, Libro I [11]

58. Magos y caldeos

"Luego, el judío de Celso, en lugar de los magos de que habla el Evangelio (Mt 2, lss), dice que unos caldeos, "según relato de Jesús mismo, se habrían puesto en movimiento, cuando él naciera, y vinieron a adorarlo, siendo aún infante, como a Dios, y se lo comunicaron al tetrarca Herodes. Este habría mandado gentes que mataran a cuantos habían nacido por el mismo tiempo, pensando envolver a éste en la general matanza; no fuera que, a su debido tiempo, se alzara por rey". Es de ver en todo esto el disparate de no distinguir entre magos y caldeos y no haber visto la diferencia de sus profesiones, falseando así la escritura evangélica. Tampoco se me alcanza la razón por que se calló Celso el hecho que movió a los magos a ponerse en movimiento, y no dijo haber sido la estrella que vieron en Oriente, según está escrito (Mt 2,2). Veamos, pues, qué haya de responderse a todo esto. Yo creo que la estrella vista en Oriente fue nueva, y no se parecía a ninguna de las ordinarias, ni a las esferas fijas ni a las de las esferas inferiores. Por su especie, hubo de ser semejante a los cometas que aparecen de cuando en cuando, o a los meteoros, o a las estrellas con barba o en forma de tonel, o como gusten los griegos de llamar a sus diferentes especies. Y voy a demostrar mi opinión de la siguiente manera.

59. La superstición astral

Se ha observado que, en los grandes acontecimientos, en los trastornos mayores de la tierra, nacen estrellas semejantes que anuncian cambios de dinastías, guerras o cuanto puede acaecer entre los hombres, capaz de sacudir las cosas de la tierra. Sin embargo, en el libro del estoico Queremón *Sobre los cometas* hemos leído haberse dado, de algún modo, casos en que los cometas aparecieron también como buen augurio de lo futuro, y él cuenta algunos de esos casos. Ahora bien, si al advenir nuevas dinastías o en otras grandes calamidades aparece un llamado cometa u otra estrella semejante, ¿qué tendrá de sorprendente que apareciera una estrella al nacer Aquel que tamaña novedad venía a traer al género humano e introducir su doctrina no sólo entre los judíos, sino también entre los griegos y muchos pueblos bárbaros? Yo diría que de ningún cometa existe profecía sobre que hubiera de aparecer al advenir este o el otro reino o por este o el otro tiempo; más del que se levantó al nacer

[11] Ruíz, D.(trad.), 1967: pp. 92-94.

Jesús, profetizó antaño Balaán, según escribió Moisés: *De Jacob nacerá una estrella, y un hombre se levantará de Israel* (Nm 24,17). Mas si fuera menester examinar despacio lo que se escribe sobre los magos y la estrella que vieron al nacer Jesús, diríamos lo que sigue, parte a los griegos; parte, distinta, a los judíos.

60. Falló a los magos su magia

Digo, pues, a los griegos que los magos son gentes que tienen trato con los démones y los invocan para lo que ellos saben y quieren. Y logran sus efectos mientras no aparece o se pronuncia algo más divino y fuerte que los démones y el encanto que los evoca; pero, si se produce una aparición más divina, caen por tierra las energías demónicas, que no pueden resistir a la luz de la divinidad. Ahora bien, es verosímil que también al nacer Jesús, cuando la muchedumbre del ejército celeste (según escribió Lucas y yo lo creo) alabó a Dios diciendo: Gloria a Dios en lo más alto y en la tierra paz, complacencia entre los hombres (Lc 2,13-14), los démones, descubierto su embuste y destruida su energía, perdiereui por ello todo su vigor y quedaran debilitados. Y fueron derribados no sólo por los ángeles que acudieron a la región de la tierra por razón del nacimiento de Jesús, sino también por la fuerza de Jesús mismo y la divinidad que moraba en El. Los magos, pues, al querer continuar sus prácticas habituales que antes ejecutaban por medio de encantamientos y hechizos, como no lo lograran, se dieron a inquirir la causa, que conjeturaban había de ser grande; y, como vieran un signo divino en el cielo, quisieron saber su sentido. Ahora bien, a mi parecer, los magos hubieron de poseer la profecía de Balaán, que consignara Moisés, maestro, al cabo, aquél en materia mágica, y en ellas encontraron lo de la estrella y lo otro: *Lo veré, pero no ahora; lo tengo por feliz, pero no se acercará* (Nm 24,17). De ahí conjeturaron haber venido ya al mundo el hombre profetizado por la estrella, y, juzgando de antemano que era superior a todos los démones que a ellos se les solían aparecer y obrar entre ellos, se decidieron a irlo a adorar. Vinieron, pues, a Judea, persuadidos que estaban de que había nacido un rey y sabiendo el lugar donde había nacido, pero ignorando el reino sobre que reinaría. Y trajeron sus dones, que convenían, si cabe decirlo así, a alguien compuesto, a par, de Dios y de hombre mortal, y, una vez conocido el lugar de su nacimiento, se los ofrecieron como símbolos: el oro como a rey, la mirra como a quien había de morir y el incienso como a Dios. Mas como el Salvador del género humano, que es superior a los ángeles, ayudadores de los hombres, era Dios verdadero, un ángel premió la piedad de los magos en "adorar a Jesús, avisándoles por un oráculo *que no volvieran a Herodes, sino que marcharan a su patria por otro camino* (Mt 2,12). "

15 Eusebio de Cesarea

***Historia Eclesiástica*, Libro I, capítulo 8, 1-2[12]:**

"[DEL INFANTICIDIO PERPETRADO POR HERODES Y DEL FINAL CATASTRÓFICO DE SU VIDA]

Nacido Cristo en Belén de Judá, conforme a las profecías en el tiempo mencionado, Herodes, ante la pregunta de los magos venidos de Oriente que querían enterarse en dónde se hallaba el nacido rey de los judíos —porque habían visto su estrella, y el motivo de su viaje tan largo había sido su empeño en adorar como a Dios al nacido—, turbado no poco por el asunto como si estuviera en peligro su soberanía —al menos esto era lo que él pensaba realmente—, después de informarse de los doctores de la ley entre el pueblo dónde esperaban que había de nacer el Cristo, tan pronto como supo que la profecía de Miqueas predecía que en Belén, ordenó mediante un edicto matar a los niños de pecho de Belén y de todos sus aledaños, de dos años para abajo, según el tiempo exacto que le indicaron los magos, pensando que también Jesús, como era natural, correría de todas maneras la misma suerte que los otros niños de su edad.

Pero el niño, llevado a Egipto, se adelantó a la conjura: un ángel se apareció a sus padres indicándoles de antemano lo que iba a suceder. Esto es lo que nos enseña la Sagrada Escritura del Evangelio."

[12] Velasco-Delgado, A. (trad.),1997: pp. 39-40.

16 Gregorio de Nacianceno

Homilías sobre la Navidad

Homilía 38, 17 [13]

17. Ahora ten noticia de su concepción y salta de gozo, si no como Juan, en el vientre materno, sí como David, al detenerse el arca. Aprecia el censo en virtud del cual serás registrado en el cielo. Honra la generación merced a la cual serás librado de los vínculos de la generación. Venera a la pequeña Belén, que te condujo al Paraíso. Adora el pesebre gracias al cual tú, que estabas desprovisto de cordura, fuiste nutrido del Logos. Conoce, como el buey, a quien te posee. A esto exhorta Isaías. Conoce, como el asno, el pesebre de tu Señor. Ya seas uno de los puros, sujeto a la Ley, de los que meditan la palabra y son aptos para los sacrificios, que pertenecen al linaje de los gentiles. Corre junto con la estrella, junto con los Magos obsequia oro, incienso y mirra a quien es rey y Dios y ha muerto por ti. Glorifícalo con los pastores, con los ángeles cántale himnos, forma coros con los arcángeles: sea común la fiesta a los cielos y a las potencias terrenales. Estoy convencido de que aquellos, juntamente con nosotros, exaltan y celebran esta fiesta, porque aman a los hombres y aman a Dios, según los presenta David cuando, después de la Pasión, ascienden con Cristo, le salen al encuentro y unos a otros se ordenan que abran las puertas.

Homilia 39, 5 y 14 [14]

5. ¿Dónde dejas el canibalismo de Pélope, gracias al cual se sacian los hambrientos dioses, y su hospitalidad cruel e inhumana? ¿Dónde las horribles y sombrías apariciones de Hécate? ¿Dónde los oráculos y los vaticinios subterráneos de Trofonio, las necias parlerías del roble de Dodona, las astutas mañas del trípode de Delfos, el agua de la fuente de Castalia, que presagiaba el futuro? Ninguno de éstos fue capaz de adivinar su propio porvenir: el silencio. En nada tenemos los sacrificios de los magos, ni los augurios fundados en el examen de vísceras. En nada la astrología y la genealogía de los caldeos quienes, incapaces de conocerse a sí mismos y de saber qué son y qué serán, vinculan nuestro futuro a los movimientos celestes. Nuestras fiestas no guardan relación alguna con las orgías de los tracios de las que, según es

[13] Garzón Bosque, I (trad.), 1986: pp. 64-65.
[14] Garzón Bosque, I (trad.), 1986: pp. 73-75 y 84-85.

fama, derivan las prácticas religiosas de los cultos. Ni con las celebraciones y misterios de Orfeo, a quien los griegos admiran por su sabiduría, atribuyéndole la invención de la lira con cuyo tañido atraía a sí todas las cosas. Ni con el justo castigo que Mitra impone a los iniciados en sus misterios. Ni con los descuartizamientos de Osiris o con cualquier otro suplicio venerado por los egipcios. Ni con los infortunios de Isis, ni con los machos cabríos adorados por los mendesios, ni con el pesebre de Apis, el buey cebado por la necedad de los habitantes de Menfis, ni con las injurias con que se honra al Nilo, el dador de frutos, como le llaman, rico en espigas y que mide la felicidad por cubos de agua.

14. Yo, que presido esta celebración, y vosotros y cuanto está en el mundo y por encima del mundo hemos celebrado, según convenía, la Natividad de Cristo. Corrimos con la estrella, adoramos con los Magos, con los pastores fuimos iluminados, lo glorificamos junto con los ángeles, como Simeón lo tomamos en brazos, con Ana, aquella anciana y casta mujer, lo alabamos. Gracias fueron dadas a quien vino a su patria como extranjero, pues así glorificó a quienes realmente éramos extranjeros. Mas ahora nos hallamos ante una nueva acción de Cristo y ante un nuevo misterio. No puedo sofocar mi entusiasmo. Me siento lleno de Dios. Poco falta para que anuncie el Evangelio como Juan, que si bien no soy yo el Precursor, vengo también del desierto. Cristo es iluminado: comportémonos así nosotros. Cristo es bautizado: sumerjámonos también nosotros para que juntamente con El salgamos del agua. […]

Homilía 40, 6 [15]

6. Luz era también la orden primera dada al primer hombre, ya que «lámpara y luz es la ley» y «luz son tus mandatos sobre la tierra». Mas después, las tinieblas envidiosas la convirtieron en mal. Para quienes la seguían, luz ejemplar y oportuna era la ley escrita, que esbozaba la verdad y el misterio de la gran luz, si es verdad que el rostro de Moisés fue glorificado por ellas. Por ilustrar más nuestras palabras diremos que luz era lo que apareció a Moisés en llama de fuego, cuando ardía la zarza sin consumirse revelando así su naturaleza y su fuerza. Luz lo que guió a Israel en la columna de fuego y mitigó el rigor del desierto. Luz lo que arrebató a Elías en un carro de fuego, que no abrasaba al raptado. Luz lo que alumbró a los pastores cuando la luz que está fuera del tiempo se mezcló con la que es temporal. Luz la hermosura de la estrella que precedía el camino de Belén, para conducir a los

[15] Garzón Bosque, I (trad.), 1986: pp. 99-100.

Magos y revelarles a la luz que estaba sobre nosotros y habitó a nuestro lado. Luz la naturaleza divina mostrada en el monte a los discípulos, que no pudieron resistir su esplendor. Luz la visión que rodeó a Pablo que por aquel resplandor en sus ojos quedó curado de las tinieblas del alma. Luz es también el esplendor que, cuando los justos resplandezcan como el sol y Dios se siente en medio de dioses y reyes para determinar y juzgar quiénes y qué cosas son dignos de la felicidad de lo alto, sobrevendrá desde el cielo a quienes se hayan purificado aquí en la tierra. Además de todo esto y de manera muy particular, luz es la iluminación del bautismo de que ahora tratamos, que comprende el grande y admirable misterio de nuestra salvación.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

17 Juan Crisóstomo, Homilías sobre el Evangelio de Mateo.

HOMILIA 6[16]

Nacido Jesús en Belén de Judea, en los días del rey Herodes, he aquí que unos magos vinieron de Oriente a Jerusalén, preguntando: ¿Dónde está el recién nacido rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarle (Mt 2,1ss).

La estrella de los magos no tiene que ver con la astrología

1. De mucha vigilancia, de muchas oraciones necesitamos para poder explicar el presente paso evangélico y averiguar quiénes fueron estos magos, de dónde y cómo vinieron, quién los persuadió a ello y de qué naturaleza, en fin, fue la estrella que los guiara. Mas, si me lo permitís, voy a discutir antes lo que aquí dicen los enemigos de la verdad. En efecto, con tal furia ha soplado sobre ellos el diablo, que aun de este hecho evangélico toman armas contra la doctrina de la verdad. ¿Qué es, pues, lo que dicen? —He aquí que hasta en el nacimiento de Cristo apareció una estrella; señal de que la astrología es cosa segura. —Entonces —les contestamos—, si Cristo nació conforme a la ley del horóscopo, ¿cómo deshizo la astrología, derribó el hado, tapó la boca a los demonios, desterró el error y echó por los suelos toda esa hechicería? Además, ¿por qué averiguan los magos por la estrella que Jesús era rey de los judíos? En realidad, Él no fue rey de ningún reino temporal, como lo declaró ante Pilatos: *Mi reino no es de este mundo*. Nada que tal realeza delatara hubo en Cristo: ni guardia de lanceros, ni escolta de escuderos, ni caballería, ni tiros de mulas. Él llevó vida sencilla y pobre, sin más compañía que doce también pobres hombres consigo. Pero ya que sabían que el niño era rey, ¿por qué vinieron? Pues no atañe a la astrología adivinar por las estrellas los nacimientos, sino predecir, según dicen, por la hora del nacimiento la suerte futura de los recién nacidos. Pero los magos ni asistieron al parto de la madre, ni supieron el momento en que nació el niño, ni pudieron, fundándose en ello, conjeturar por el movimiento de las estrellas lo que hubiera en adelante de acontecerle. Al contrario, por haber visto la estrella mucho antes aparecida en su propia tierra, ellos vienen a ver al recién nacido.

Cuestiones que plantea la venida de los Magos

Esta venida misma sí que plantea un problema más difícil que el primero. Porque ¿qué razonamiento pudo moverlos a emprender aquel viaje? ¿Qué bienes esperaban de adorar a un rey a tan enorme distancia? Si hubiera nacido

[16] Ruíz. D.(trad.), 2007: pp-102- 114.

para reinar sobre ellos, ni aun así hubiera tenido mucho sentido lo que hicieron. De haber nacido en el palacio real y estar a su lado el rey su padre, tal vez pudiera decirse con algún viso de razón que, para congraciarse con el padre, fueron a adorar al niño recién nacido, con lo que de antemano se habrían procurado un buen motivo de su amistad. Pero, si realmente no esperaban que hubiera de ser su rey, sino de una nación extraña y muy apartada de su propia patria; si, además, no iban a ver más que a un tierno niño, ¿qué motivo tuvieron para emprender tan largo viaje, llevarle presentes y exponerse con todo ello a mil peligros? Y fue así que, al oírlos, se turbó Herodes, y con él se alborotó todo el pueblo. ¿Se dirá que nada de eso podían prever los magos? No hay razón para decirlo. Por muy ingenuos que fueran, no podían ignorar que, yendo a una ciudad que tenía ya su rey, y llevando tales noticias, y señalando con el dedo a otro rey distinto del que allí mandaba, iban a atraerse la muerte por cien caminos. Y, después de todo, ¿a qué adorar a un niño en pañales? Si se hubiera tratado de un hombre hecho y derecho, pudiérase decir que, por ganarse su protección, se habían arrojado a un manifiesto peligro. Aparte la insensatez suma que unos persas, unos bárbaros, unas gentes que nada tenían que ver con el pueblo judío, trataran de separarse de sus propios reyes y, dejando patria, parientes y casa, fueran a someterse a una monarquía extranjera.

La conducta de los magos es naturalmente inexplicable

2. Pero si todo eso es absurdo, mucho más lo que luego hacen los magos. ¿Qué es lo que hacen? Después de tan largo viaje, después de adorar al niño, después de alborotar a todo el mundo, toman inmediatamente la vuelta de su patria. ¿Qué símbolo, absolutamente, de realeza vieron allí, pues tenían delante una choza, un pesebre, un niño en pañales y una madre pobre? ¿A quién ofrecieron sus presentes y por qué se los ofrecieron? ¿Tenían acaso de ley y costumbre andarse por ahí a rendir de ese modo homenaje a los reyes recién nacidos? ¿Recorrían tal vez la tierra entera para adorar, antes que subieran al trono, a los que sabían ellos que, de oscuros y pobres orígenes, habían de venir a ser reyes? Nadie podría decir semejante cosa. ¿Por qué, pues, le adoraron? Si movidos por lo que tenían delante, ¿qué esperaban recibir de un niñito y de una madre pobre? Si con miras a lo por venir, ¿cómo sabían que recordaría el niño más adelante el homenaje que le tributaron entre los pañales? ¡Se lo recordaría su madre! Pues ni aun así merecían honor, sino castigo, pues le habían expuesto a manifiesto peligro. Por sus noticias, en efecto, se turbó Herodes, y buscó y preguntó curiosamente y, por remate, intentó quitarle la vida. Y de modo general, quien saca a relucir como futuro rey al que desde su cuna ha sido un hombre privado, le entrega sin remedio a la muerte y levanta mil guerras contra él.

¿Os dais cuenta del cúmulo de absurdos que se siguen de considerar la historia de los magos conforme al orden humano y uso común? Y no son esos solos: muchos otros pudieran aún añadirse que implican cuestiones más difíciles que los ya dichos; pero no quiero produciros vértigo, amontonando dificultades a dificultades, sino pasemos ya a resolver algunas de las propuestas, empezando por examinar la naturaleza de la estrella aparecida a los magos. Si averiguamos bien qué estrella fue aquélla y de dónde vino, si fue una estrella ordinaria o distinta de las otras, y hasta si fue realmente una estrella o sólo aparecía así a los ojos; todo lo demás lo sabremos muy fácilmente. ¿Cómo, pues, averiguaremos todo eso? Por el texto mismo del evangelio.

La estrella aparecida a los magos no fue verdadera estrella

Ahora bien, a mi parecer, es evidente que la estrella de los magos no fue una estrella ordinaria; más aún: no fue una verdadera estrella, sino una fuerza invisible que tomó la apariencia de estrella. Lo que se prueba, ante todo, por la marcha que siguió. Efectivamente, no hay absolutamente una estrella que siga el camino que aquélla siguió. El sol, la luna y todos los astros vemos que marchan de oriente a occidente; aquélla, en cambio, marchaba de norte a sur, que es la posición de Persia respecto a Palestina. La segunda prueba es el tiempo en que brillaba la estrella. Efectivamente, no sólo aparecía durante la noche, sino en pleno día y en pleno esplendor del sol. No hay estrella que tenga tal virtud; no la tiene ni la misma luna, que, aun pasando tantos grados a todas las estrellas, apenas brillan los rayos del sol, se esconde y desaparece ella. La estrella, en cambio, de los magos, por la superioridad de su brillo, venció a los mismos rayos solares, resplandeciendo más que ellos y brillando en medio de su luz. Tercera prueba: la estrella de los magos aparecía y se ocultaba. Efectivamente, durante el viaje hasta Palestina, la estrella los fue guiando; luego, apenas pusieron pie en Jerusalén, se les ocultó, y, por fin, cuando, informado Herodes sobre el fin de su venida, le dejaron y se pusieron en marcha, se les mostró de nuevo. Todo esto no es cosa del movimiento de una estrella, sino de una potencia muy racional. Era una estrella que no tuviera marcha propia, sino que, cuando los magos tenían que caminar, se movía ella; cuando tenían que pararse, se paraba, acomodándose siempre a lo que convenía. Era como la columna de la nube que guiaba a los judíos por el desierto, por la que, según les convenía, asentaban o movían su campamento. La cuarta prueba evidente es la manera como les mostró el lugar en que estaba el niño. Efectivamente, no se lo mostró quedándose ella en lo alto, pues les hubiera sido imposible distinguirlo de este modo, sino bajando hasta allí. Comprenderéis perfectamente que un lugar tan reducido, una pobre choza posiblemente, y menos, como es natural, el corpezuelo de un niño pequeño,

no es posible que lo señale una estrella. Por su inmensa altura no hubiera podido aquella estrella marcar un lugar tan pequeño y darlo a conocer a los que hubieran querido distinguirlo a su luz. Sirva la luna de comprobante. No obstante ser tan superior a las estrellas, a todos los que habitan la tierra y están derramados por su enorme anchura, les parece que está cerca de ellos. ¿Cómo, pues, decidme, hubiera podido la estrella señalar a los magos sitio tan estrecho como una cueva, un pesebre, de no haber bajado de aquella su altura y haberse posado sobre la cabeza misma del niño? Que es, en efecto, lo que el evangelista dio a entender cuando dijo: *He aquí que la estrella los iba guiando, hasta que llegó y se posó sobre el lugar en donde estaba el niño.* Ya veis, pues, por cuántos argumentos se prueba que esta estrella no fue una estrella ordinaria y que no apareció porque así lo exigiera el horóscopo profano.

La estrella condena la incredulidad de los judíos

3. ¿Y para qué fin apareció la estrella? Para herir la insensibilidad de los judíos y, caso que la desconocieran, cerrarles el paso a toda defensa. Como el que había venido venía a poner término a la antigua manera de vida, y a llamar a su adoración a toda tierra, y a ser efectivamente adorado por dondequiera por tierra y por mar, abre desde el primer momento la puerta a las naciones, queriendo de paso, por medio de los extraños, adoctrinar a los suyos. Continuamente estaban éstos oyendo a los profetas, que les hablaban del advenimiento de Cristo; pero como a los profetas no les prestaban mucha atención, hizo Él que vinieran de lejanas tierras unos extranjeros buscando al rey nacido entre ellos, y así tuvieron que oír primero de boca de unos persas lo que no habían querido oír de boca de los profetas. De este modo, si querían obrar discretamente, allí tenían la mejor ocasión para creer; si seguían en su obstinación, ya no les quedaba defensa posible. ¿Qué podían, en efecto, alegar para no recibir a Cristo después de tantos profetas, cuando allí tenían a unos magos que le recibían por solo haber visto la estrella y que, apenas aparecido, le venían a adorar? Lo mismo que con los magos, hizo con los ninivitas, enviándoles a Jonás; con la samaritana y con la cananea. De ahí que más adelante dijera: *Los hombres de Nínive se levantarán y os condenarán. La reina del mediodía se levantará y condenará a esta generación*. Porque éstos creyeron por signos menores, y ellos no creyeron ni con los mayores.

Por qué se valió dios de una estrella para atraer a los magos

— ¿Y por qué —me diréis— se valió Dios de una visión así para atraer a los magos? — ¿Pues qué otra cosa hubo de hacer? ¿Enviarles profetas? Pero los magos no hubieran escuchado a los profetas. ¿Darles una voz desde lo alto? No la hubieran atendido. ¿Mandarles un ángel? Lo habrían dejado a un lado. Por eso, dejando Dios todos esos medios, con suma condescendencia,

los llama por lo que a ellos les era familiar, y les muestra una estrella, grande y maravillosa, que les impresionara por su misma grandeza y hermosura no menos que por el modo de su marcha. Este estilo de Dios imita Pablo, cuando toma pie de un altar para hablar con los griegos y les cita a sus propios poetas. Con los judíos lo toma de la circuncisión, y con los que viven en la Ley, de los sacrificios legales hace punto de partida de sus enseñanzas. Cada uno ama lo que tiene de costumbre; de ahí que Dios y los hombres por Dios enviados para la salvación de la tierra se adaptan de este modo a las cosas. No pienses, pues, que fuera cosa indigna de Dios llamar a los magos por medio de una estrella, pues en ese caso tendríamos que condenar toda la religión judaica: sacrificios, purificaciones, novilunios, el arca y hasta el templo mismo. Todo eso, en efecto, tomó su origen de la grosería pagana. Y, sin embargo, para la salvación de los extraviados, Dios consintió en que se le diera culto por los mismos actos, siquiera un tanto modificados, por los que los gentiles se lo daban a los demonios; y así, apartándolos poco a poco de sus costumbres, levantarlos a más alta filosofía. Lo mismo exactamente con los magos: los llamó por medio de la visión de una estrella, para levantarlos luego a más altos pensamientos. La prueba es que, después que los llevó y condujo de la mano hasta el pesebre, ya no les habla por medio de la estrella, sino de un ángel. De este modo, poco a poco se fueron haciendo mejores. Caso semejante el de los habitantes de Ascalón y Gaza. El caso fue que aquellas cinco ciudades que habla la Escritura fueron heridas de plaga mortal por retener el arca de la alianza, y, como no hallaban remedio a sus males, llamaron a sus adivinos, y, convocada junta general, les preguntaron qué medio habría de librarse de aquel azote del cielo. La respuesta de los adivinos fue que uncieran a un carro, con el arca en él, a dos novillas sin domar y por vez primera paridas y, sin que nadie las guiara, las echaran a andar. Si el azote venía del cielo o era cosa de cualquier accidente, se había de ver claro de la manera siguiente: si las vacas —dijeron—, por no estar avezadas a él, hacen pedazos el yugo o se vuelven a los mugidos de sus novillos, todo lo sucedido ha sido pura casualidad; pero, si andan su camino recto y ni se conmueven por los mugidos de sus crías ni se extravían por ignorar el camino, entonces será evidente que la mano de Dios ha tocado estas ciudades. Tal fue la respuesta de los adivinos; la siguieron los habitantes de las cinco ciudades e hicieron lo que se les mandó, y Dios, condescendiendo una vez más, se acomodó a la sentencia de aquéllos y no tuvo por indigno de sí realizar su predicción y hacer que parecieran fieles en lo que en aquella ocasión dijeron. En verdad, mayor mérito era obligar a los mismos enemigos a dar testimonio del poder de Dios y ganarse a su favor el voto de los que eran maestros entre aquellos gentiles.

Aún pudieran traerse otros casos en que usa Dios de esa misma providencia. Tal el de la pitonisa que evocó el alma de Samuel, caso que, conforme a lo dicho, podréis ya resolver vosotros. Todo esto hemos dicho nosotros con ocasión de la estrella; pero mucho más podréis decir vosotros. *Dale* —dice la Escritura— *ocasión al sabio y será más sabio*.

Dos profecías sobre el nacimiento de cristo

4. Ahora tenemos que volver al comienzo del texto leído. ¿Qué comienzo? *Mas nacido Jesús en Belén de Judea en los días del rey Herodes, he aquí que unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén*. Los magos siguieron a la estrella que los fue guiando; los judíos no quisieron creer ni a los profetas. Ahora ¿por qué nos señala el evangelista el tiempo y el lugar, diciendo: *en Belén; y: en los días del rey Herodes?* ¿Y por qué al nombrar a Herodes añade su dignidad? En cuanto a la dignidad, porque hubo otro Herodes, el que mandó matar a Juan Bautista; pero éste fue tetrarca, mientras el de los magos era rey. En cuanto a señalar lugar y tiempo, fue para recordarnos dos profecías antiguas, de las que una es de Miqueas, y dice así: *Y tú, Belén, tierra de Judá, en manera alguna eres la más pequeña entre los príncipes de Judá*... La otra es del patriarca Jacob, que señala con precisión el tiempo y da una gran señal del advenimiento de Cristo: *No faltará* —dice— *príncipe de Judá ni caudillo salido de sus muslos hasta que venga aquel a quien está reservado, y Él será la expectación de las naciones*.

Dios al movernos a bien obrar no nos quita la libertad

Consideremos también de dónde les vino a los magos la idea de su viaje y quién los movió a emprenderlo. A mi parecer, no fue ello obra solamente de la estrella, sino también de Dios, que movió sus almas. Lo mismo hizo con Ciro, disponiéndole a dar libertad a los judíos; pero no lo hizo de modo que atentara contra su libre albedrío. Lo mismo con Pablo. Le llamó con su voz desde el cielo, pero en su conversión puso de manifiesto juntamente su gracia y la obediencia de su futuro apóstol.

—Mas ¿por qué —me diréis— no hizo Dios esta revelación a todos los magos? —Porque no todos hubieran creído y éstos eran los mejor preparados. Naciones sin cuento perecían, y sólo a los ninivitas les fue enviado el profeta; dos ladrones había en la cruz, y sólo uno de ellos se salvó. Considerad, si no, la virtud de los magos, no sólo porque vinieron, sino también por la franqueza con que hablaron. No quieren pasar por embusteros, declaran quién los ha enviado, explican la largura del viaje y manifiestan con toda franqueza a qué han venido: *Hemos venido* —dicen— *a adorarle*. No temen ni el furor del pueblo ni la tiranía del rey. De ahí deduzco yo que ellos fueron juego en su tierra los maestros de sus compatriotas. Porque quienes no temieron hablar así

en Jerusalén, con mucha mayor libertad hablarían en su patria, sobre todo después de recibir el oráculo del ángel y oír el testimonio del profeta.

Por qué se turban Herodes y Jerusalén

Mas Herodes, *oído que los hubo* —dice el evangelista—, *se turbó, y con él toda Jerusalén*. Que Herodes se turbara, era natural, pues era rey, y temía por sí o por sus hijos; pero ¿qué razón hay para que también se turbara con él Jerusalén? Los profetas les habían predicho de antiguo a su salvador, a su bienhechor y a su libertador. ¿Por qué, pues, se turbaron? Porque seguían en la misma disposición que sus antepasados, quienes, no obstante todos sus beneficios, se habían apartado de Dios, y, cuando gozaban de soberana libertad, se acordaban de las carnes de Egipto. Considerad, os ruego, por otra parte, la puntualidad de los profetas, pues esto mismo había predicho de muy antiguo Isaías, diciendo: *Querrán ser abrasados por el luego; porque un niño nos ha nacido y un hijo nos ha sido dado*. Sin embargo, pese a toda su turbación, no muestran interés en ver lo que haya sucedido, no acompañan a los magos, no les hacen una pregunta. Y es que eran a la vez la gente más terca y más indolente del mundo. Cuando habían de tener a gala que entre ellos hubiera nacido el rey —un rey que había atraído ya a sí a la nación de los persas—, y pensar que más adelante los tendrían a todos sujetos a su imperio, pues las cosas, con tan brillantes principios, irían de bien en mejor, ni aun así se hacen ellos mejores. Y, sin embargo, bien poco hacía que habían salido de la cautividad de aquellos mismos persas. Aun dado caso que nada supieran de misteriosas y elevadas profecías, por lo menos, con sólo mirar lo presente, bien podían haber reflexionado y echado sus cálculos: "Si, apenas nacido, así temen a nuestro rey, mucho más le temerán y obedecerán cuando sea hombre cabal, y entonces nuestro esplendor será mayor que el de los bárbaros." Pero nada de esto los mueve. Tanta era su indolencia, tanta también su envidia. Dos pasiones que a todo trance hemos de desterrar de nuestra alma; dos pasiones que hemos de combatir con ardor mayor que el del mismo fuego. De ahí que Cristo mismo dijera: *Fuego he venido a traer a la tierra; y ¿qué más quiero sino que estuviera ya encendido?* Por eso también apareció el Espíritu Santo en forma de fuego."

Diatriba contra los teatros

Lo que Pablo nos manda que evitemos, quiero decir, la chocarrería y bufonería, eso es lo que el diablo trata de persuadirnos que sigamos. Y lo más triste es el motivo por el que se ríe. Cuando aquellos infelices de payasos sueltan una blasfemia o una torpeza, el vulgo de los insensatos que los oyen rompen a todo placer en carcajadas y, por lo mismo que se les debiera apedrear, les aplauden furiosamente. Este triste placer los ha de llevar al horno

del fuego eterno. Porque quienes alaban a los que tales cosas dicen, esos, más que nadie, los incitan a decirlas, y esos, por tanto, con más justicia que nadie, deben sufrir el castigo que tales dichos merecen. En efecto, si nadie fuera a ver esas cosas, tampoco habría nadie que las representara. Pero como los cómicos ven que dejáis talleres y oficios y hasta lo que en ellos ganáis, todo en una palabra, para pasar el tiempo en el teatro, sienten que se les acrecienta su fervor y redoblan su empeño en el arte. Y no es que yo quiera, al decir esto, eximirlos a ellos de culpa; lo que sí quiero es que vosotros caigáis en la cuenta que el principio y raíz de este escándalo lo ponéis vosotros mismos; vosotros, los que gastáis el día entero en el teatro, los que hacéis objeto de irrisión el santo matrimonio, los que exponéis a público ultraje lo que Pablo llamó *sacramento grande*. Porque no tanto peca el que todo eso representa, cuanto, antes que él, vosotros, que le mandáis que lo represente. Y no sólo se lo mandáis, sino que corréis a verlo, y os alegráis, y alabáis a los farsantes, y atronáis con vuestros aplausos aquellas oficinas del demonio. ¿Con qué ojos — dime por tu vida— mirarás luego en tu casa a tu mujer, después que la has visto ultrajada en el teatro? ¿Cómo no te sonrojas, acordándote de tu cónyuge, cuando ves a su sexo hecho objeto de irrisión?

Falsas excusas del teatro inmoral

No me vengas con que todo eso no pasa de una representación. Sí, una representación que a muchos ha convertido en adúlteros y ha trastornado a muchas familias. Justamente lo que más me hace gemir es que nada de eso te parezca mal, sino que, cuando un adulterio así se perpetra, estallan tus aplausos, tus gritos y tus carcajadas. ¿Qué me dices? ¿Que todo eso es pura representación? Por ello precisamente merecían la muerte los farsantes, pues lo que todas las leyes mandan evitar, eso es lo que ellos representan con tanto ahínco. Si el hecho es un mal, su representación también tiene que serlo. Y nada digo todavía de cuántos adúlteros producen los que representan esos dramas de adulterio y cuán insolentes y desvergonzados hacen a los que tales espectáculos contemplan. Nada hay, en efecto, más deshonesto, nada más procaz, que un ojo capaz de soportar esa vista. Ni en la pública plaza, ni en casa siquiera, tolerarías que se presentara una mujer desnuda. Eso lo calificas tú de insolencia y desvergüenza. Entonces, ¿cómo subes al teatro a ultrajar a la vez a los dos sexos, a varones y hembras, y a cubrir tus ojos de sonrojo? Porque no me vengas a mí con que la mujer que allí sale desnuda es una ramera. El mismo sexo y el mismo cuerpo tienen la ramera y la honesta. Porque si nada inconveniente hay en ello, ¿cómo es que, si lo ves en la plaza, tú mismo te horrorizas y echas de allí a la desvergonzada? ¿O es que, cuando andamos dispersos por ahí, la cosa es inconveniente, pero cuando nos juntamos y sentamos todos en un teatro, ya no es igualmente torpe? Ridículo

y vergonzoso, locura suma fuera decir tal cosa. Mejor fuera embadurnarte los ojos con barro y cieno que no contemplar esa iniquidad. El cieno no te haría tanto daño en los ojos como la mirada intemperante y la contemplación de una mujer desnuda. Escucha, si no, de dónde vino al principio y quién hizo la desnudez, y tiembla de sólo el motivo de esta indecencia. ¿Cuál fue, pues, la causa de la desnudez? La desobediencia y el consejo del diablo. Tan de antiguo, pues, tan desde el principio se ocupó el diablo en eso. Pero, por lo menos, nuestros primeros padres se avergonzaron al verse desnudos; pero vosotros hacéis gala de ello, y así cumplís el dicho del Apóstol: *Que tenéis en el deshonor vuestra gloria*. ¿Cómo te mirará luego tu mujer cuando vuelvas de ver esa iniquidad? ¿Cómo te recibirá, cómo te hablará, después que de ese modo has deshonrado a todo el sexo femenino, después que has estado cautivo de tal espectáculo y te has hecho esclavo de una mujer perversa? Si os duele oír esto, a mí me complace en extremo. Porque, *¿quién es el que me alegra, sino el que por mí se pone triste?* No ceséis nunca de gemir y sentir remordimiento por tales pecados, pues el dolor por ellos será para vosotros comienzo de vuestro mejoramiento. Si yo mismo os he hablado con mayor vehemencia, es porque quiero cortar hasta lo profundo de vuestra herida y libraros de la podredumbre que os viene de esos que os embriagan; es porque quiero llevar plena salud a vuestra alma. Quiera Dios que de esa salud gocemos siempre y que alcancemos el premio prometido a las buenas obras por gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.[17]

HOMILIA 7[18]

Y, reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Y ellos respondieron: En Belén de Judea... (Mt 2,4ss).

La venida de los Magos, confusión de los judíos

1. ¿Veis cómo todo sucedió para confundir a los judíos? Porque, mientras no tuvieron a Cristo ante los ojos y no fueron víctimas de la envidia, depusieron con verdad su testimonio; pero cuando vieron la gloria que se conquistaba con sus milagros, dominados por la malquerencia, traicionaron ya la verdad. Pero la verdad vencía siempre, y sus mismos enemigos la proclamaban mejor que nadie. Por lo menos en el caso de los magos, mirad de cuán admirable y maravillosa manera se disponen las cosas. Aquí bárbaros y judíos aprenden los unos de los otros. Los judíos oyeron de los magos que

[17] Ruíz. D.(trad.), 2007: pp. 121-124.
[18] Ruíz. D.(trad.), 2007: pp. 125- 144.

hasta una estrella había proclamado a Cristo en tierra de los persas, y los magos supieron de los judíos que el mismo a quien había proclamado la estrella, lo habían anunciado mucho tiempo antes los profetas. La pregunta de Herodes fue para unos y otros ocasión de más clara y precisa enseñanza sobre Cristo. Los enemigos de la verdad, aun contra su voluntad, tienen que leer los libros que atestiguan la verdad, y se ven forzados a interpretar una profecía, si bien no la citan entera. Hablan, sí, de Belén; dicen que de allí saldrá el que ha de apacentar al pueblo de Israel; pero, por adulación al rey, no añadieron lo que sigue. *¿Qué es lo que sigue? Las salidas de Él son desde el principio, desde los días de la eternidad*.

Por qué Jesús, nacido en belén, habita luego en Nazaret

Mas ¿por qué —me diréis—, si Cristo tenía que ser originario de Belén, habitó luego en Nazaret, y dejó así en la penumbra la profecía? —Más bien que dejarla en la penumbra, la reveló. Porque el hecho que su madre viviera habitualmente en Nazaret y, sin embargo, le fuera a dar a luz en Belén, muestra que su nacimiento allí fue disposición de la providencia divina. Por eso mismo, tampoco salió de Belén inmediatamente después de nacido, sino que pasó allí cuarenta días, tiempo en que, si hubieran querido, podían haber averiguado puntualmente todo lo sucedido. Y, a la verdad, muchas cosas habían sucedido que podían moverles a semejante averiguación, si hubieran querido prestarles atención: habían venido los magos, se había levantado en vilo toda la ciudad, y con la ciudad el rey mismo; se había sacado a relucir una vieja profecía, se había reunido aquel gran tribunal. Y muchas cosas más sucedieron allí, en Jerusalén, que cuenta Lucas puntualmente: lo de Ana, Simeón, Zacarías, los ángeles, los pastores. Todo lo cual, de habérsele prestado atención, daba más que sobrada ocasión para tratar de averiguar lo acontecido. Porque, si los magos, que vinieron de Persia, dieron con el lugar del nacimiento, con mayor facilidad lo hubieran descubierto los que vivían a unos pasos de Belén. Cristo, pues, se mostró desde el principio con muchas maravillas; mas ya que no quisieron verlas, se ocultó por algún tiempo para mostrarse luego nuevamente por más brillante principio. Entonces, ya no fueron los magos, no fue ya una estrella, fue el Padre mismo quien le proclamó desde el cielo sobre las corrientes del Jordán, fue el Espíritu Santo quien descendió e hizo resonar aquella voz gloriosa sobre la cabeza del bautizado, fue Juan quien con toda libertad le proclamaba por todos los rincones de Judea y llenaba toda la tierra —la habitada y el desierto— de esta enseñanza, fue sobre todo el testimonio de sus milagros: la tierra, el mar, la creación entera, levantaron su voz más clara para proclamarle Hijo de Dios. Sin embargo, también al tiempo del nacimiento sucedieron ciertas cosas que señalaban sin estruendo su advenimiento. No podían decir los judíos: No sabemos ni cuándo

ni en qué lugar nació. Ahí estaban los magos con cuanto providencialmente les ocurrió; ahí los demás hechos a que hemos aludido. No podían, pues, alegar excusa alguna de no haber averiguado lo que había acontecido.

La profecía de Miqueas no se refiere a zorobabel

2. Considera también la exactitud de la profecía. Porque no dijo el profeta: "En Belén morará", sino: *De ti saldrá*. Así, a la profecía tocaba también que sólo el nacimiento tuviera allí lugar. Mas algunos judíos afirman impudentemente que la profecía de Miqueas se dijo de Zorobabel. ¿Qué razón pueden alegar para ello? No serán, por cierto, aquellas palabras: *Las salidas de Él desde el principio, desde los días de la eternidad* ¿Cómo puede, por otra parte, acomodarse a Zorobabel lo que se dice al comienzo de la profecía: *De ti saldrá*? Porque Zorobabel no nació en Judea, sino en Babilonia, de donde le vino el nombre que lleva. Los que entienden la lengua siria saben lo que digo. Aparte lo dicho, todo el tiempo del nacimiento del Señor acá confirma el testimonio de la profecía. Porque ¿qué es lo que dice? *En modo alguno eres la más pequeña entre los príncipes de Judá*. Y añade la razón de su celebridad: *Porque de ti saldrá...* Ahora bien, nadie, fuera de Cristo, ha hecho glorioso y célebre aquel lugarejo, pues, a partir de su nacimiento, de todos los confines de la tierra acuden gentes para ver el pesebre y la cueva. Que es lo que antaño había predicho el profeta al decir: *En manera alguna eres la más pequeña entre los príncipes de Judá*; es decir, entre los príncipes de las tribus. Y al hablar así, comprendió también a Jerusalén.

A los comienzos sólo se habla de la salvación de los judíos

Sin embargo, a pesar de que todo el provecho era para ellos, ni aun así prestaron atención a nada. Y es así que a los comienzos no hablan tanto los profetas de la propia dignidad del Mesías, cuanto del beneficio que por Él había de venir al pueblo. Así, cuando la Virgen le iba a dar a luz: *Le llamarás*- dice el ángel— *por nombre Jesús*. Y añade la razón: *Porque Él salvará a su pueblo de los pecados de ellos*. Tampoco los magos dijeron: ¿Dónde está el Hijo de Dios?, sino: *¿Dónde está el recién nacido rey de los judíos?* Y en la misma profecía de Miqueas no dijo: "De ti saldrá el Hijo de Dios", sino: *De ti saldrá el caudillo que pastoreará a mi pueblo de Israel.* Es que a los comienzos había que hablar a los judíos con más condescendencia, porque no se escandalizaran, y proclamar ante todo la propia salvación de su pueblo, para atraerlos así más suavemente. El hecho es que los primeros testimonios que se dan sobre Cristo, los que siguen inmediatamente a su nacimiento, nada grande, nada elevado dicen acerca de nada que pueda compararse a lo que se dijo después de sus milagros. Después de éstos, sí, se nos habla con toda claridad de la dignidad del Señor. Así, cuando, después de muchos milagros, los niños entonaban himnos en su honor, oye lo que dice el profeta: *De la boca de los*

pequeñuelos y de los que maman a los pechos sacaste perfecta alabanza. Y añade: *Porque veré los cielos, obra de tus dedos, palabras que nos lo muestran como creador del universo*. Y el testimonio que se le da después de su ascensión a los cielos nos pone de manifiesto su igualdad con el Padre: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha*. E Isaías dice: *El que se levanta para mandar en las naciones, y en El esperarán las gentes.*

Mas ¿por qué dijo de Belén que no era *la más pequeña entre los príncipes de Judá?* Pues no sólo en Palestina, sino en la tierra entera, se ha hecho célebre aquella pobre aldea. La razón es porque entonces hablaba particularmente con los judíos. De ahí que añadiera: *Él apacentará a mi pueblo de Israel*, cuando la verdad es que apacentó a la tierra entera. Pero, como he dicho, no quiere de pronto escandalizarlos y evita hablar de las naciones.

¿Se cumplió sobre los judíos la profecía de Miqueas?

—Entonces —me diréis—, ¿cómo es que no pastoreó justamente al pueblo judío? —También eso se cumplió de modo señalado, pues el Israel que habla la profecía significaba a los que creyeron en Cristo de entre los judíos. Interpretando el mismo pensamiento, decía Pablo: *No todos los que vienen de Israel son Israel, sino los que han nacido por medio de la fe y de la promesa*. Y, si no a todos los pastoreó, ellos tienen la culpa. Pues fue así que, cuando debieran haberle adorado juntamente con los magos y glorificar a Dios que había llegado aquel momento en que se les iban a perdonar sus pecados (nada, en efecto, se les dice en la profecía de tribunales divinos ni de rendición de cuentas, sino de un pastor manso y bueno), ellos hacen lo contrario: se turban, se alborotan y tienden al niño asechanza tras asechanza: *Entonces Herodes, llamando secretamente a los magos, se informó puntualmente de ellos sobre el tiempo de la aparición de la estrella*, con intento de quitar la vida al recién nacido. ¡Intento absolutamente insensato y loco! Todo lo que se le había dicho, todo lo que había acontecido, era bastante para apartar a Herodes de semejante idea. Aquéllos no podían ser acontecimientos humanos. Una estrella había llamado desde el cielo a los magos, unos extranjeros habían emprendido tan largo viaje para adorar a un niño entre pañales y puesto en un pesebre, los profetas habían de antaño predicho todo eso; todo, en fin, indicaba que aquello estaba por encima del acontecer humano. Nada, sin embargo, le contuvo.

Ponderase la insensatez de Herodes

3. Tal es por naturaleza la maldad: choca contra sí misma y emprende lo imposible. Considerad la insensatez de Herodes. Si creía en la profecía y tenía su cumplimiento por ineludible; su intento, evidentemente, era imposible. Si no creía ni esperaba que se cumpliera lo que decía, no había por qué temer y espantarse ni tender asechanzas a nadie. Luego por uno y otro lado estaba demás el embuste. Pero el colmo de la insensatez fue imaginarse que los

magos habían de estimarle más a él que al recién nacido, por quien tan largo viaje habían emprendido. Porque, si antes de verle iban tan inflamados en su amor, ¿cómo pudo esperar Herodes que, después de haberle visto y recibir la garantía del profeta, podría persuadirles que le entregaran traidoramente al niño? Sin embargo, a despecho de tantas cosas como se lo disuadían, él se obstinó en su empeño y, llamando secretamente a los magos, se informó de ellos. Secretamente, pues pensaba que los judíos se interesaban por el niño, y no podía esperar que llegara a tanto su locura, que entregaran en manos de sus enemigos al que había venido como protector, salvador y libertador de su pueblo. Por eso, repito, los llama secretamente y pregunta por el tiempo no del nacimiento del niño, sino de la aparición de la estrella, y a fe que sabe poner cebo abundante en su trampa. Realmente, a lo que a mí me parece, la estrella hubo de aparecer mucho tiempo antes del nacimiento. Porque, como los magos tenían que gastar mucho tiempo en el viaje, si habían de llegar inmediatamente junto al recién nacido (y para que su hecho resultara admirable y maravilloso tenían que adorarle aún en pañales), se les tuvo que mostrar la estrella con mucho tiempo de anticipación. De habérseles ella aparecido en Oriente cuando el niño nació en Palestina, como tenían que gastar mucho tiempo en el viaje, ya no hubieran llegado a verle en pañales. Cierto que Herodes manda matar a los niños de dos años abajo; pero no hemos de maravillarnos de ello. El furor y el miedo, para mayor seguridad, señala también mayor tiempo, de modo que nadie se escapara. Llamando, pues, a los magos, les dice: *Marchad y averiguad puntualmente lo que haya sobre el niño, y cuando lo hubiereis encontrado, anunciádmelo a mí para ir también yo a adorarle*. ¡Qué insensatez! Porque, si eso lo dices en serio, ¿por qué preguntas secretamente? Si con intento de armar una trampa, ¿cómo no comprendes que los magos pueden caer en la cuenta de tu embuste por el hecho mismo de preguntarles secretamente? Pero, como antes he dicho, el alma presa de la maldad se torna el alma más insensata del mundo. Y notad que no dijo: "Marchad y averiguad lo que haya sobre el rey", sino: *Lo que haya sobre el niño*. No podía soportar ni el nombre de realeza. Pero los magos, sin caer en la cuenta, por su gran piedad, de nada de esto (¿cómo iban ellos a imaginar que llegara Herodes a tal extremo de maldad que atentara contra tan admirable designio de la Providencia?), se pusieron en marcha. Nada sospecharon, pues juzgaban a los demás por sus propios sentimientos.

La estrella se les aparece nuevamente

Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente los iba guiando. Justamente se les había antes ocultado, para que, al hallarse sin guía, no tuvieran otro remedio que preguntar a los judíos, y quedara así manifiesto a todos el nacimiento de Cristo. Por eso, una vez que habían preguntado y tenido

a los judíos por maestros, la estrella se les aparece nuevamente, y considerad aquí la profunda conexión de los sucesos. Después de la estrella, los recibe el pueblo y el rey de los judíos, y éstos aducen el testimonio del profeta, que esclarece lo sucedido. Después del profeta, es un ángel quien los toma y les enseña todo; pero, entre tanto, de Jerusalén a Belén caminan bajo la guía de la estrella. Ésta, en efecto, se puso desde allí en camino con ellos. Prueba que no era una estrella ordinaria. Realmente no hay estrella de esa naturaleza. Porque no sólo se puso en camino, sino que los iba guiando, atrayéndolos y conduciéndolos como de la mano, aun en pleno día.

4. Mas ¿qué necesidad —me diréis— había de la estrella cuando ya sabían el lugar del nacimiento? —Pues sí, la había, para ver también al niño, pues nada había que lo diera particularmente a conocer. No estaba en un espléndido palacio, no tenía una madre ilustre y gloriosa. Necesitaban, pues, de la estrella que los llevara al lugar mismo. Por eso se les aparece a su salida de Jerusalén, y ya no se para hasta llegar al pesebre, uniendo una maravilla con otra maravilla. Porque maravilla fue que los magos adoraran al niño, maravilla que una estrella los guiara: Una y otra, capaz de conmover corazones de piedra. Porque, si los magos hubieran dicho haber ellos oído a los profetas que todo aquello predecían o que a ellos particularmente se lo habían revelado los ángeles, no se les hubiera creído; pero con una estrella allí ante los ojos había para tapar la boca a los más porfiados. Luego, llegada ya sobre el niño, la estrella se paró: virtud superior a la de una estrella. Una estrella, en efecto, no se oculta ahora y aparece luego y, después de aparecida, se detiene. El prodigio aumentó la fe de los magos. De ahí que se alegraran, y con sobrados motivos: habían hallado lo que buscaban, se habían ellos mismos convertido en mensajeros de la verdad y no habían hecho en balde tan largo viaje; tan inflamado amor sentían por Cristo. Porque fue así que, llegada, la estrella se posó sobre la cabeza misma del niño, mostrando que era criatura divina y, con el hecho de pararse, convidó a que le adoraran, no diré a unos extranjeros sin más, sino a los más sabios entre los suyos. ¿Veis cómo había razón para que la estrella apareciera nuevamente? Y, en efecto, aun después de la profecía, aun después que los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo se la interpretaron, todavía podían atender a ella.

Contra Marción, Pablo de Samosata y los judíos

Avergüéncense Marción y Pablo de Samosata, que no quieren ver lo que vieron los magos, verdaderos antepasados de la Iglesia. No me avergüenzo de llamarlos así. Avergüéncese Marción, viendo cómo Dios es adorado en la carne. Avergüéncese Pablo de Samosata, viendo que el niño no es adorado como simple hombre. Que Dios fue adorado en la carne, muéstrenlo los pañales y el pesebre; que los magos no adoraron al niño como simple hombre,

lo ponen de manifiesto los dones que en tan tierna edad le presentan. Esos dones sólo a Dios deben de razón ser ofrecidos. Avergüéncense con estos herejes los judíos, viendo cómo se les adelantan unos extranjeros, unos magos, a los que ni siquiera han querido seguir. En verdad, lo que entonces sucedió, figura era de lo por venir, y ya por los comienzos se ponía en claro que las naciones habían de tomar la delantera a los judíos.

—Entonces —me diréis—, ¿por qué no dijo el Señor al principio, sino al fin de su carrera en la tierra: *Marchad y hacedme discípulos en todas las naciones*? La razón es, como ya he dicho, que lo que entonces sucedió fue figura y anuncio de lo por venir. Lo natural era, efectivamente, que los judíos hubieran ido delante; pero como voluntariamente rechazaron el beneficio que se les hacía, las cosas sucedieron al revés. Tampoco en el nacimiento debían haberse adelantado los magos a los judíos; ellos que vivían allá tan lejos, a los que moraban en Jerusalén mismo; los que no habían oído jamás de profecías, a los que se nutrían de su lectura. Pero como los judíos desconocieron hasta lo sumo sus propios bienes, los que vienen de la Persia toman la delantera a los que moran en Jerusalén. Exactamente, lo que dice Pablo: *A vosotros había que hablar primero la palabra de Dios; mas como vosotros mismos os habéis juzgado indignos de ella, he aquí que nos volvemos a los gentiles*. Porque, si antes no habían creído, por lo menos al oír a los magos debían haber corrido hacia Cristo. Pero no quisieron. Por eso, como ellos siguen durmiendo, los magos corren delante.

Sigamos nosotros a los magos

5. Acompañemos, pues, también nosotros a los magos; apartémonos de las costumbres extranjeras; pongamos una gran distancia en medio, y así lograremos ver a Cristo. Si los magos no se hubieran ido lejos de su patria, tampoco lo hubieran visto. Apartémonos de las cosas de la tierra. Los magos mismos, mientras estuvieron en Persia, vieron la estrella; pero cuando se alejaron de su patria, merecieron contemplar al sol mismo de justicia. Más aún: ni la misma estrella hubieran visto, de no haberse levantado de allí con fervor. Levantémonos, pues, también nosotros. Aun cuando todos se turben, corramos nosotros a la casa del niño; aun cuando reyes, pueblos y tiranos nos quieran cerrar el paso, no por eso se entibie nuestro amor. De este modo romperemos todos los obstáculos que se nos opongan. Si los magos no hubieran visto al niño, no hubieran escapado al peligro que les amenazaba de parte del rey. Antes de verle, miedos, peligros, turbaciones por todas partes; después de adorarle, calma y seguridad. Entonces no es ya la estrella, entonces es el ángel el que los guía; la adoración del niño los había hecho sacerdotes, pues habían ofrecido sus ofrendas. Deja, pues, tú también al pueblo judío, la ciudad alborotada, al rey sediento de sangre, toda la pompa del mundo, y

marcha presuroso a Belén, donde está la casa del pan espiritual. Si eres un pastor y aquí vienes, verás al niño en el establo; si eres un rey y no vienes, de nada te aprovechará tu púrpura; si eres un mago, tampoco eso es obstáculo para que vengas, con tal que vengas para honrar y adorar, *no para pisotear al Hijo de Dios*; con tal que vengas con temblor y alegría, pues ambos sentimientos pueden estar juntos. Pero ¡cuidado!, no seas como Herodes y digas: *Para ir yo también a adorarle*, y luego, llegado allí, intentes quitarle la vida.

Los que participan indignamente de la eucaristía son semejantes a herodes

A Herodes efectivamente se asemejan los que reciben indignamente los divinos misterios. *Ese tal* —dice el Apóstol— *será reo del cuerpo y de la sangre del Señor*. Esos llevan dentro de sí un tirano a quien le duele la realeza de Cristo. Ese tirano, más malvado que Herodes, es *mammón,* el amor de la riqueza. Ese tirano quiere dominar y manda a los suyos a que adoren a Cristo; pero le adoran en apariencia, y en realidad le asesinan. Temamos, pues, pertenecer al número de los que sólo en apariencia suplican y adoran a Cristo, pero en sus obras se muestran contrarios a Cristo. Cuando nos acerquemos a adorarle, arrojémoslo todo de nuestras manos. Si tenemos oro ofrendémoselo a Él y no lo enterremos. Si aquellos bárbaros se lo ofrendaron entonces para honrarle, ¿quién eres tú, que no se lo das ni cuando tiene necesidad? Si ellos hicieron tan largo viaje para verle recién nacido, ¿qué excusa pondrás tú, que no quieres andar una calle para visitarle cuando está enfermo o encarcelado? Todos nos compadecemos de los enfermos y encarcelados aun cuando sean nuestros enemigos; ¿y tú no te compadeces ni de tu bienhechor y dueño? Los magos le ofrecieron oro, y tú a duras penas si le das un pedazo de pan. Los magos vieron la estrella y se alegraron; ¿y tú viendo a Cristo mismo peregrino y desnudo no te inclinas hacia Él? ¿Quién de vosotros, que habéis recibido de Cristo infinitos beneficios, ha emprendido por su amor tan largo viaje como el que hicieron estos bárbaros, digo mal, estos más sabios que los filósofos? ¿Y qué digo tan largo viaje? Hay entre nosotros mujeres tan muelles, que ni una calle son capaces de atravesar para ver a Cristo en su espiritual pesebre, si no son llevadas en coche de mulas. Otros, sí, caminan muy bien, pero es para meterse en el tráfago de los negocios mundanos o para frecuentar los teatros, que prefieren a la iglesia. Los bárbaros hicieron todo aquel viaje antes de verle; tú, ni aun después de verle los imitas. Tú dejas a Cristo y corres a ver a un bufón —otra vez vuelvo al tema del día anterior—; ves a Cristo reclinado sobre el pesebre y le abandonas para ir a ver las mujeres perdidas de la escena. ¿Qué rayos no merece tal conducta?

Diatriba contra un espectáculo impúdico

6. Dime por tu vida: si te prometieran introducirte en el palacio real y mostrarte al emperador sentado en su trono, ¿preferirías irte al teatro que no ver al emperador? Y eso que tampoco de ahí ibas a sacar ningún provecho. Aquí, sin embargo, brota una fuente de fuego espiritual de esta divina mesa, que tú dejas por correr al teatro. ¿Por ver nadar unas mujeres que ultrajan su propio sexo abandonas a Cristo sentado al borde de aquella fuente? Sí, también ahora se sienta Cristo al borde de la fuente, conversando no ya con la samaritana, sino con la ciudad entera, o quién sabe si también ahora con sólo la samaritana. Porque tampoco ahora tiene nadie a su lado: Unos están con sólo su cuerpo, otros ni con el cuerpo siquiera. Y, sin embargo, Cristo no se retira, sino que permanece allí y nos pide de beber, no agua, sino santidad. Porque Él da lo santo a los santos. Porque tampoco de esta fuente mana agua, sino sangre viva. Sangre que es símbolo de muerte, pero que aquí se ha convertido en causa de vida. Pero, tú, dejando la fuente de la sangre, el cáliz estremecedor, te vas a la fuente del diablo a ver cómo nada una ramera y cómo naufraga tu propia alma. Aquellas aguas son un piélago de libertinaje donde sufren naufragio no los cuerpos, sino las almas. La mujer nada desnudo su cuerpo, y tú, que lo estás mirando, te hundes en el abismo del libertinaje. Tal es la red del diablo: no tanto hunde a los que bajan al agua, sino, mejor que a los que se revuelven en las ondas, a los que desde arriba los contemplan sentados. Allí los ahoga con más furia que al antiguo Faraón, hundido con sus carros en el mar Rojo. Si las almas fueran visibles ¡cuántas pudiera yo mostrarte flotando sobre las aguas, como flotaban entonces los cadáveres de los egipcios! Y lo más grave es que a esta ruina universal le dan nombre de diversión y a este océano de perdición lo llaman un mar de placer. Sin embargo, más fácil fuera atravesar el Egeo o Tirreno con seguridad que semejante espectáculo. Primeramente, ya la noche antes, el diablo se apodera anticipadamente de tu alma por la expectación de lo que vas a ver; luego, mostrándote lo que has estado esperando, te la encadena y cautiva en un instante. Porque no te imagines que, porque no te uniste con la ramera, ya estás limpio de pecado. El deseo lo ha hecho todo. Porque si ahora la pasión te domina, tú has encendido más su fuego; y, si ninguna impresión te produce lo que has visto, aún es mayor tu culpa, pues has sido escándalo de los demás y con semejante espectáculo has mancillado tus ojos, y con tus ojos tu alma

Remedio contra este mal: oíd a vuestras esposas

Pero no nos contentemos sólo con reprender el mal; pensemos también en el modo de corregirlo. ¿De qué modo? Yo quiero entregaros a vuestras propias mujeres para que ellas os instruyan. Sí, ya sé que, conforme a la ley sentada por Pablo, debierais ser vosotros los maestros; pero ya que por el pecado se ha trastornado el orden, y el cuerpo está arriba y la cabeza abajo, no

tenemos otro remedio que echar también por este camino. Mas, si te avergüenzas de tener a una mujer por maestra, huye del pecado y podrás inmediatamente subir al trono que por Dios te fue dado. Porque mientras sigas pecando, no ya sólo a tu mujer, a los más viles animales te remite la Escritura para que aprendas de ellos. La Escritura no se ruboriza de mandar, como discípulo, a la hormiga, al que está dotado de razón. La Escritura no tiene culpa en eso. La culpa es de quienes así han traicionado su nobleza. Lo mismo haremos también nosotros. Por ahora os entregaremos a vuestras mujeres; pero, si despreciáis a estas maestras, os enviaremos a la escuela de los irracionales, y allí os mostraremos cuántas aves, cuántos peces, cuántos cuadrúpedos y serpientes son más pudorosos y castos que vosotros. Si te avergüenzas y sonrojas de la comparación, sube a tu propia nobleza y, considerando el piélago del infierno y aquel terrible río de fuego, huye de la piscina y del teatro. Esta piscina te conducirá a aquel mar y estas aguas encenderán aquel abismo de fuego.

La vana excusa de: "no somos monjes"

7. *Si el que mira a una mujer para desearla, ya cometió con ella adulterio,* el que por fuerza tiene que contemplarla desnuda, ¿no quedará mil veces cautivo? El diluvio en tiempo de Noé no perdió tanto al género humano como estas mujeres nadadoras, que ahogan entre su impudor a todos los que las contemplan. El diluvio al cabo ahogó los cuerpos, pero purificó la maldad de las almas; mas este diluvio hace lo contrario: deja intactos los cuerpos y pierde las almas. Cuando se trata de preeminencia, vosotros pretendéis el primer puesto sobre toda la tierra, por haber sido vuestra ciudad la primera que se coronó del nombre cristiano; mas en este combate de la pureza, no os avergonzáis de estar por debajo de las ciudades más incultas. —Muy bien, me contestáis. ¿Qué quieres, pues, que hagamos? ¿Subirnos por esos montes y hacernos monjes? —Esto es lo que a mí me hace gemir, que penséis que la modestia y la castidad convienen sólo a los monjes. No, Cristo puso leyes comunes para todos. Y así, cuando dijo: *El que mirare a una mujer para desearla*, no hablaba con el monje, sino con el hombre casado, pues de tales hombres estaba lleno el monte sobre el que Cristo hablaba. Considerad aquel divino teatro y aborreced ese otro diabólico, y no condenéis la dureza de esta palabra. Porque yo no te prohíbo casarte ni me opongo a que te diviertas. Sólo quiero que se haga con templanza, no con impudor, no con culpas y pecados sin cuento. No pongo ley que os vayáis a los montes y a los desiertos, sino que seáis buenos, modestos y castos aun viviendo en medio de las ciudades. A decir verdad, todas las leyes divinas nos son comunes con los monjes, excepto el matrimonio; y, aun en éste, os manda Pablo que tratéis de asemejaros a ellos en todo: *Porque pasa la figura de este mundo, a fin que los que tienen mujeres*

sean como si no las tuvieran. Como si dijera: No os mando que ocupéis las cumbres de los montes. Realmente lo quisiera, pues las ciudades imitan ya a Sodoma y Gomorra. Sin embargo, a nadie se obliga a ello. Sigue en tu casa con tu mujer y tus hijos, pero no ultrajes a esa misma mujer, no deshonres a tus propios hijos, no metas en tu casa la peste de los teatros. ¿No oyes a Pablo, que dice: *El varón no tiene potestad de su cuerpo, sino la mujer?*. Leyes comunes pone a hombre y mujer. Pero tú, si tu mujer frecuenta la iglesia, la recriminas implacablemente; pero pasarte el día en los teatros, no crees que merezca recriminación ninguna. Sobre la castidad de tu mujer eres tan exigente, que llegas al exceso y desmesura, hasta no permitirle ni las salidas necesarias; a ti, en cambio, crees que todo te está permitido. Pero no será Pablo quien te lo permita, pues da a la mujer la misma potestad que a ti: *El hombre* —dice— *pague a la mujer el honor que le debe*. Pues ¿qué honor es ése, cuando la ultrajas en lo más vivo, y entregas a una prostituta el cuerpo que le pertenece (porque tu cuerpo a ella le pertenece), cuando metes en tu casa alborotos y guerras, cuando haces en pública plaza lo que no puedes contar en la intimidad sin sonrojar a tu esposa que te oye, sin sonrojar a tu hija que está presente, sin sonrojarte antes a ti mismo? Porque forzosamente o tienes que callarte o has de decir tales indecencias, que, dichas por un esclavo, habría con justicia que azotarle. ¿Qué excusa, pues, por favor, tendrás de ir con tanto afán a ver cosas que no es decente ni contarlas? Lo que no se aguanta contado, ¿tú lo prefieres a todo lo demás?

Conclusión: si no hay enmienda, hablará más duramente

Por ahora, para no seros demasiado pesado, pongo aquí punto final a mi discurso. Pero, si os obstináis en vuestro desorden, afilaré más el hierro y hundiré más profundamente la lanceta. Yo no he de darme punto de reposo hasta derribar el teatro del diablo y purificar esta reunión de la iglesia. De este modo nos libraremos de la vergüenza presente y alcanzaremos el fruto de la vida venidera por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

16 Marción y sus secuaces enseñaban (h. a50 d. de Cristo) que Cristo era hijo del sumo Dios bueno, no del Creador del mundo, y que sólo en apariencia se había hecho hombre. 17 Pablo de Samosata, en Skiria, obispo de Antioquía 108 desde h. 260, enseñó

HOMILIA 8[19]

[19] Ruíz. D. (trad.), 2007: pp. 145- 153.

Y entrando en la casa, vieron al niño con María su madre; y, postrados en tierra, le adoraron; y, abiertos sus cofres, le ofrecieron dones de oro, incienso y mira (Mt 2,11ss).

Por qué mateo habla de casa y lucas del pesebre

1.Entonces, ¿cómo es que Lucas dice haber sido el niño puesto en un pesebre? —Porque, efectivamente, apenas la Virgen lo dio a luz, lo reclinó allí. Y es que, por la gran concurrencia de gentes para el empadronamiento, no pudieron María y José hallar posada en Belén. Lucas mismo da a entender que por no haber hallado posada tuvo que reclinarlo en el pesebre. Luego lo levantó en sus brazos y lo tuvo sobre sus rodillas. Porque, apenas la Virgen entró en Belén, sintió que llegaba la hora del parto, para que por ahí entiendas toda la dispensación divina; nada sucedió al azar, todo se cumplió conforme a un plan de la providencia divina y siguiendo el orden de la profecía.

Qué movió a los magos a la adoración del niño

— ¿Y qué movió a los magos a la adoración del niño? Porque ni la Virgen era persona ilustre, ni vivía en una casa espléndida, ni cosa alguna de cuantas veían era bastante para impresionarles y atraerlos. Ellos, sin embargo, no sólo le adoran, sino que, abiertos sus cofres, le ofrecen dones; y dones no como a hombre, sino como a Dios. Porque el incienso y la mirra, de éste son símbolos. ¿Qué fue, pues, lo que les movió a ello? —Lo mismo que los dispuso a salir de su patria y emprender tan largo viaje, es decir, la estrella, y juntamente con ésta, una iluminación venida de Dios a sus almas que los iba poco a poco conduciendo a más perfecto conocimiento. De no haber sido así, cuando todas las apariencias eran tan humildes, no hubieran tributado al niño tan grande honor. Nada había allí grande para los sentidos: un pesebre, una choza, una madre pobre. Ahí habéis de ver la pura sabiduría de los magos y advertir que no se acercaron al niño como a mero hombre, sino como a Dios y bienhechor suyo. Por eso, de nada de lo que por fuera veían se escandalizaron, sino que le adoraron y ofrecieron sus dones, muy ajenos, por cierto, a la grosería judaica. Porque no fueron allí a sacrificarle ovejas y novillos, sino a ofrecerle dones muy cercanos a la doctrina de la Iglesia: el conocimiento, la obediencia y la caridad.

La retirada de los magos: su obediencia

Mas, avisados por Dios durante el sueño de no volver a Herodes, se retiraron por otro camino a su propia tierra. Notad aquí la obediencia de los magos. No se escandalizan; son dóciles y reconocidos; no se alborotan ni se dicen a sí mismos: "Si este niño es cosa grande y tiene alguna fuerza, ¿qué necesidad había de fuga y de esta retirada a escondidas? ¿Y cómo es que a nosotros, que públicamente venimos y que afrontamos valientemente la muchedumbre del pueblo y la locura del rey, nos despide ahora de la ciudad

el ángel como unos esclavos fugitivos? Pero nada de esto dijeron ni pensaron. Tal es la mejor calidad de la obediencia: no buscar las razones de lo que se nos manda, sino sencillamente obedecer a lo mandado.

Por qué no se salvan juntos el niño y los magos

Cuando los magos se hubieron retirado, he aquí que el ángel del Señor se aparece a José en sueños y le dice: Levántate y tema al niño y a su madre y huye a Egipto. Aquí hemos de resolver una dificultad acerca de los magos y acerca del niño. Porque, si es cierto que aquéllos no se alborotaron y todo lo aceptaron con obediencia, no por ello hemos nosotros de dejar de preguntarnos por qué no se salvan, aun quedándose allí, los magos y el niño, sino que aquéllos son enviados a Persia y éste tiene que huir con su madre a Egipto. ¿Pues qué? ¿Queréis que hubiera caído en manos de Herodes, y aun entre sus manos no recibir el golpe mortal? En este caso, se hubiera pensado que no había tomado carne, y no se hubiera creído el gran misterio de la encarnación. Y, en efecto, si, aun sucediendo así las cosas y dispuestas tantas otras de la vida del Señor humanamente, se han atrevido algunos a decir que es un mito eso que Dios tomara carne, ¿en qué impiedades no hubiera caído de haberlo Él hecho todo divinamente y según su poder infinito? En cuanto a los magos, despáchalos aprisa, primero porque quiere enviar maestros a su patria de Persia y luego porque quiere cortar la locura del tirano Herodes: Que se de cuenta que emprende una cosa imposible, que apague su furor, que desista de su vano intento. El mismo poder supone vencer tranquilamente a los enemigos que burlarlos con la mayor facilidad. Por lo menos así engañó a los egipcios en favor de los judíos. Podía Dios muy bien haber hecho pasar la riqueza de aquéllos a manos de los hebreos. Sin embargo, manda que eso se haga a escondidas y con engaño. Lo cual no le hizo menos temible a sus enemigos que cualquier otro de los milagros.

2. Así los escalonitas y demás habitantes de aquellas ciudades que, por haber capturado el arca de la alianza, fueron heridos por Dios con plaga de ratones, cuando exhortaron a los suyos a no proseguir la guerra ni ponerse frente a Él, entre los otros milagros, alegaron también éste, diciendo: *¿Por qué endurecéis vuestros corazones como los endurecieron Egipto y Faraón? ¿No es así que sólo cuando se burló de ellos despacharon al pueblo y salió éste de Egipto?* Cuando así hablaban, prueba es que para ellos este milagro no era menor que los públicamente realizados, para poner de manifiesto el poder y la grandeza de Dios. Pues también lo sucedido con los magos era bastante para impresionar al tirano. Considerad, en efecto, lo que tuvo que sufrir Herodes y cómo se ahogaría al verse así engañado y puesto en ridículo por los magos. —¿Y qué, si no se hizo mejor? —Eso ya no es culpa de quien todo lo ordenó para que se mejorara. La culpa fue de su extrema locura, que no se rindió a lo

que podía haberla calmado y apartado de su maldad. Más bien que rendirse siguió aún más adelante, con lo que recibiría mayor castigo de su insensatez.

[…]

Por qué no hablan los profetas sobre los magos. Interpretación de oseas

Que los profetas no hablen acerca de los magos, cosa es que no debe turbarte, pues ni todo lo dijeron ni todo lo callaron. Si nada hubiéramos oído de ellos, ver de pronto suceder las cosas, nos hubiera producido gran espanto y perturbación; pero saberlo de antemano todo, nos hubiera hecho dormitar y nada hubieran tenido ya que hacer los evangelistas.

En cuanto al texto de Oseas: *De Egipto he llamado a mi hijo*, los judíos pretenden haber sido dicho por ellos. A esto les podemos responder que es ley de la profecía decir con frecuencia una cosa sobre unos y cumplirse sobre otros. Tal lo que se dice de Simeón y Leví: *Yo los dividiré en Jacob y los esparciré en Israel*. Lo cual no se cumplió en ellos, sino en sus descendientes. Y lo que Noé dijo sobre Canaán vino a verificarse en los gabaonitas, que eran descendientes de Canaán. Lo mismo pudiera decirse de Jacob. Aquellas bendiciones de su padre Isaac: *Sé señor de tu hermano y te adoren los hijos de tu padre*, no tuvieron en él su cumplimiento — ¿cómo lo iban a tener, cuando él temblaba ante su hermano y mil veces se postraba para adorarle? — , sino en sus descendientes. Lo mismo, en fin, en el texto de Oseas. Porque ¿quién con más verdad puede llamarse hijo de Dios: el que adora al becerro y se inicia en los misterios de Belfegor y sacrifica sus hijos a los demonios, o el que es Hijo por naturaleza y honra siempre a su Padre? De suerte que, de no haber venido este Hijo, la profecía no hubiera tenido cumplimiento conveniente.

18 Hilario de Poitiers

La Trinidad[20]

Libro II, 27:

"Veamos ahora la dignidad que acompaña el parto, el llanto, la cuna. El ángel dice a José que la Virgen dará a luz y que aquel que nacerá ha de ser llamado Emmanuel, es decir, Dios con nosotros. El espíritu lo anuncia por medio del profeta, el ángel es testigo: el que nace es Dios con nosotros. La luz de una nueva estrella de muestra a los magos desde el cielo y un signo celeste acompaña al Señor del cielo. El ángel anuncia a los pastores que ha nacido Cristo el Señor, salvador de todos. La multitud del ejército celeste se reúne en la alabanza del niño y el gozo de este coro divino anuncia tan gran acontecimiento. Después se proclama gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Vienen después los magos y lo adoran envuelto en pañales; doblan sus rodillas ante el que está puesto en una cuna después de haberse dedicado a los arcanos de su vana ciencia.

Así adoran los magos la miseria de la cuna. Así se da honra al llanto mediante el gozo celestial de los ángeles. Así están al servicio de su nacimiento el Espíritu, que lo proclama por medio del profeta; el ángel que lo anuncia, y la estrella con su nueva luz. Así el Espíritu Santo que viene de lo alto y la fuerza del Altísimo que cubre a María con su sombra obran el principio de su nacimiento. Una cosa es la que se ve, otra la que se comprende; una la que se observa con los ojos, otra la que se observa con la mente. Una virgen da a luz, el nacido viene de Dios. Llora un recién nacido y se oye a los ángeles que lo alaban. Los pañales son miserables, Dios es adorado. Así no se pierde el honor del poder divino cuando se asume la humildad de la carne."

Libro IV, 23:

"No enturbió la verdad de la fe añadiendo otras cosas con mis palabras. Hable el Padre, como acostumbra, acerca de su unigénito, para que en la realización del misterio del bautismo no se pueda ignorar la divinidad de Jesucristo a causa de su cuerpo: este es mi hijo amado, en el que me he complacido (Mt., 3,17)

Pregunto en qué está corrompida la verdad y en qué se muestra inconsistente la profesión de la fe. No se consideran suficientes para la demostración de la majestad divina ni el parto de la Virgen por obra del Espíritu Santo anunciado por el ángel, ni la estrella que sirvió de guía a los

[20] Ladaria, L. (trad.), 1986: pp. 98-99; 261.

magos, ni el honor que se rinde al que es adorado en la cuna, ni el poder, confesado por el Bautista, del que iba a ser bautizado.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

19 San Ambrosio o Ambrosio de Milán

Tratado sobre el Evangelio de San Lucas, Libro II, Mt. 2,1-18. Los Magos[21]:

San Mateo nos ha enseñado un misterio que no podemos pasar por alto. San Lucas, al encontrarlo ya relatado extensamente, ha creído callar, juzgándose bastante rico si entre los demás reivindicaba para sí el pesebre de su Señor.

A este Niño pequeño que la falta de fe te hace encontrar despreciable, los Magos de Oriente lo han seguido durante un largo camino, se postran para adorarle, le llaman rey y reconocen que El resucitará, al ofrecerle sus tesoros oro, incienso y mirra. ¿Qué son estos dones de una fe verdadera? El oro por el rey, el incienso por Dios y la mirra por la muerte; uno es, en efecto, el signo de la realeza, otor el sacrificio ofrecido al poder divino, otro el honor de la sepultura que, lejos de descomponer el cuerpo del difunto, lo conserva. También nosotros, que hemos escuchado y leído estas cosas, saquemos de nuestros tesoros, hermanos míos, dones semejantes; pues *nosotros tenemos un tesoro en vasos frágiles* (2 Cor. 4,7). Si, pues, aun en ti, no debes considerar lo que eres como procedente de ti, sino de Cristo, ¿cuánto más has de considerar en Cristo lo que no es tuyo, sino los que es de Cristo?

Los Magos ofrecieron sus dones de sus tesoros. ¿Quieres conocer qué recompensa recibieron ellos? La estrella es visible para ellos, pero invisible donde está Herodes; donde está Cristo se hace de nuevo visible y muestra el camino. Luego esta estrella es camino, y el camino es Cristo (Io 14,6), porque, según el misterio de la Encarnación, Cristo es la estrella: pues *saldrá una estrella de Jacob, y un hombre surgirá de Israel* (Num. 24,7). En fin, donde está Cristo, está también la estrella, pues él es *la estrella brillante de la mañana* (Apoc. 22,16). El mismo se indica, pues, con su propia luz.

Recibe otra enseñanza. Los Magos han venido por un camino y regresan por otro; pues, después de haber visto a Cristo y de haberle entendido, ellos vuelven mejores de cómo habían venido. Hay, pues, dos caminos: uno que conduce a la muerte, y otro que lleva al Reino: aquél es el de los pecadores que conduce a Herodes; éste es el de Cristo y por él se va a la patria; pues aquí abajo no hay más que un destierro pasajero, como está escrito: *Mi alma ha sido desterrada mucho tiempo* (Ps. 119,6). Guardémonos, pues, de Herodes y de los que tienen sólo por un tiempo el poder de este mundo, para que consigamos una morada eterna en la patria celeste.

[21] Garrido Bonaño, M. (trad.), 1966: pp. 111-115.

No se han ofrecido sólo estas recompensas a los elegidos, porque *Cristo está todo y en todos* (Col. 3,11). Observa, en efecto, que no en vano, entre los caldeos, que pasan por ser los más peritos en los misterios de los números, Abrahán ha creído en Dios, o que los magos, que se entregan a los artificios de la magia por el deseo de ser favorables a la divinidad, han creído en el nacimiento del Señor sobre la tierra; no en vano, he dicho, sino a fin de que los pueblos enemigos diesen un testimonio de la santa religión y un ejemplo del temor de Dios.

Sin embargo, ¿quiénes son estos magos, sino, como nos lo enseña una historia, los descendientes de Balaán, que ha profetizado: *Una estrella saldrá de Jacob*? (Num 24,17). Ellos son sus herederos por la fe no menos que por su descendencia. Aquél vio la estrella en espíritu, estos la han visto con sus ojos y han creído. Ellos vieron una estrella que no se había visto desde la creación del mundo; ellos han visto una nueva criatura y buscaban, no sobre la tierra, sino en el cielo, la gracia del hombre nuevo, según el texto profético de Moisés: *Una estrella saldrá de Jacob, y un hombre surgirá de Israel*; y ellos han reconocido que esta estrella era la que indica al Hombre-Dios. Ellos han adorado al niño chiquito; y, ciertamente, no le hubieran adorado si hubieran creído que solo era un niño de pecho. El mago comprendió que sus artificios habían terminado; ¿y no comprendes tú que han venido tus riquezas? El rinde homenaje a un extraño; y ¿tú no reconoces al que había sido prometido? El creyó contra sí ¿tú no piensas que has de creer en favor tuyo?

Los magos anuncian el nacimiento de un rey: Herodes se turba, reúne a los escribas y príncipes de los sacerdotes y les pregunta dónde ha de aparecer Cristo. Los magos anuncian simplemente a un rey; Herodes requiere a Cristo; reconoce, pues, que es el rey aquel por el cual preguntan. En fin, si preguntan dónde ha de nacer es señal de que había sido anunciado: no se le hubiera podido buscar si no hubiera sido anunciado. ¡Oh judíos insensatos!, ¡no creéis en la venida de Aquel que veis, no creéis en la venida de Aquel que vosotros mismos afirmáis que ha de venir!

Informadme, dice, *para que yo mismo vaya a adorarle*. Herodes tiende una trampa, pero no niega la divinidad del que quiere adorar. Finalmente, manda matar a los niños. ¿A qué otro sino a Dios convenia un tal sacrificio? Aunque privada de sentimientos, la infancia rinde homenaje a dios por el cual es inmolada. Hemos presentado algunos pasajes de San Mateo para poner en evidencia que el tiempo de la infancia no ha sido desprovisto de obras de la divinidad. Su la edad de su carne era incapaz de obrar, mas allí estaba ´dios, que empleaba en las obras de la divinidad la edad de su carne, que hacía velar en aquella región a los pastores, que guardaban la vigilia de la noche sobre su rebaño.

***Tratado sobre el Evangelio de San Lucas*, Libro III, Lc. 3, 23-28. Genealogía de Cristo, 49[22].**

En fin, para el mismo Adán, que, según el Apóstol, ha sido figura de Cristo (Rom 5,14), ¿qué hay más bello y más conveniente que la danta genealogía comenzase por un hijo de Dios y terminase en el Hijo de Dios, que el creado precediese en figura y siguiese el verdaderamente nacido, que antecediese el que ha sido hecho a imagen de dios por el cual descendió la Imagen de Dios? Y, si profundizamos en el misterio del primer error, el una ha gustado del árbol de la ciencia del bien y del mal, engañado por el diablo, persuadido por Eva, para que el otro, antes de conocer el mal, eligiese para nosotros el bien e hiciese vanas las insidias de la cruel serpiente por la persuasión de la Iglesia, según está escrito: *Pues antes de que el niño conozca el bien o el mal, él no cree en el mal, a fin de escoger lo que es bueno* (Is. 7,16), y *antes de que el niño sepa decir padre o madre recibirá las riquezas de Damasco y el botín de Samaria* (Is. 8,4). He aquí al Nuño cuya cuna ha sido llenada por los Magos de los despojos de Oriente, porque el pueblo que antes de Cristo no creía, cambiado en su fe, ha ofrecido al Señor los despojos de los ídolos como ornamentos de su triunfo.

[22] Garrido Bonaño, M. (trad.), 1966: pp. 184-185.

20 San Jerónimo

***Comentario a Mateo,* Libro I, Capítulo II[23]:**

"Pues hemos visto su estrella en el Oriente (2,2). Para confusión de los judíos, para que conocieran por unos gentiles el nacimiento de Cristo, nace en el Oriente la estrella que los magos sabían que tenía que aparecer, por el vaticinio de Balaán (Nm 24,17), de quien eran sucesores. Lee el libro de los Números (Núm 22-24). Los magos, pues, se trasladan a Judea por indicación de la estrella, de modo que los sacerdotes, preguntados por los magos sobre dónde debía nacer el Mesías, quedaron, sin excusa, sabedores de su venida.

Pero ellos le contestaron: En Belén de Judea (2,5). Es error de los copistas pues creemos que primeramente el evangelista escribió, como leemos en el mismo Evangelio Hebreo, de Judá, no *de "Judea*". Pues, por eso se escribe *de Judá*, porque hay también otra Belén en Galilea. ¿Cuál es, pues, esa Belén de otras gentes para que, con el fin de distinguirla de esta, se pusiera aquí *de Judea*? Lee el libro de Jesús hijo de Navé (Jos 19,15). Finalmente también en el propio testimonio, que se tomó de la profecía de Miqueas (2,5), tenemos:" Y tú Belén, tierra de Judá".

Y abiertos sus tesoros, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra (2,11). Bellísimamente resume el misterio de los regalos en un versito el presbítero Juvenco: incienso, oro y mirra para el hombre, para el rey y para Dios traen como regalos.

Y, recibida en sueños la respuesta de que no regresaran para ver a Herodes, retornaron a su tierra por otro camino (2,12). Los que ofrecieron dones al Señor reciben, en consecuencia, una respuesta. Y la respuesta, lo que en griego queda expresado al decir "*khrematisthéntes"* [habiéndoles respondido], tampoco se la dio un ángel, sino el mismo Dios, para que quedara demostrado el privilegio de los méritos de José. Y se vuelven por otro camino, porque no debían mezclarse con la infidelidad de los judíos."

[23] Bejarano, V. (trad.), 2002: pp. 27-29.

21 San Agustín

SERMÓN 199[24]
Tema: La manifestación del Señor.
Lugar: Desconocido.
Fecha: Dia de Epifanía (6 de enero).

1. Hace pocos días celebramos la fecha en que el Señor nació de los judíos; hoy celebramos aquella en que fue adorado por los gentiles. *La salvación, en efecto, viene de los judíos;* pero esta *salvación* llega *hasta los confines de la tierra*, pues en aquel día lo adoraron los pastores y hoy los magos. A aquéllos se lo anunciaron los ángeles, a éstos una estrella. Unos y otros lo aprendieron del cielo cuando vieron en la tierra al rey del cielo para que fuese realidad *la gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*. *Él es, en efecto, nuestra paz, quien hizo de los dos uno*. Por eso este niño nacido y anunciado se muestra como piedra angular; ya desde su mismo nacimiento se manifestó como tal. Ya entonces comenzó a unir en sí mismo a dos paredes que traían distinta dirección, guiando a los pastores de Judea y a los magos de Oriente *para hacer en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo, estableciendo la paz; paz a los de lejos y paz a los de cerca.* De aquí que unos, acercándose desde la vecindad aquel mismo día, y otros, llegando desde la lejanía en la fecha de hoy, han marcado para la posteridad estos dos días festivos; pero unos y otros vieron la única luz del mundo.

2. Pero hoy hemos de hablar de aquellos a quienes la fe condujo a Cristo desde tierras lejanas. Llegaron y preguntaron por él, diciendo: *¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo*. Anuncian y preguntan, creen y buscan, como simbolizando a quienes caminan en la fe y desean la realidad. ¿No habían nacido ya anteriormente en Judea otros reyes de los judíos? ¿Qué significa el que éste sea reconocido por unos extranjeros en el cielo y sea buscado en la tierra, que brille en lo alto y esté oculto en lo humilde? Los magos ven la estrella en oriente y comprenden que ha nacido un rey en Judea. ¿Quién es este rey tan pequeño y tan grande, que aún no habla en la tierra y ya publica sus decretos en el cielo? Sin embargo, pensando en nosotros, que deseaba que le conociésemos por sus escrituras santas, quiso que también los magos, a quienes había dado tan inequívoca señal en el cielo y a cuyos corazones había revelado su nacimiento en Judea, creyesen lo que sus profetas habían hablado

[24] De Luis, P. (trad.), 1983: pp. 75-80.

de él. Buscando la ciudad en que había nacido el que deseaban ver y adorar, se vieron precisados a preguntar a los príncipes de los sacerdotes; de esta manera, con el testimonio de la Escritura, que llevaban en la boca, pero no en el corazón, los judíos, aunque infieles, dieron respuesta a los creyentes respecto a la gracia de la fe. Aunque mentirosos por sí mismos, dijeron la verdad en contra suya. ¿Era mucho pedir que acompañasen a quienes buscaban a Cristo cuando les oyeron decir que, tras haber visto la estrella, venían ansiosos a adorarlo? ¿Era mucho el que ellos, que les habían dado las indicaciones de acuerdo con los libros sagrados, los condujesen a Belén de Judá, y juntos viesen, comprendiesen y lo adorasen? Después de haber mostrado a otros la fuente de la vida, ellos mismos murieron de sed. Se convirtieron en piedras miliarias: indicaron algo a los viajeros, pero ellos se quedaron inmóviles y sin sentido. Los magos buscaban con el deseo de hallar; Herodes para perder; los judíos leían en qué ciudad había de nacer, pero no advertían el tiempo de su llegada. Entre el piadoso amor de los magos y el cruel temor de Herodes, ellos se esfumaron después de haberles indicado a Belén. A Cristo, que allí había nacido, al que no buscaron entonces, pero al que vieron después, habían de negarlo, como habían de darle muerte; no entonces, cuando aún no hablaba, sino después, cuando predicaba. Más dicha aportó, pues, la ignorancia de aquellos niños a quienes Herodes, aterrado, persiguió que la ciencia de aquellos que él mismo, asustado, consultó. Los niños pudieron sufrir por Cristo, a quien aún no podían confesar; los judíos pudieron conocer la ciudad en que nacía, pero no siguieron la verdad del que enseñaba.

3. La misma estrella llevó a los magos al lugar preciso en que se hallaba, niño sin habla, el Dios Palabra. Avergüéncese ya la necedad sacrílega y —valga la expresión— cierta indocta doctrina que juzga que Cristo nació bajo el influjo de los astros, porque está escrito en el evangelio que, cuando él nació, los magos vieron en oriente su estrella. Cosa que no sería cierta ni aun en el caso de que los hombres naciesen bajo tal influjo, puesto que ellos no nacen, como el Hijo de Dios, por propia voluntad, sino en la condición propia de la naturaleza mortal. Ahora, no obstante, dista tanto de la verdad el decir que Cristo nació bajo el hado de los astros, que quien tiene la recta fe en Cristo ni siquiera cree que hombre alguno nació de esa manera. Expresen los hombres vanos sus insensatas opiniones acerca del nacimiento de los hombres, nieguen la voluntad para pecar libremente, finjan la necesidad que defienda sus pecados; intenten colocar también en el cielo las perversas costumbres que los hacen detestables a todos los hombres de la tierra y mientan haciéndolas derivar de los astros; pero mire cada uno de ellos con qué poder gobierna no ya su vida, sino su familia; pues, si así piensan, no les está permitido azotar a

sus siervos cuando pecan en su casa sin antes obligarse a blasfemar contra sus dioses, que irradian la luz desde el cielo. Mas por lo que respecta a Cristo, ni siquiera conformándose a sus vanas conjeturas y a sus libros, a los que llamaré no fatídicos, sino falsos, pueden pensar que nació bajo la ley de los astros por el hecho de que, cuando él nació, los magos vieron una estrella en oriente. Aquí Cristo aparece más bien como señor que como sometido a ella, pues la estrella no mantuvo en el cielo su ruta sideral, sino que mostró el camino hasta el lugar en que había nacido a los hombres que buscaban a Cristo. En consecuencia, no fue ella la que de forma maravillosa hizo que Cristo viviera, sino que fue Cristo quien la hizo aparecer de forma extraordinaria. Tampoco fue ella la que decretó las acciones maravillosas de Cristo, sino que Cristo la mostró entre sus obras maravillosas. El, nacido de madre, desde el cielo mostró a la tierra un nuevo astro; él que, nacido del Padre, hizo el cielo y la tierra. Cuando él nació apareció con la estrella una luz nueva; cuando él murió se veló con el sol la luz antigua. Cuando él nació, los habitantes del cielo brillaron con un nuevo honor; cuando él murió, los habitantes del infierno se estremecieron con un nuevo temor. Cuando él resucitó, los discípulos ardieron de un nuevo amor, y cuando él ascendió, los cielos se abrieron con nueva sumisión. Celebremos, pues, con devota solemnidad también este día, en el que los magos, procedentes de la gentilidad, adoraron a Cristo una vez conocido, como ya celebramos aquel día en que los pastores de Judea vieron a Cristo una vez nacido. El mismo Señor y Dios nuestro eligió a los apóstoles de entre los judíos como pastores para congregar, por medio de ellos, a los pecadores que iban a ser salvados de entre los gentiles.

SERMÓN 200[25]

Tema: La manifestación del Señor.

Lugar: Hipona.

Fecha: Día de Epifanía (6 de enero). Anterior al 405.

1. Los magos llegaron del oriente para adorar el parto de la Virgen. Esta fecha celebramos hoy otorgándole la merecida solemnidad y el sermón. Este día brilló para ellos por primera vez; para nosotros retorna anualmente en esta festividad. Ellos eran las primicias de los gentiles, nosotros somos el pueblo gentil. A nosotros nos lo anunció la lengua de los apóstoles; a ellos, una estrella, cual lengua de los cielos; los mismos apóstoles, como sí fueran cielos, nos proclamaron la gloria de Dios. ¿Cómo no reconocer que son cielos aquellos que se han convertido en tronos de Dios? Así está escrito: *El alma del justo es trono de la sabiduría.* A través de estos cielos tronó el artífice y

[25] De Luis, P. (trad.), 1983: pp. 80-85.

morador de los cielos; trueno que asustó al mundo, y he aquí que ya cree. ¡Gran misterio! Yacía todavía en el pesebre, y ya guiaba a los magos desde oriente. Escondido en un establo, era reconocido en el cielo, para que, reconocido en el cielo, se manifestase en el establo y este día recibiese el nombre de Epifanía, que puede traducirse por «manifestación». Al mismo tiempo muestra su excelsitud y su humildad, para que quienes le buscaban hallasen en un estrecho establo al que los cielos abiertos mostraban con las señales de los astros; para que, aunque inválido por sus miembros infantiles y envuelto en pañales de niño, fuese adorado por los magos y temido por los malos.

2. En efecto, el rey Herodes se llenó de temor cuando se le presentaron los magos en búsqueda del niño, cuyo nacimiento habían conocido por el testimonio del cielo. ¿Cómo será su tribunal cuando haga de juez, si ya su cuna de niño aterrorizaba a los reyes soberbios? ¡Cuánto más acertados están los reyes de ahora, que no buscan matarle, como Herodes, sino que más bien se deleitan en adorar, como los magos, a quien sufrió por sus enemigos, de mano de sus mismos enemigos, la misma muerte que su enemigo quería causarle, y con su muerte dio muerte a la muerte en su cuerpo! Sientan ahora los reyes un piadoso temor a quien ya está sentado a la derecha del Padre; a quien ya temió, cuando aún tomaba el pecho de su madre, aquel rey impío. Escuchen lo que está escrito: *Y ahora, reyes, comprended; instruíos los que juzgáis la tierra: servid al Señor con temor y exultad ante él con temblor*. Aquel rey, en efecto, vengador de reyes impíos y guía de los piadosos, no nació como los reyes en este mundo, pues el que nació es el rey cuyo reino no es de este mundo. La nobleza del nacido se manifestó en la virginidad de la madre, y la nobleza de la madre, en la divinidad del nacido. Finalmente, no obstante que habían sido muchos los reyes de los judíos nacidos y muertos ya, nunca y a ninguno de ellos pidieron unos magos adorarlo, porque tampoco conocieron a ninguno por la voz del cielo.

3. Pero, y el dato no ha de pasarse por alto, esta iluminación de los magos se constituyó en el gran testimonio de la ceguera de los judíos. Aquéllos buscaban en la tierra de éstos al que éstos no reconocían en la suya. Entre ellos encontraron, sin habla, al que los judíos negaron cuando enseñaba. Estos peregrinos que venían de lejos adoraron a Cristo, niño que aún no hablaba, allí donde los ciudadanos le crucificaron cuando, ya maduro, obraba milagros. Los magos le reconocieron como Dios en la pequeñez de sus miembros; los judíos ni siquiera le perdonaron como hombre cuando hacía obras grandiosas. ¡Como si fuera mayor cosa ver una nueva estrella reluciente en el día de su nacimiento que ver al sol llorar en el día de su muerte! Pero aquella misma estrella que condujo a los magos hasta el lugar en que se hallaba el Dios niño con su madre

virgen y que ciertamente podía haberlos guiado hasta la ciudad misma, se ocultó y no volvió a aparecérseles hasta que hubieron preguntado a los judíos por la ciudad en que había de nacer Cristo, para que la nombrasen de acuerdo con el testimonio de la Sagrada Escritura y dijeran: *«En Belén de Judá.» Así está escrito: «Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre los príncipes de Judá, pues de ti saldrá el jefe que regirá a mi pueblo Israel.»* ¿Qué otra cosa quiso significar con esto la divina Providencia sino que quedarían en posesión de los judíos las únicas escrituras divinas con las que los gentiles iban a ser instruidos y ellos cegados; que ellos las llevarían no como apoyo para su salvación, sino como testimonio de la nuestra? Pues hoy mismo, cuando preservamos las profecías antiguas acerca de Cristo, aclaradas ya a la luz de los hechos acaecidos, si por casualidad nos dijesen los paganos a quienes queremos ganar que esas cosas no fueron predichas con anterioridad, sino después de ocurrido lo anunciado, de forma que lo que se piensa ser una profecía fue una invención de los cristianos \ echamos mano a los códices de los judíos para vencer la duda de los paganos. Paganos que ya estaban figurados en aquellos magos a quienes los judíos instruyeron con las divinas Escrituras acerca de la ciudad en que nació Cristo, a quien ellos ni buscaban ni reconocían.

4. Ahora, pues, amadísimos, hijos y herederos de la gracia, considerad vuestra vocación y, una vez manifestado Cristo a los judíos y a los gentiles, adheríos a él con amor incansable como a piedra angular. En efecto, en los comienzos de su infancia se manifestó tanto a los que estaban cerca como a los que estaban lejos. A los judíos, en la cercanía de los pastores, y a los gentiles, en la lejanía de los magos. Aquéllos llegaron el mismo día que nació; éstos, según se cree, en el día de hoy. Se les manifestó, pues, sin que los primeros fueran sabios ni los segundos justos, pues en la rusticidad de los pastores predomina la ignorancia, y en los sacrilegios de los magos, la impiedad. A unos y a otros los unió a sí aquella piedra angular que vino a elegir lo necio del mundo para confundir a los sabios, y a llamar no a los justos, sino a los pecadores, para que nadie, por grande que sea, se ensoberbezca y nadie, aunque sea el menor, pierda la esperanza. Así se explica que los escribas y fariseos, aunque se creían muy sabios y justos, al mismo tiempo que, leyendo los divinos oráculos, mostraron la ciudad en que había de nacer, al edificar lo rechazaron. Mas como se convirtió en cabeza de ángulo, lo que mostró al nacer lo cumplió al morir. Adhirámonos a él en compañía de la otra pared en que están los restos de Israel, que por elección gratuita se han salvado. Ellos, que habían de unirse desde cerca, están simbolizados en aquellos pastores, para que también nosotros, cuya vocación significaba la llegada de lejos de los magos, permanezcamos en él no ya como peregrinos e inquilinos, sino como

conciudadanos de los santos y familiares de Dios, coedificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo la piedra angular; él que hizo de los dos pueblos uno solo, para que en el uno amemos la unidad y poseamos una caridad infatigable para recuperar a las ramas que, proviniendo del acebuche, fueron injertadas también; pero, desgajadas por la soberbia, se convirtieron en herejes. Poderoso es Dios para injertarlos de nuevo.

SERMÓN 201[26]

Tema: La manifestación del Señor.

Lugar: Desconocido.

Fecha: Día de Epifanía (6 de enero).

1. Hace pocos días hemos celebrado el nacimiento del Señor; hoy, en cambio, celebramos, con solemnidad no menos merecida, su primera manifestación a los gentiles. En aquel día lo vieron recién nacido los pastores judíos; hoy lo adoraron los magos llegados de oriente. En efecto, había nacido aquella piedra angular en que encontraban la paz la pared de la circuncisión y la del prepucio, cuya diversidad de origen no era precisamente pequeña; había nacido para que se uniesen en él, que se convirtió en nuestra paz e hizo de los dos pueblos uno solo. Esto fue simbolizado en las personas de los pastores de Israel y en las de los magos de oriente. Entonces comenzó lo que iba a crecer y fructificar en el mundo entero. Nosotros, por tanto, consideremos estos dos días, el del nacimiento y el de la manifestación de nuestro Señor Jesucristo, como fechas agradabilísimas y llenas de alegría espiritual. Los judíos fueron conducidos a él por el anuncio del ángel; los magos, por la indicación de una estrella. Estrella esta que confunde los vanos cálculos y las adivinanzas de los astrólogos, puesto que mostró a los adoradores de los astros que quien debía ser adorado era el creador del cielo y de la tierra. En efecto, quien al morir oscureció el sol antiguo, él mismo al nacer manifestó la nueva estrella. Aquella luz dio comienzo a la fe de los gentiles, aquellas tinieblas fueron una acusación contra la perfidia de los judíos. ¿Qué estrella era aquella que jamás había aparecido antes entre los astros ni permaneció después para que pudiéramos verla? ¿Qué otra cosa era sino la extraordinaria lengua del cielo aparecida para narrar la gloría de Dios y proclamar con su inusitado fulgor el inusitado parto de una virgen, a la que había de suceder, una vez desaparecida ella, el Evangelio por todo el orbe de la tierra? Finalmente, ¿qué dijeron los magos al llegar? ¿*Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?* ¿Qué significa esto? ¿Acaso no habían nacido antes numerosos reyes de los judíos? ¿Por qué tanto empeño en conocer y adorar al rey de un pueblo extraño? *Hemos visto, dijeron,*

[26] De Luis, P. (trad.), 1983: pp. 85-89.

su estrella en el oriente, y hemos venido a adorarlo. ¿Acaso le buscarían con tanta devoción, le desearían con afecto tan piadoso, si no hubiesen reconocido en el rey de los judíos al que es también rey de los siglos?

2. De aquí que también Pilato fue inspirado por un aura de verdad cuando en la pasión mandó escribir el título *Rey de los judíos*; título que los judíos, mentirosos, quisieron corregir, y a quienes él respondió: *Lo que he escrito, he escrito*, pues encontramos en el salmo: *No cambies la inscripción del título*. Consideremos este misterio grande y maravilloso. Tanto los magos como Pilato eran gentiles; los primeros vieron la estrella en el cielo, el segundo escribió el título en el madero, pero todos buscaban o reconocían no al rey de los gentiles, sino al de los judíos. Los judíos, en cambio, ni vieron la estrella ni se mostraron de acuerdo con el título. Ya estaba allí simbolizado lo que posteriormente dijo el Señor: *Muchos vendrán de oriente y de occidente y se sentarán en el reino de los cielos a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob; en cambio, los hijos del reino irán a las tinieblas exteriores*. En efecto, los magos habían venido de oriente, y Pilato de occidente; de aquí que aquéllos le den testimonio como rey de los judíos cuando nace (oriente) y éste cuando muere (occidente) para sentarse en el reino de los cielos a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob, de quienes traían su origen los judíos. No procedían de éstos por la carne, pero habían sido injertados en ellos por la fe, anticipando ya el acebuche que había de ser injertado en el olivo del que habla el Apóstol. Esta es, pues, la razón por la que los mismos gentiles no buscaban ni reconocían en él al rey de los gentiles, sino al de los judíos: porque era el acebuche que venía al olivo, no el olivo al acebuche. Con todo, las ramas que habían de ser podadas, es decir, los judíos incrédulos, al mismo tiempo que respondían que en *Belén de]udá* a los magos que preguntaban dónde había de nacer Cristo, obstinadamente se mostraban crueles ante Pilato, que les reprochaba el que quisieran crucificar a su rey. De esta forma, los magos lo adoraron habiéndoles mostrado los judíos el lugar del nacimiento de Cristo: es en la Escritura, dada a los judíos, donde reconocemos a Cristo. Pilato, gentil, se lavó las manos cuando los judíos le pidieron la muerte de Cristo: la sangre que los judíos derramaron es la que lava nuestros pecados. Del testimonio que dio Pilato, mediante el título en el que escribió que Cristo era el rey de los judíos hay otra ocasión para hablar: el tiempo de la pasión.

3. Ahora digamos lo poco que nos resta respecto a la manifestación de Cristo después de su nacimiento, del día de esa manifestación, que en lengua griega recibe el nombre de Epifanía, día en que comenzó a manifestarse a los gentiles en las personas de los magos que lo adoraron. Deleita cada vez más considerar cómo los judíos respondieron a los magos, que les preguntaron dónde había de nacer Cristo, que en *Belén de]udá*, y, sin embargo, no les

acompañaron ellos, sino que fue la misma estrella la que, al ponerse en marcha, los condujo al lugar en que se hallaba el pequeño. De esta forma quedaba claro que también podía mostrar la ciudad, pero que se había sustraído a su vista por un breve espacio de tiempo para que pudiesen ser interrogados los judíos. Y los judíos fueron interrogados para demostrar que ellos eran portadores del testimonio divino no para su salvación y conocimiento personal, sino de los gentiles. El pueblo judío fue expulsado de su reino y dispersado por toda la tierra con esta finalidad: para que fuesen por doquier testigos obligados de la fe en aquel de quien fueron enemigos. En efecto, perdido el templo, los sacrificios, el sacerdocio y el mismo reino, conservan su nombre y su raza, unidos a unos pocos ritos antiguos, no sea que, mezclados indiscriminadamente con los gentiles, desaparezcan y dejen de ser testimonio en favor de la verdad. De idéntica manera, Caín recibió una señal para que nadie diera muerte a aquel que por envidia y soberbia dio muerte a su hermano. Sin duda, esto puede entenderse también, sin violentar el texto, en el salmo 58, en el que Cristo, hablando en lugar de su cuerpo, dice: *Mi Dios se me mostró en mis enemigos; no les des muerte, no sea que alguna vez se olviden de tu ley*. En efecto, mediante estos enemigos de la fe se demuestra a los gentiles que Cristo fue profetizado; pudiera darse que, al ver tanta claridad en el cumplimiento de las profecías, llegasen a pensar que las mismas Escrituras habían sido inventadas por los cristianos, pues leían como profetizado de Cristo lo que veían que se había cumplido. Los judíos aportan los códices, y Dios de esta forma se nos manifiesta en nuestros enemigos. No les dio muerte, es decir, no los ha exterminado completamente de la faz de la tierra, para que no se olviden de su ley. Cuando la leen y cumplen algunos preceptos de la misma, aunque carnalmente, se acuerdan de ella para su propia condenación y nos otorgan un testimonio a favor nuestro.

SERMÓN 202[27]

Tema: La manifestación del Señor.

Lugar: Desconocido.

Fecha: Día de Epifanía (6 de enero). Anterior al 411.

1. La fecha nos invita a hablaros, como todos los años, de la solemnidad del día de hoy, conocida en todo el mundo; de lo que tiene de festivo para nosotros y de lo que conmemoramos en esta celebración anual. Epifanía es un término griego que podemos traducir por «manifestación». Se nos dice que en este día adoraron al Señor los magos, advertidos por la aparición de una estrella que iba delante guiándoles. En el mismo día en que él nació vieron la

[27] De Luis, P. (trad.), 1983: pp. 90-94.

estrella en el oriente, y reconocieron quién era aquel cuyo nacimiento se les había indicado. Desde aquel preciso día hasta el de hoy estuvieron en camino, aterrorizaron al rey Herodes con su proclama y se encontraron con los judíos, quienes, con la Escritura profética en la mano, les respondieron que Belén era la ciudad en que había de nacer el Señor. Teniendo la misma estrella por guía, llegaron luego hasta el mismo Señor, y, cuando les fue mostrado, lo adoraron, le ofrecieron oro, incienso y mirra, y regresaron por otro camino. En el mismo día de su nacimiento se manifestó a unos pastores advertidos por los ángeles, y en el mismo día, lejos, en el oriente, recibieron el anuncio los magos a través de una estrella, pero solamente en esta fecha fue adorado por ellos. Toda la Iglesia de la gentilidad ha aceptado celebrar con la máxima devoción este día, pues ¿qué otra cosa fueron aquellos magos sino las primicias de los gentiles? Los pastores eran israelitas; los magos, gentiles; aquéllos vinieron de cerca; éstos, de lejos; pero unos y otros coincidieron en la piedra angular. Dice el Apóstol: *Cuando vino, nos anunció la paz a nosotros, que estábamos lejos, y a los que estaban cerca. Él es, en efecto, nuestra paz, quien hizo de ambos pueblos uno solo, y constituyó en sí a los dos en un solo hombre nuevo, estableciendo la paz, y transformó a los dos en un solo cuerpo para Dios, dando muerte en sí mismo a las enemistades.*

2. Con toda Tazón, nunca quisieron los herejes donatistas celebrar con nosotros este día, pues ni aman la unidad ni están en comunión con las Iglesias de Oriente, donde se dejó ver aquella estrella. Nosotros, no obstante, unidos a todos los pueblos, celebremos la manifestación de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. En aquel día, en efecto, el niño, antes que supiera llamar a su padre o a su madre, como había sido profetizado de él, recibió el poder de Damasco y los despojos de Samaría; es decir, antes ya de que profiriese palabras humanas mediante la carne humana, recibió el poder de Damasco, o sea el poder de que Damasco presumía. Aquella ciudad, floreciente en otro tiempo según los criterios del mundo, había presumido de sus riquezas. Entre éstas, el primer lugar se reserva para el oro, precisamente lo que los magos humildemente ofrecen a Cristo. Los despojos de Samaría, a su vez, eran sus mismos habitantes. Samaría, en efecto, está puesta en lugar de idolatría, pues allí, después de haberse apartado de Dios, el pueblo de Israel se convirtió al culto de los ídolos. Viniendo a destruir en todo el orbe con la espada espiritual el reino del diablo, Cristo, siendo aún niño, arrebató estos primeros despojos a la dominación de la idolatría. Apartó de la peste de tal superstición a los magos que se habían puesto en movimiento para adorarle, y, sin poder hablar todavía en la tierra con la lengua, habló desde el cielo mediante la estrella, y mostró, no con la voz de la carne, sino con el poder de la Palabra, quién era, de dónde y por quiénes había venido. Esta Palabra, que en el principio era

Dios cabe Dios, hecha ya carne para habitar en medio de nosotros, había venido hasta nosotros y permanecía junto al Padre; sin abandonar a los ángeles allá arriba, por medio de ellos reúne a los hombres junto a sí aquí abajo. Resplandece por la verdad inconmutable ante los habitantes del cielo en cuanto Palabra y yace en un pesebre a causa de la pequeñez de la posada. El hacía aparecer en el cielo una estrella que le indicaba en la tierra como merecedor de adoración. Y, no obstante ser niño tan poderoso, tan grande, siendo aún pequeño, llevado por sus padres, huyó a Egipto debido a la hostilidad de Herodes; de esta manera hablaba, aunque no con la palabra, sí con los hechos, y en silencio decía: *Si os persiguieran en una ciudad, huid a otra*. Llevaba carne humana, en la que nos prefiguraba y en la que había de morir por nosotros en el momento oportuno. Este era el motivo por el que los magos le ofrecieron no sólo oro e incienso, como señal de honor y adoración, respectivamente, sino también mirra, en cuanto que había de ser sepultado. En los niños a los que Herodes dio muerte manifestó cómo habían de ser quienes muriesen por él, cuan inocentes y cuan humildes. En sus dos años de edad significó también el número de los preceptos de que penden toda la ley y los profetas.

3. ¿A quién no llama la atención el que los judíos respondiesen según la Escritura a la pregunta de los magos sobre dónde había de nacer Cristo y no fueron a adorarle con ellos? ¿Qué significa esto? ¿No estamos viendo que incluso ahora sucede lo mismo, cuando en los mismos ritos a los que está sometida su dureza no se manifiesta otra cosa que Cristo, en quien no quieren creer? Cuando matan el cordero y comen la pascua, ¿no anuncian a Cristo a los gentiles, sin adorarlo ellos? ¿Qué otra cosa expresa nuestro actuar a propósito de los testimonios de los profetas, en los que está preanunciado Cristo? A los hombres que sospechan que tales testimonios fueron escritos por los cristianos3, no cuando aún eran futuros, sino después de acontecidos los hechos, los emplazamos ante los códices de los judíos para confirmar sus ánimos dudosos. ¿Acaso los judíos no muestran también entonces a los gentiles a Cristo, sin querer adorarlo en su compañía?

4. Una vez conocido nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien, para consolarnos a nosotros, yació entonces en un lugar estrecho y ahora está sentado en el cielo para elevarnos allí; nosotros, de quienes eran primicias los magos; nosotros, heredad de Cristo hasta los confines de la tierra a causa de quienes la ceguera entró parcialmente en Israel hasta que llegare la plenitud de los gentiles, anunciémosle, pues, en esta tierra, en este país de nuestra carne, de manera que no volvamos por donde vinimos ni sigamos de nuevo las huellas de nuestra vida antigua. Esto es lo que significa el que aquellos magos no regresaron por donde habían venido. El cambio de camino es el

cambio de vida. También para nosotros proclamaron los cielos la gloria de Dios; también a nosotros nos condujo a adorar a Cristo, cual una estrella, la luz resplandeciente de la verdad; también nosotros hemos escuchado con oído fiel la profecía proclamada en el pueblo judío cual sentencia contra ellos mismos que no nos acompañaron; también nosotros hemos honrado a Cristo rey, sacerdote y muerto por nosotros cual si le hubiésemos ofrecido oro, incienso y mirra; sólo queda que para anunciarle a él tomemos el nuevo camino y no regresemos por donde vinimos.

SERMÓN 203[28]

Tema: La manifestación del Señor.

Lugar: Desconocido.

Fecha: Fiesta de Epifanía (6 de enero).

1. Epifanía es un término griego que puede traducirse por «manifestación». En efecto, el Redentor de todos los pueblos, al manifestarse en el día de hoy, instituyó esta festividad de todos los gentiles. Hoy celebramos la manifestación de aquel cuyo nacimiento hemos celebrado hace muy pocas fechas. Según la tradición, hoy fue adorado por los magos nuestro Señor Jesucristo, nacido trece días antes. Que el hecho tuvo lugar, lo atestigua la verdad del evangelio; la fecha la proclama la autoridad de esta célebre solemnidad. Dado que aquellos magos fueron los primeros gentiles en conocer a Cristo el Señor y, sin haber sido advertidos de palabra, siguieron la estrella que se les apareció, y, cual lengua del cielo, les hablaba en forma visible de la Palabra que aún no hablaba, pareció justo, como lo es en realidad, que los gentiles reconociesen con ánimo grato el día de la salvación de quienes fueron sus primicias y lo dedicaran, con obsequiosa solemnidad y con acción de gracias, a Cristo el Señor. Las primicias de los judíos, en orden a la fe y revelación de Cristo, fueron aquellos pastores que, llegando de las cercanías, lo vieron el mismo día que nació. A unos se lo anunció una estrella, a otros los ángeles. A éstos se les dijo: *Gloria a Dios en los cielos*; en aquéllos se cumplió que *los cielos proclaman la Gloria de Dios*. Unos y otros, como si fuesen los comienzos de dos paredes que traían distinta dirección, la de la circuncisión y la del prepucio, se juntaron en la piedra angular para que fuese su paz, haciendo de las dos una sola cosa.

2. Los pastores alabaron a Dios por haber visto a Cristo; los magos, además de haberle visto, lo adoraron. En los primeros aparece, ante todo, la gracia; en los segundos se manifiesta una humildad superior. Quizás aquellos pastores, siendo menos culpables, experimentaban más vivamente el gozo de

[28] De Luis, P. (trad.), 1983: pp.94- 98.

la salvación, mientras que los magos, cargados de muchos pecados, más humildemente suplicaban perdón. He aquí que aquella humildad recomendada por la Escritura divina es poseída por los gentiles en mayor grado que por los judíos. Gentil era aquel centurión que, habiendo recibido al Señor con todo su corazón, dijo, no obstante, que era indigno de que entrase en su casa, y no quiso que viese a su siervo enfermo, sino que ordenase su curación. De esta manera retenía presente en su corazón a aquel cuya presencia bajo su techo rechazaba por sentirse indigno. Finalmente, dijo el Señor*: No he hallado tanta fe en Israel*. También era gentil aquella mujer cananea que, oyéndose llamar perro por el Señor e indigna de que se le arrojase el pan de los hijos, exigió, por su condición de perro, las migajas, y de esta forma mereció no serlo, porque no negó serlo. También ella, en efecto, escuchó de boca del Señor: *¡Oh mujer!, grande es tu fe*. La humildad había producido en ella una fe grande, porque se había hecho pequeña.

3. Así, pues, llegan los pastores a verlo desde las cercanías, mientras los magos vienen de lejos a adorarlo. Esta es la humildad por la que el acebuche mereció ser injertado en el olivo y dar aceitunas, contra las leyes de la naturaleza, pues por gracia mereció cambiar su naturaleza. El mundo entero se presentaba silvestre y amargo a causa de este acebuche, mas por la gracia de la inserción destelló por la exuberancia de sus frutos. Llegan, pues, desde el extremo de la tierra, diciendo con palabras de Jeremías: *Nuestros padres, en verdad, rindieron culto a cosas falsas*. Y llegan no de una sola parte del orbe, sino, en conformidad con el evangelio de Lucas, *de oriente, de occidente, del norte y del sur* quienes se han de sentar a la mesa del reino de los cielos con Abrahán, Isaac y Jacob. De esta forma, el orbe entero, por la gracia de la Trinidad, es llamado a la fe desde sus cuatro partes. Número que, multiplicado por 3, da 12, el sagrado número de los apóstoles, como prefigurando la salvación del mundo entero, que consta de cuatro partes, y su llamada a la fe en la Trinidad. Número significado también en aquel plato lleno de toda clase de animales, simbolizando a todos los gentiles, que le fue mostrado a Pedro; también él pendía de cuatro cuerdas y por tres veces fue bajado del cielo y vuelto a subir, de forma que de la multiplicación de 3 por 4 resultase el número 12. Quizá esta sea la razón por la que sólo doce días después del nacimiento del Señor llegaron los magos, primicias de los gentiles, a ver y a adorar a Cristo, y merecieron no sólo recibir la propia salvación, sino también ser signo de la de todos los gentiles. Celebremos, pues, este día con toda devoción; al que los magos, nuestras primicias, adoraron yaciendo en una posada, adorémosle nosotros, ya morando en el cielo. Ellos veneraron en él como futuro lo que nosotros veneramos una vez cumplido.

Las primicias de los gentiles adoraron al que ansiaba el pecho de la madre; los gentiles adoran al que está sentado a la derecha de Dios Padre.

SERMÓN 204[29]

Tema: La manifestación del Señor.

Lugar: Desconocido.

Fecha: Fiesta de Epifanía (6 de enero).

1. Hemos celebrado ya el nacimiento del Señor; hoy celebramos su epifanía. Es éste un término griego que significa «manifestación» y hace relación a lo que dice el Apóstol: *Sin duda es grande el misterio de la piedad que se ha manifestado en la carne.* Ambas fechas, pues, comportan una manifestación de Cristo. En el primero nació como hombre de una madre hombre quien desde siempre era Dios junto al Padre. Se manifestó en la carne a la carne, puesto que la carne no podía verle cual era en espíritu. Y aquel mismo día que recibe el nombre de Navidad le vieron los pastores judíos; en el día de hoy, que se denomina propiamente epifanía, es decir, manifestación, le adoraron los magos gentiles. Aquéllos recibieron el anuncio de los ángeles; éstos, de una estrella. Los ángeles moran en los cielos que los astros adornan; a unos y a otros narraron los cielos la gloria de Dios.

2. A ambos, judíos y gentiles, les nació la piedra angular, para, como dice el Apóstol, hacer en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo, estableciendo la paz, y transformar a los dos en un solo cuerpo para Dios por la cruz. ¿Qué otra cosa es un ángulo sino la unión de dos paredes que traen direcciones distintas, y, por así decir, encuentran allí el beso de la paz? La circuncisión y el prepucio, es decir, los judíos y gentiles, fueron enemigos entre sí, por ser dos pueblos diversos y contrarios: allí encontramos el culto del único Dios verdadero, y aquí el de muchos y falsos dioses. Aunque los primeros estaban cerca y los segundos lejos, a unos y a otros los condujo hacia sí él que transformó a los dos en un solo cuerpo para Dios, dando muerte en sí mismo, por medio de la cruz, a la enemistad, según palabras del Apóstol, que continúa así: Con su venida os anunció la paz a vosotros, a los que estabais lejos como a los que estabais cerca, puesto que por él tenemos acceso todos en un mismo espíritu al Padre. Ved si no ha mostrado aquí tanto a las dos paredes, procedentes de una diversidad enemiga, como a Cristo el Señor, cual piedra angular, a quien se acercaron ambas, aunque de distinta procedencia; en quien hallaron la concordia una y otra, es decir, quienes creyeron en él, tanto judíos como gentiles. Es como si se les dijese: «Tanto vosotros que venís de cerca como vosotros que llegáis de lejos, acercaos a él, y seréis iluminados,

[29] De Luis, P.(trad.), 1983: pp.98-102.

y vuestros rostros no sentirán confusión.» Está escrito, en efecto: He aquí que pongo en Sión la piedra angular, elegida y preciosa, y quien crea en ella no será confundido. Quienes escucharon y se mostraron obedientes viniendo de aquí y de allí, encontraron la paz y pusieron fin a la enemistad. Los pastores y los magos fueron las primicias de los unos y de los otros. En ellos comenzó a conocer el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor. El animal con cuernos hace referencia al pueblo judío, pues en él se preparaban para Cristo los cuernos de la cruz. El animal con largas orejas, en cambio, al pueblo gentil, según estaba predicho: El pueblo que no conocía me sirvió, y al escucharme me obedeció. Así pues, el dueño del buey y el señor del asno yacía en el pesebre, y a ambos animales daba un alimento común. Había venido para ser paz tanto para los de lejos como para los de cerca; los pastores israelitas, como corresponde a quienes se hallaban cerca, llegaron hasta él el mismo día en que nació Cristo; le vieron y exultaron de gozo; los magos gentiles, en cambio, hallándose lejos, transcurridos unos días desde la fecha de su nacimiento, llegaron hoy, lo encontraron y lo adoraron. Convenía, pues, que nosotros, la Iglesia congregada de entre los gentiles, uniésemos la celebración de este día en que Cristo se manifestó a las primicias de los gentiles, a la de aquel otro en que Cristo nació de los judíos, y conservásemos, mediante la doble solemnidad, el recuerdo de tan gran misterio.

3. Cuando se piensa en estas dos paredes, una de judíos y otra de gentiles, como unidas a la piedra angular, manteniendo la unidad del espíritu en el vínculo de la paz, no debe turbarse el ánimo pensando en la multitud de judíos reprobados, entre los que están los constructores, es decir, los que querían ser doctores y son sólo lo que dice el Apóstol: *No entienden lo que dicen ni de quiénes lo dicen*. A causa de esta ceguera mental rechazaron la piedra que se convirtió en cabeza de ángulo. Pero no se hubiera convertido en cabeza de ángulo si no hubiese otorgado a las dos paredes de direcciones opuestas una unión pacífica mediante la gracia. Cuando se tiene en la mente la pared judía, no ha de pensarse en los perseguidores y asesinos de Cristo, como edificadores de la ley y destructores de la fe, que rechazaban la piedra angular y edificaban la ruina para su mísera ciudad. Tampoco ha de pensarse en la multitud de judíos diseminados por la tierra entera para dar testimonio de las Escrituras divinas, que, sin conocerlas, llevan por doquier. En todos éstos está cojo Jacob. En el hecho de golpearle el muslo y dejárselo seco está significada la muchedumbre de su raza, que iba a claudicar de sus sendas. Ha de pensarse, en cambio, en la pared santa, la que pasó de ellos a la paz de la piedra angular; en aquellos en quienes fue bendecido Jacob. La misma persona fue bendecida y dejada coja: bendecida en sus descendientes santificados, y coja en los reprobados. Ha de pensarse como incluidos en esta pared aquellos que en

multitud precedían y seguían al asno que llevaba al Salvador, gritando: ¡*Bendito el que viene en nombre del Señor!*; aquellos discípulos elegidos de ese pueblo y convertidos en apóstoles. Ha de pensarse en Esteban, cuyo nombre griego significa «corona», el primero en ser coronado con el martirio después de la resurrección del Señor; en los miles de entre sus perseguidores que creyeron cuando vino el Espíritu Santo; en las Iglesias de las que dice el Apóstol: *Yo era desconocido personalmente para las Iglesias de]udea que existían en Cristo; solamente habían oído que quien en otro tiempo las perseguía, ahora anunciaba la fe que entonces devastaba, y en mí glorificaban al Señor*. Compréndase de esta manera la pared judía y únasela a la que proviene de los gentiles que ahora es manifiesta; y de esta forma se advertirá que no en vano se predijo Cristo como piedra angular, primero colocada en un pesebre y luego elevada hasta el culmen del cielo.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

22 Juvenco

Juvenco, Historia Evangélica, Libro I, vv. 224-254, *Adoración de los Magos*[30]*:*

"Hay en comarcas lejanas una raza conocedora del sol naciente, experta en observar el nacimiento y el ocaso de los astros. Sus príncipes tuvieron el nombre de Magos. Entonces unos escogidos de entre estos llegan a los sólimos después de recorrer largos caminos, se dirigen a su rey y piden que se les muestre qué Judea alberga a un niño recién nacido con poderes de rey; que ellos habían hecho el camino, guiados por la aparición de una estrella resplandeciente, para adorar con su diestra suplicante a la venerable divinidad nacida en la tierra. Aterrorizado, Herodes manda que los sumos sacerdotes de los sólimos y los que interpretan las predicciones de los antiguos profetas, hechos venir mediante orden suya, indaguen todas las cuestiones de la ley, a quiénes se muestra, cuál es la ciudad natal de Cristo, la llegada de quién anuncian todos los oráculos de los profetas. Entonces manifiestan que está decretado que nazca en la ciudad de Belén aquel que debe guiar al pueblo venerable de los israelitas por el camino de la sagrada virtud. Luego Herodes ordena a los persas que prosigan su marcha y que le muestren, cuando lo hayan encontrado, al niño para adorarlo. He aquí que en medio del camino ven que, surcando con su fuego las brisas, va delante de ellos la estrella, la cual se detuvo en lo alto del edificio y les señalaba la morada del niño iluminada. Experimentan los Magos una gran alegría, dan vivas al astro y, después que vieron al niño al pecho de su madre, tras haberse echado a tierra, se tendieron en el suelo con sus cuerpos poca abajo y al mismo tiempo suplican humillados. Entonces le iban ofreciendo tres dones de incienso, oro y mirra y se los daban como regalos al que era rey, hombre y Dios. Luego espantosos sueños los inquietan toda la noche y les ordenan esquivar al despiadado tirano. Finalmente, los Magos evitan por apartados senderos el palacio de Herodes y regresan en secreto a su patria "

[30] Castillo Bejarano, M. (trad.),1998: pp. 78-80.

23 Aurelio Prudencio

Liber Cathemerionon 12, himno de la Epifanía31

"¡Cuantos buscáis a Cristo,
al cielo levantad los ojos!
Allí podréis mirar
un signo de su gloria inacabable.

La estrella esta, que en luz y en hermosura
al disco del sol vence,
anuncia que de mortal carne vestido
llegó Dios a la tierra.

No es esta estrella esclava de las noches,
a la luna mensual obedeciendo,
sino que sola el cielo dominando
gobierna el curso de los días.

Aunque, girando entorno de sí mismas,
las dos constelaciones de las Osas
no quieran retirarse, en cambio
se ocultan muchas veces tras las nubes

Mas este astro siempre permanece,
la estrella esta nunca se sumerge;
ni oculta, por el paso de una nube,
su desplegada antorcha en sombras oscurece.

El siniestro cometa desaparezca,
y si algún astro fulgura
en los fuegos de Sirio, ya vencido
por la luz de Dios, al fin se eclipse.

He aquí que de los mares pérsicos,
de donde el sol abre su puerta,

[31] Ortega, A. (trad.), 1981: pp. 159-173.

los Magos, del cielo explicadores sabios,
la bandera del nuevo rey contemplan.

«¿Quién es ese gran Rey -dicen los Magos-
que en las estrellas manda,
a quien los signos celestiales así temen,
a quien la luz y el cielo sirven?

Algo brillante contemplamos
que no conoce acabamiento;
sublime, excelso, interminable,
más antiguo que el caos y que el cielo.

Este es el Rey de las naciones,
el Rey del pueblo de Judea,
el que por siempre prometido fuera
al padre Abrahán y descendencia.
Abrahán, padre primero de creyentes,
inmolador de hijo único,
supo que en el futuro su semilla
en multitud igualaría a las estrellas.

Ya de David la flor asoma,
de la raíz nacida de Jesé,
y por la vara del cetro verdeciendo
a la cima del universo asciende.»

La siguen luego los Magos conmovidos,
el rostro fijo en las alturas,
por donde el surco de fuego abría la estrella
y el brillante camino señalaba.

Mas ya sobre la frente de aquel Niño
quedó la estrella en alto suspendida,
y, derramando un reguero de su antorcha,
la sagrada cabeza reclinada muestra.

Al ver a los Magos aquel rostro,
los dones sacan traídos del Oriente
y de hinojos le ofrecen suplicantes

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

la mirra, el incienso y el oro regio.

Los claros distintivos reconoce
de tu poder y reino,
¡oh Niño!, a quien el Padre de antemano
A tres distintas condiciones destinara.

Al rey y Dios proclaman
el oro y el olor fragante
del incienso sabeo; y el polvo
de la mirra predice ya el sepulcro.

Es el sepulcro en el que Dios,
mientras permite se destruya el cuerpo
y lo alza de nuevo de la tumba,
descerrajó la cárcel de la muerte."

¡Oh tú Belén, la única más grande
de todas las ciudades, a quien cupo
en suerte dar a luz al Salvador del mundo,
por voluntad del cielo unido a nuestra carne!

En ti, que lo nutriste, para el Eterno Padre
se forma el único heredero
hombre por el Espíritu de Dios
y él mismo Dios en los mortales miembros.

A El, siendo de Dios testigo los profetas
al par que sus notarios,
el Padre y el Testador le manda
entrar al Reino y recibir la herencia;

el Reino que de todo lo existente abarca;
el aire, los mares y las tierras,
de la cuna del sol hasta el ocaso,
el tártaro y el cielo de allá arriba.

Oye el tirano acongojado
haber nacido el Rey de reyes,
que el pueblo de Israel gobierne

y el palacio de David ocupe con su estrado.

Ante este anuncio grita enloquecido:
«¡El sucesor acosa, me destrona;
soldado, marcha, empuña el hierro
en sangre anega toda cuna!

Muera todo varón recién nacido,
los regazos de las nodrizas escudriña,
y entre los senos de sus propias madres
los niños tiñan con su sangre las espadas.

De engaño sospechosas me son todas
las madres que en Belén, recién paridas,
furtivamente pretender quisieran
poner oculto a su varón nacido.»

Furioso, con la espada desvainada
atraviesa el verdugo aquellos cuerpos,
que poco ha sus madres a luz dieran,
y explora los rincones de las vidas nuevas.

Apenas halla sitio el homicida
entre los miembros diminutos
por donde herida alguna abrirse pueda;
más grande es el puñal que aquellos cuellos.

¡Oh bárbaro espectáculo!
Chocando contra piedras la cabeza
el cerebro de leche desparrama
y los ojos vomita por la herida;

o el niño, palpitando vivo,
al profundo del agua es arrojado,
y de debajo, de la garganta estrecha,
arriba sube la burbuja de su aliento.

¡Felices, salve, flores de los mártires,
a quienes el que a Cristo perseguía
eliminó en el mismo umbral de vuestra vida,

como el turbión las rosas que a estallar comienzan!

Vosotros sois primeras víctimas de Cristo,
rebaño tierno de inmolados;
ante las aras mismas inocentes,
jugáis con las coronas y las palmas.

¿De qué valió maldad tamaña?
¿De qué sirvió a Herodes este crimen?
Sólo entre tantas muertes,
se salva Cristo sin peligro alguno,

El solo entero entre los ríos
de sangre de los niños de su tiempo;
burló el fruto de la Virgen el acero,
que a las madres dejaba sin sus hijos.

Así, Moisés, que recobró a su pueblo,
de Cristo la figura adelantando,
burló otro tiempo los edictos necios
que el malvado faraón había dado.

La ley fijó cautela, y sancionaba
que a las madres judías se negase,
libradas ya del dulce peso de su seno,
dejar con vida a sus nacidos hijos.

Pero el valor de una partera cuidadosa,
rebelde en su piedad contra el tirano,
hurtando guarda a aquel niño nacido
para esperanza de pujante gloria,

a quien el Creador del mundo luego
de mediador tomó para su pueblo,
que su Ley a los hombres trasmitiera
escrita en la tablilla de una piedra.

¿No es justo descubrir a Cristo
en el ejemplo de aquel varón insigne?
Aquel caudillo, derrotados los egipcios,

libró a su pueblo del esclavo yugo.

Mas el Caudillo nuestro, hiriendo al enemigo,
de las tinieblas de la muerte libra
a los que del error bajo el gravoso imperio
estábamos por siempre sometidos.

Él lava otra vez en dulces aguas
a su pueblo, limpiado por las olas
al paso de la mar, y a la columna
de luz les pone por delante.

Josué es El más verdadero,
que, tras los largos caminos trabajosos,
a los que su cuartel formaron victorioso
distribuyó los campos prometidos;

el que en el lecho del río que retrocede
aseguró en cimiento firme
y ahincó las doce piedras,
figura noble de los doce apóstoles.

Con justo título, los Magos atestiguan
al Guía de Judá haber ya visto,
pues las hazañas de los antiguos jefes
la figura de Cristo prenunciaron.

Es éste el Rey de los antiguos jueces,
que el pueblo de Jacob han gobernado;
de la Iglesia Señora El es el Rey;
Rey del nuevo y del antiguo templo.

A este los hijos del Efrén ya reverencian,
a Este de Manasés la santa casa;
a Él todas las tribus alzan la mirada,
las tribus que descienden de los doce hermanos.

Y aun la degenerada raza
que sigue rito bárbaro
y la que cruel Bahal formara

en el ardiente fuego de los hornos,

para el honor de Cristo ya abandona
los dioses ahumados del abuelo;
piedra, no más; metal, madero;
labrada, cincelado, recortado.

Gozaos, naciones todas de la tierra:
Judea, Roma, Gracia, Egipto;
también vosotros; tracio, persa, escita;
un solo Rey gobierna a todos.

Dad alabanza a vuestro Príncipe
todos; los que felices sois, los desgraciados,
los vivos, los débiles y muertos;
ya nadie ha muerto desde ahora.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

24 León I o León Magno

Sermón I. De la Epifanía del Señor (31)[32]

Cristo apenas nacido anuncia a todos su nacimiento. En vano Herodes maquina contra Cristo. Los magos declaran con dones su fe. Malicia de Herodes al ordenar la muerte de los inocentes. Virtudes que hemos de imitar en Cristo (Feria IV infraoctava de Epifanía)

Habiendo celebrado poco ha el día en que la Virgen Inmaculada dio al mundo el Salvador del género humano, la festividad de la Epifanía, tan digna de veneración, nos da ocasión de seguir gozando para que, juntándose los misterios de estas solemnidades santísimas, no se entibie ni el vigor de nuestra alegría ni el fervor de la fe. Convenía la salvación de todos los hombres, que la infancia del mediador entre Dios y los hombres se manifestase al mundo entero, cuando aún se hallaba encerrada en una pequeña aldea. Aunque había elegido al pueblo de Israel y una familia determinada para de ella tomar la naturaleza humana, no quiso, sin embargo, que las primicias de su nacimiento estuviesen ocultas en las angosturas de la aldea donde había nacido, sino que, como nacido para todos, a todos quiso comunicar la noticia de su nacimiento. Así, una estrella de resplandor desusado se apareció a los tres Magos en la región de oriente, la cual, distinguiéndose por su hermosura de las otras, fácilmente arrastró tras si los ojos y almas de los que la miraban, para mostrar que no podía carecer de significación una cosa tan maravillosa. El mismo que dio tal señal iluminó la inteligencia de los que la contemplaban, y animó a su búsqueda y se ofreció finalmente a ser hallado.

Tres hombres se animan a seguir la trayectoria de este astro sobrenatural. Fija la mirada en el astro que les precede y siguiendo la ruta que les indica, son conducidos al conocimiento de la verdad por el resplandor de la gracia. Ellos pensaron conforme al sentido humano, que debían buscar al Rey recién nacido en una ciudad real. Mas el que había tomado la forma de siervo y no había venido a juzgar sino a ser juzgado, eligió a Belén para su nacimiento y a Jerusalén para su pasión. Al oír Herodes que había nacido el Rey de los judíos, sospechando fuera su sucesor, se estremece, mientras maquina la muerte del autor de la vida, promete un falso homenaje. ¡Cuánto más feliz hubiera sido de haber imitado la fe de los Magos, dirigiendo hacia la religión lo que tramaba con engaños!¡ Oh ciega maldad de la necia envidia, que te figuras podrás trastornar con tu locuta los planes divinos! El Señor del

[32] Sánchez Aliseda, C. (trad.), 1945: pp. 57-60.

mundo no quiere los reinos terrenos cuando ofrece los eternos. ¿Por qué te empeñas en trastocar el orden inmutable de las cosas, cometiendo tú el crimen que otros realizarán? La muerte de Cristo no corresponde a tu época. Primero hay que fundar el Evangelio, primero hay que predicar el reino de Dios, primero hay que realizar las curaciones y ejecutar los milagros. ¿Por qué lo que será obra ajena te empeñas, tú en convertirlo en crimen propio? Nada consigues, con tales maquinaciones, nada adelantas. Quien nació por su propia voluntad, morirá cuando le plazca. Cumplan plenamente los Magos su deseo y guiándoles la misma estrella, lleguen hasta el Niño y Señor Jesucristo. Adoran en carne mortal al Verbo de Dios, en la infancia la sabiduría en la debilidad la fortaleza y en la realidad de hombre al Señor de la Majestad, y para manifestar los secretos de la fe y la convicción, lo que creen de corazón lo demuestran con ofrendas. El incienso como a Dios, la mirra como a hombre y el oro se lo ofrecen como a rey, para así venerar sabiamente la voluntad de la humana y divina naturaleza, pues lo que era peculiar de cada sustancia no era diverso por su poder.

Habiendo vuelto los Magos a su región y habiéndose trasladado Jesús a Egipto por aviso del cielo, vanamente la locura de Herodes se consume en maquinaciones. Manda matar a todos los niños de Belén, y al no conocer al niño a quien debe temer da orden general, conforme a la edad que él sospecha. Mas a los que el rey impío echa del mundo, Cristo los lleva al cielo, a quienes aún no ha redimido con su sangre, ya los galardona con la dignidad del martirio. Levantad, pues, dilectísimos, vuestros sanos afectos a la gracia resplandeciente del hombre celestial y, venerando los misterios realizados para la salvación humana, someted vuestros deseos a tan altas realidades. Amad la pureza de la castidad, pues Cristo es flor de la virginidad. *Absteneos de los deseos carnales, que luchan contra el espíritu* (I Petr.,2,11), conforme acaba de exhortarnos el santo Apóstol con las palabras que acabamos de leer. *Sed niños en la malicia* (I Cor., 14,20), porque el Señor de la gloria se acomodó a la infancia de los mortales. Tratad de alcanzar la humildad, que el hijo de Dios se dignó enseñar a sus discípulos. Revestíos de la virtud de la paciencia, con la cuál podáis comprar vuestras almas, puesto que quien sirvió de redención a todos, es también fortaleza de todos. *Gustad las cosas de arriba y no las de esta tierra* (Col., 3,2). Caminad constantemente por la vía de la verdad y de la vida, y no os entorpezcan los bienes terrenos cuando tenéis preparados los celestiales; por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón II. De la Epifanía del Señor (32)[33]:

Providencia divina en el nacimiento de Cristo, en el que todo se ordena a la manifestación o epifanía del Señor (Día de la Epifanía)

Regocijaos en el Señor, carísimos, de nuevo os lo digo, regocijaos (Fil.,4,4) porque en tan breve espacio de tiempo, después de la solemnidad del nacimiento de Cristo, ha brillado la fiesta de su declaración, y al que en aquel día parió una virgen, hoy el mundo le ha conocido. El Verbo hecho carne de tal manera dispuso los principios de su aparición entre nosotros, que naciendo Jesús, al momento se manifestó a los creyentes y se ocultó a sus perseguidores. Por lo mismo, ya desde entonces los cielos publicaron la gloria de Dios, y por toda la tierra se extendió la voz de su verdad, cuando por una parte el ejército de los ángeles se aparecía a los pastores anunciándoles el nacimiento del Salvador, y por otra una estrella precedía a los Magos para que le adorasen. De este modo, desde el levante del ocaso, brillo el nacimiento del verdadero Rey cuando los mismos reinos del Oriente supieron por medio de los Magos la verdad de tales cosas y no quedó oculto al imperio romano. Hasta la crueldad de Herodes, pretendiendo ahogar en su nacimiento al Rey que le infundía sospechas, contribuía, sin darse él cuenta, a esta manifestación, para que, mientras estaba ocupado en crimen tan atroz y perseguía deshacerse de aquel Niño con la matanza general de los inocentes, la fama más ilustre publicaba el nacimiento del Rey por medio de una estrella, contribuyendo a la pronta y rápida difusión, tanto la prodigiosa e inusitada señal del cielo como la cruel impiedad del perseguidor. Entonces es cuando fue llevado el Salvador a Egipto, con objeto de que aquellos pueblos entregados a los antiguos errores recibieran, mediante oculta gracia, el llamamiento de la salvación, y los que aun no habían arrojado de sus inteligencias la idolatría tuviesen al menos la dicha de hospedar entre ellos la verdad.

Con razón, amados hermanos, este día consagrado con la Epifanía del Señor alcanzó en todo el mundo peculiar dignidad, que en nuestros corazones debe brillar con resplandor adecuado, para que veneremos el orden de los acontecimientos no sólo creyendo, sino también entendiendo. Cuántas gracias debamos dar al Señor por su manifestación a los gentiles, lo prueba la obcecación de los judíos. ¿Se puede concebir mayor ceguera y mayor odio a la luz que el manifestado por los sacerdotes y los escribas de los israelitas? Pues preguntando los Magos y queriendo saber Herodes dónde debía nacer el Cristo, conforme al testimonio de las Escrituras, respondieron con palabras de la profecía lo mismo que indicaba la estrella del cielo. La cual hubiera podido, desde luego, prescindiendo de Jerusalén, llevar a los Magos hasta la cuna del

[33] Sánchez Aliseda, C. (trad.), 1945: pp. 61- 65.

Niño, como después hizo con su misma indicación, si no entrase en la refutación de la pervicacia de los judíos el que el nacimiento del Salvador no sólo fuese anunciado por la señal de una estrella, sino por la misma indicación de ellos. Así las palabras proféticas pasaban a enseñar a los gentiles y los corazones de los extranjeros aprendían a Cristo, vaticinado en antiguos oráculos, cuando la infidelidad de los judíos declaraba la verdad por su boca y retenía la mentira en el corazón. No quisieron reconocer con sus ojos al que habían señalado según los libros sagrados, para que, a quien no adoraban humilde en la debilidad de la infancia, después le crucificasen resplandeciente por la sublimidad de sus milagros.

¿Qué ciencia es vuestra, oh judíos, tan poco práctica y qué doctrina tan indocta? Preguntados *dónde nacería el Cristo*, con toda verdad y de corrido dijisteis los que habíais leído: *En Belén de Judá*, así estaba escrito por el Profeta: *Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la más pequeña entre las principales (ciudades) de Judá. Pues de ti saldrá el Caudillo que gobierne a mi pueblo de Israel* (Mt.,2,4). A este Caudillo recién nacido, los ángeles se lo anunciaron a los pastores y los pastores a vosotros. El nacimiento de este Príncipe lo supieron las apartadas naciones de los pueblos del Oriente por el insólito resplandor de un nuevo astro. Y para que no dudasen del lugar de nacimiento de tal Rey, vuestra ciencia aclaró lo que la estrella no reveló. ¿Por qué os cerráis a vosotros mismos la senda que abrís a los demás? ¿Por qué a causa de vuestra incredulidad persiste en vosotros la duda que se esclarece con vuestra misma respuesta? Señaláis el lugar del nacimiento con el testimonio de las Escrituras, la circunstancia del tiempo la sabéis por la prueba del cielo y de la tierra y con todo, cuando se enciende la intención de Herodes para perseguir, entonces se endurece vuestro sentido para no creer. Más feliz es, pues, la ignorancia de los inocentes, a los que el perseguidor mata, que vuestra sabiduría, a la que consultó en medio de su turbación. Vosotros no quisisteis recibir el reino de Aquel del cual pudisteis mostrar la ciudad. Ellos pudieron morir por Aquel al que todavía no eran capaces de confesar. Así, Cristo, para que ningún momento de su vida transcurriese sin milagro, antes de poder hablar ya ejercitaba calladamente la facultad del verbo, y como si dijese: *Dejad que los niños se acerquen a mí, porque de los tales es el reino de los cielos* (Mt., 19,14), coronaba a los inocentes, con nueva gloria, y ya desde sus comienzos consagraba a las primicias de los Párvulos, para que todos aprendiesen que ningún hombre es incapaz del sacramento divino cuando también aquella edad fue apta para la gloria del martirio.

Reconozcamos, pues, oh carísimos, en los Magos adoradores de Cristo las primicias de nuestra fe y vocación, y con ánimo exultante celebremos los comienzos de nuestra esperanza. Desde aquel momento

comenzamos a penetrar en la herencia eterna; desde entonces se nos abrieron los secretos de las Escrituras que nos hablan de Cristo, y la verdad, que no quiso recibir la obcecación de los judíos, desparramó por todas las naciones su luz. Sea honrado por nosotros el día sacratísimo en el que apareció el autor de nuestra salvación, y al que los Magos veneraron como Niño en una cuna, nosotros adoremos como omnipotente en los cielos. Y como ellos ofrecieron al Señor de sus tesoros místicas especies de dones, así nosotros presentemos ofrendas dignas de Dios, sacadas de nuestros corazones. Aunque Él es el dador de todos los bienes, con todo, busca también el fruto de nuestra buena voluntad; puesto que el reino de los cielos no llega para los que duermen, sino para los que se encuentran vigilando y trabajando en los mandatos divinos, tanto que si nosotros mismo no inutilizamos los dones divinos, por medio de aquellas mismas cosas que nos da, merecemos recibir lo que prometió. Por tanto, exhortamos a vuestra caridad, que absteniéndoos de toda obra mala, las cosas que son justas y castas; éstas persigáis. Los hijos de la luz deben arrojar las obras de las tinieblas. Así, pues, dejad los odios, aborreced las mentiras, destruid la soberbia con humildad, amad la liberalidad; es justo que los miembros estén de acuerdo con su cabeza, para que merezcamos ser participantes de la felicidad prometida, por medio de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón IV. De la Epifanía del Señor (34)[34]:

Providencia divina en la vocación de los Magos, instruidos por la profecía de Balaán, confirmados por la respuesta de los judíos, favorecidos por la gracia divina. Su diligencia es ejemplo para nuestra fe. Errores de los Maniqueos acerca de la Encarnación. (Día VII de la infraoctava Epifanía)

Constituye un justo y razonable obsequio de nuestra piedad, carísimos hermanos, el que nos alegremos con todo corazón durante los días que nos recuerdan las obras de la divina misericordia, celebrando con la debida pompa lo que ha sido realizado para nuestra salvación. Nos invita a tales manifestaciones piadosas la misma disposición del ciclo litúrgico, el cual después de habernos hecho celebrar el día en que el Hijo de Dios, coeterno del Padre, nació de la Virgen, trae unos días más tarde la festividad de la Epifanía, consagrada por la manifestación del Señor. En esto mismo ha querido la Divina Providencia ofrecer un poderoso argumento a nuestra fe, porque al conmemorar con gran solemnidad las adoraciones tributadas al Salvador en

[34] Sánchez Aliseda, C. (trad.), 1945: pp. 66-75.

los comienzos de su misma infancia, con tales hechos se demuestra que Cristo, al nacer, tenía realmente naturaleza humana. Esta es la doctrina que hace justos a los impíos y santos a los pecadores si se cree que en un mismo Señor nuestro Jesucristo existen verdaderamente la divinidad y la humanidad; la divinidad, por la que antes de todos los siglos es igual al Padre en la divina naturaleza, y la humanidad mediante la cual en los últimos tiempos se ha unido al hombre tomando la forma de siervo. Para corroborar esta fe, que ya empezaba a armarse contra todos los errores, fue decretado por un designio de la inmensa bondad divina, que unos pueblos, aposentados en las lejanas regiones del Oriente, y ocupados en la tarea de observar los astros, recibieran una señal del nacimiento del Niño que había de reinar sobre todo Israel. Una estrella de resplandor desusado, singularmente bella, apareció a los Magos, y de tal manera su radiante claridad llenó de admiración los ánimos de los que la contemplaban, que los Magos creyeron no podían dejar, en manera alguna, de buscar lo que les enseñaba una señal tan extraordinaria. Como del relato se deduce, la gracia de Dios había precedido a semejante maravilla, y cuando la misma Belén ignoraba el nacimiento de Cristo, ya empezaba a propagarse su noticia entre los gentiles, que lo habían de creer mucho mejor, y el hecho que no podía aún divulgarse por lengua humana era dado a conocer por anuncios celestiales.

Aunque este milagro que Dios se digno hacer tuviera por fin dar a conocer entre las gentes el nacimiento del Salvador, pudieron, sin embargo, los Magos, para entender el significado del milagro, servirse de las antiguas profecías de Balaán, pues sabían que desde tiempos remotos existía una profecía, cuyo recuerdo perduraba vivo: *Saldrá una estrella de Jacob y un hombre se levantará de Israel y dominará a todos los pueblos* (Nm., 24,17). Así, pues, tres varones, animados sobrenaturalmente por el resplandor de aquella estrella desconocida, siguen la ruta que el movimiento del astro resplandeciente les marca, ciertos de encontrar en la ciudad regia de Jerusalén al Niño profetizado. Pero fallando sus cálculos, pudieron aprender por medio de los escribas y doctores de los judíos lo que las Sagradas Escrituras dicen del nacimiento de Cristo, y reafirmados así por este doble testimonio deseaban con fe más ardiente ver al que anunciaban el resplandor de la estrella y la autoridad de las antiguas profecías. Después de aparecer tan clara la divina respuesta por las palabras de los Pontífices y siendo interpretada la profecía que dice: *Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la más pequeña entre las principales de Judá, porque de ti saldrá el Caudillo que gobierne a mi pueblo de Israel* (Mich.,5,2 y Mt.,2,6), qué fácil y qué natural parecía que los primates judíos hubieran creído lo mismo que enseñaban. Pero está claro que ellos pensaron como Herodes de un modo carnal y creyeron que el reino de Cristo

sería como los imperios de este mundo. Te turbas, Herodes, con necio temor y en vano maquinas daños contra este Niño a quien miras como sospechoso. Tu poder no llega hasta Cristo ni el Señor del mundo puede contentarse con el tu mezquino centro de mando. El que no quieres que reine en Judea, reina en todas partes y más feliz sería tu reinado si tú mismo te sometieras a su imperio. ¿Por qué no cumples al pie de la letra lo que prometes engañosamente? Marcha junto con los Magos y termina por adorar humildemente al Rey verdadero, a quién ofrecerás tu veneración. Pero tú, más ciego que los mismos judíos, no imitas la fe de los gentiles y arrastras tu perverso corazón a poner crueles insidias a quien no matarás, aun por mucho que le temas, y tampoco conseguirás causar mal a los mismos que mates.

Conducidos, finalmente, los magos a Belén gracias a la estrella que les precedía, como dice el evangelista, se alegraron grandemente con alegría bien cumplida, y entraron en la casa, hallaron al Niño con María su Madre, y postrados en tierra le adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron don de oro, incienso y mirra (Mt.,2,12). ¡Oh admirable fe de la perfecta sabiduría, instruida no por medio de la humana ciencia, sino por el Espíritu Santo! ¿De dónde dedujeron estos varones que debían ofrecerle presentes, si cuando salieron de su patria todavía no habían visto a Jesús, ni habían encontrado nada a su vista que venerar razonablemente, sino el que la esplendorosa irradiación de la verdad les iluminaba los corazones, mejor que la belleza de la estrella, vista por sus ojos, y así antes de ponerse en camino comprendieron que les anunciaba a aquel a quien se debe honor de rey, representado en el oro, veneración de Dios, significada en el incienso y de quien debemos creer que es mortal, conforme indica la mirra? Y estas cosas, que pertenecen a la luz de la fe, pudieron ellos muy bien entenderlas y creerlas hasta el punto de no necesitar ver con los ojos corporales lo que habían visto plenamente con los ojos del alma. Pero su diligente perseverancia en lo cejar hasta encontrar al Niño aprovechaba a los hombres de tiempos futuros y a los de nuestra época, para que así como nos fue muy provechoso el que después de la Resurrección del Señor las manos del Apóstol Santo Tomás palpasen las llagas de Cristo en su misma carne, también lo ha sido ahora el que su infancia fuera atestiguada por los Magos. Vieron, pues, y adoraron los Magos a un niño de la tribu de Judá, de la familia de David, según la carne, nacido de mujer y sujeto a la ley (Rom., I,3), la cual no había venido a derogar, sino a cumplir. Vieron y adoraron a un Niño, pequeño exteriormente, y en todo semejante a los demás hombres en los primeros años. Porque del mismo modo que eran fidedignos los testimonios que nos declaraban que en él había la majestad de la divinidad invisible, también debía de ser verdadero el que el Verbo se hizo carne y que la esencia sempiterna del Hijo de Dios había tomado realmente la naturaleza

humana, para que ni los inefable portentos y milagros que habrían de seguir, ni los sufrimientos y suplicios que debería padecer perturbasen el misterio de nuestra fe, a causa de tanta diversidad de cosas, máxime teniendo en cuenta que nadie puede justificarse plenamente, sino el que confiesa que el Señor Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre.

Contra fe tan terminante y contra verdad proclamada durante todos los siglos se opone la diabólica impiedad de los Maniqueos, los cuales, para perder las almas de los que tienen engañados, han tejido a base de mentiras sacrílegas y fabulosas el funesto engaño de su horrendo dogma y por medio de estas calamitosas y malsanas opiniones llegaron en el colmo de su desvarío a afirmar que el cuerpo de Cristo era un cuerpo falso, que no ofrecía a la vista de los hombres nada de sólido y verdadero, sino que mostraba la imagen vacía de un cuerpo simulado. Quieren demostrar que es cosa indigna la creencia de que un Dios e Hijo de Dios pueda encerrarse en las entrañas de una mujer y que la majestad de Dios haya pasado por la humillación de que, mezclado con la naturaleza carnal, naciera realmente con un cuerpo de hombre, siendo así que todo esto no es para él (para Dios) una afrenta, sino una muestra de su poder, y no se debe creer que fuera para él una deshonra, sino gloriosa condescendencia. Si aun esta misma luz visible no se corrompe por causa de la inmundicia que alumbra, ni contamina el esplendor de los rayos del sol, que todos bien sabemos se trata de corporal criatura, los lugares sucios y cenagosos que ilumina, ¿qué pudo, pues, ensuciar a la esencia aquella de luz sempiterna e incorpórea? La cual, uniéndose a la misma criatura que había formado a su imagen, la purificó y no recibió de ella mancha, y curó las llagas de su enfermedad de modo que ella no sufriese merma en su virtud. Este es el gran misterio de la divina misericordia que nos ha sido anunciado por todos los testimonios de las santas Escrituras. Estos enemigos de la verdad de que vamos hablando despreciaron y rechazaron la luz dada por Moisés y los oráculos de los profetas, inspirados por el Espíritu Santo, y adulteraron la misma páginas evangélicas y apostólicas, suprimiendo algunas cosas e intercalando otras, inventando bajo los nombres de los Apóstoles y las palabras del mismo Salvador grandes falsedades con que confirmar las fábulas de su error e inyectar el mortífero veneno en las inteligencias de los que quieren perder. Aunque veían que todo se le ponía en contra y que todo se aliaba contra ellos y que la sacrílega locura de su impiedad puede fácilmente puede refutarse no sólo con el Nuevo, sino también con el Antiguo Testamento; sin embargo, permaneciendo firmes en sus locos engaños, no dejan de perturbar la Iglesia de Dios con sus errores, inculcando a aquellos miserables que pudieron seducir para que nieguen que el Señor Jesucristo haya tomado realmente la naturaleza humana y que realmente haya sido crucificado

por la salvación del mundo; que nieguen el que brotase de su costado, atravesado por la lanza, la sangre que los redimió y el agua del bautismo; que nieguen que fue sepultado y que resucitó al tercer día; que nieguen que fue elevado a la vista de sus discípulos sobre los más alto del cielo para sentarse a la diestra del Padre y que sin hacer caso de las verdades del Símbolo de los Apóstoles, ningún temor arredre a los impíos y ninguna esperanza sostenga a los justos, y así nieguen que Jesucristo ha de juzgar a los vivos y a los muertos, para que a tantos como les privaron de la virtud de tales misterios les enseñen a adorar a Cristo en el Sol y en la Luna, y bajo el nombre de Espíritu Santo a reverenciar al mismo Manes, maestro de semejantes herejías.

Sirva a todos, queridos hermanos, la presente festividad para robustecer nuestros corazones en la fe y en la verdad y nuestras creencia católicas se reafirmen al recuerdo de la infancia del Salvador que hoy se dio a conocer y sea anatematizada la impiedad de los que niegan que Cristo tenga la carne de nuestra naturaleza; de lo cual ya nos avisó oportunamente el Apóstol San Juan con terminantes palabras: *Todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne, procede de Dios; pero todo espíritu que destruya a Jesús, no viene de Dios, sino que es el Anticristo* (I Jo.,2,4). Nada, pues, de común tenga el cristiano con semejantes personas, ninguna amistad o trato con tales hombres. Redunde en el provecho de la Iglesia el que muchos de estos se han descubierto por la misericordia del Señor y por ellos mismos se ha sabido en qué sacrilegios han vivido. A nadie engañen con sus abstinencias de ciertos manjares ni con sus sucios vestidos ni rostros macilentos. No son puros los ayunos que provienen no de motivos de continencia, sino por arte de engaño. Hasta ahora han podido hacer mal a los incautos y engañar a los inexpertos; pero en lo sucesivo no tendrán excusa semejantes deslices, ni podrá nadie ser tenido por simple, sino por muy perjudicial y perverso, si alguno es descubierto como complicado en tan abominable error. Lejos de cohibir los sentimientos de la Iglesia, que son los mismo de Dios, os animamos a que enderecéis vuestro afecto a rogar con nosotros al Señor por ellos, pues nos compadecemos con llanto y pena de la pérdida de aquellas almas que fueron engañada, y siguiendo el piadoso ejemplo del Apóstol sepamos enfermar con los enfermos y llorar con los afligidos. Esperamos que se implorará la misericordia de Dios con abundantes lágrimas y con la legítima satisfacción de los que apostataron; porque mientras se vive, en este cuerpo no hay que desesperar del arrepentimiento de ninguno, sino desear la enmienda de todos, con el auxilio del Señor, *que levanta a los que han caído, desata a los aherrojados, ilumina a los ciegos* (Ps., 145,8), a quien se debe honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón VII. De la Epifanía del Señor (37)[35]:

Necesidad de obrar conforme a lo que se cree. El ejemplo de la infancia de Cristo, norma para la vida del cristiano. (Fiesta de Santa Teresita del Niño Jesús, 3 de octubre)

El recuerdo de los hechos del Salvador del género humano nos produce, oh dilectísimos, gran utilidad, si nos proponemos imitar lo que creemos. En la ordenación de los misterios de Cristo las virtudes son gracias e incitamentos las enseñanzas, para que imitemos también con el ejemplo de las obras al que confesamos con espíritu de fe. El mismo nacimiento del Hijo de Dios de una madre virgen nos sirve de estímulo a nuestra piedad. A los corazones rectos se les muestra a la vez en una misma persona la humana naturaleza y la majestad divina, y al que la cuna testifica niño el cielo y los espíritus celestiales proclaman su autor. Un niño de cuerpo pequeño es el Señor y Rector del mundo y el que se recoge en el regazo de una virgen no puede ser encerrado dentro de límites. Mas aquí precisamente está la curación de nuestras heridas y la manera de levantarnos de nuestra postración; porque de no haberse juntado en uno solo tanta diversidad, no podría haberse reconciliado con Dios la humana naturaleza.

Nuestro remedio está en seguir la ley de la vida, que si es norma de las costumbres es también medicina para los muertos. Y no sin razón cuando los tres Magos fueron guiados a adorar al Niño por la claridad de una estrella, no le vieron imperando a los demonios, ni resucitando a los muertos, ni dando vista a los ciegos, o facultad de andar a los cojos y habla a los mudos u obrando cualquiera otra acción divina, sino que le encontraron niño calladito y sin moverse, atenido a la solicitud de su madre, en todo lo cual no se manifestaba en ninguna señal divina, sino que ofrecía un magnífico milagro de humildad. El mismo raro ejemplo de humildad al que todo un Dios e Hijo de Dios se acomodó más que predicación por los oídos es cosa que se mete por los ojos, porque al carecer de voz quería enseñar a la vista. Toda la victoria del Salvador con que venció al diablo y al mundo la empezó con humildad y con ella remató. Comenzó su vida siendo perseguido y la acabó con la persecución. No faltó al niño tener que sufrir, ni en los sufrimientos perdió jamás la mansedumbre infantil, pues el Unigénito Hijo de Dios al rebajarse en su majestad consiguió a la vez el nacer como hombre y poder morir por los hombres.

¿ Si pues la omnipotencia de Dios hizo que nuestra causa, que estaba perdida, se salvase en gracia de su humildad, y por ellos destruyó a la muerte

[35] Sánchez Aliseda, C. (trad.), 1945: pp. 76-80.

y al autor de la muerte, pues no rehusó nada de cuanto sus perseguidores echaron encima, antes hecho obediente al Padre aguantó con dulzura y paciencia los tormentos de sus verdugos, cuánto no conviene que seamos nosotros humildes y sufridores, porque si nos viene algún trabajo, sabemos que no lo sufrimos sin mérito? *¿Quién se gloriará de tener un corazón limpio o de estar libre de pecado?* (Prov.,20,9). Y dice a su vez San Juan: Si dijéramos que no tenemos pecados, nosotros mismos nos engañamos y no está con nosotros la verdad (I Jo., I,8). ¿Luego quién podrá considerarse tan ajeno al pecado que no tenga algo la justicia que reprocharle o la misericordia que perdonarle? De dónde, amadísimos, la regla de la cristiana sabiduría consiste no en la abundancia de palabras, no en la sutileza de la discusión, no en el afán de la gloria y las alabanzas, sino en la verdadera y voluntaria humildad, que nuestro Señor Jesucristo eligió y enseñó con gran valor desde el vientre de su madre hasta el suplicio de la cruz. Pues disputando en cierta ocasión sus discípulos, como refiere el Evangelista, *cual de ellos sería mayor en el reino de los cielos, llamando a un niño le puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, como no os convirtáis y os hagáis como los pequeños no entraréis en el reino de los cielos. Todo el que se humilla como este niño, ése será el mayor en el reino de los cielos* (Luc.,22,23 y Mt., 18, I). Ama Cristo a la infancia por ser el primer estado que asumió en su alma y en su cuerpo. Ama Cristo a la infancia porque es modelo de humildad, modelo de inocencia, ejemplo de mansedumbre. Ama Cristo a la infancia, hacia la cual dirige las costumbres de los mayores, y los años de los ancianos, y deben acomodarse a tal regla los que pretendan subir al reino eterno.

Mas para que podamos entender plenamente cómo nos será posible conseguir tan asombrosa transformación y mediante qué cambio podremos volver al estado de niños, tomemos por maestro a San Pablo, que nos dice: *No os hagáis como los niños en el modo de entender, sino sed como los pequeños en cuanto a la carencia de lo malo* (I Cor., 14,20). No debemos, por lo tanto, volver a los juegos de la niñez y a las torpezas de los primeros años, sino imitar ciertas cosas que son convenientes hasta para la edad madura. Podemos tomar, por ejemplo de esta edad que sea pasajera en nosotros toda turbación y rápida la vuelta a la paz; que no guardemos rencor de las ofensas, ni ambicionemos altos puestos; debemos fomentar el mutuo intercambio y guardar la igualdad de ánimo. Gran ventaja es no saber hacer daño a nadie ni maquinar maldades, porque en injuriar y devolver las injurias consiste la astucia de este mundo; pero no devolver a nadie mal por mal es propio del estado de la infancia y de la serenidad cristiana. A tal semejanza con los niños, carísimos hermanos, nos invita el misterio de la fiesta de hoy, y el Salvador adorado por los Magos en forma de niño nos inculca este tipo de humildad; el cual, para manifestarnos

la gloria que reserva a sus imitadores, consagró con el martirio el nacimiento de los que vieron la luz en sus mismo días, y que merecieran participar en una común persecución los que por nacer, como Cristo, en Belén, resultaban ser además sus compañeros por razón de la edad. Amen los fieles la humildad y eviten, sobre todo, la soberbia. Cada cual prefiera a su prójimo a sí mismo, y nadie busque su particular provecho, sino el del prójimo; de esta forma al abundar en todos los sentimientos de amor, los corazones se verán libres de la ponzoña de la envidia, porque *el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado* (Luc., 14,11), según lo atestigua nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

25 San Isidoro

***Etimologías,* Libro VI: De los libros y oficios eclesiásticos, 18,6:**[36]

"La palabra griega *Epifanía* significa en latín «aparición» [o manifestación]. Ese día, sirviéndose de la señal de una estrella, Cristo se manifestó a los Magos para ser adorado. Eso fue símbolo de la fe de los primeros gentiles. "

***Etimologías,* Libro VIII: Acerca de la iglesia y las sectas, capítulo 9: Sobre los magos**[37]**:**

"1. El primero de los magos fue Zoroastro, rey de los bactrianos, a quien Nino, rey de los asirios, mató en un combate. De él escribe Aristóteles que compuso dos millones de versos, como lo prueban sus volúmenes. 2. Muchos siglos después desarrolló Demócrito este arte, en tiempos en que también Hipócrates sobresalió en el cultivo de la medicina. Numerosas eran entre los asirios las artes mágicas, según testimonio de Lucano (Fars. 6,427-429): «¿Quién conocer podrá el destino, consultando entrañas de animales? ¿Quién por aves descubrir los hados? ¿Quién observar los relámpagos del cielo y escrutar los astros con la atención propia de un sirio?». 3. Y así esta vanidad de las artes mágicas, emanada de los ángeles perversos, estuvo vigente durante muchos siglos en todo el orbe de la tierra. Por medio de cierta ciencia de las cosas futuras y de los infiernos, así como por la evocación de éstos, se idearon los auspicios, los augurios, los llamados «oráculos» y la nigromancia. 4. Y no hay que admirarse de la reputación de los magos, cuyas artes para realizar maleficios experimentaron tan enorme progreso, que llegaron a presentar prodigios similares a los que Moisés realizaba, transformando varas en serpientes y las aguas en sangre. 5. Se cuenta que maga famosísima fue Circe, que metamorfoseó a los compañeros de Ulises en bestias. También se lee respecto al sacrificio que los árcades ofrendaban a su dios en el monte Liceo, que cualquiera que tonaba algo del mismo adquiría el aspecto físico de un animal. 6. De aquí se desprende que no resulta totalmente falso lo que aquel noble poeta escribe refiriéndose a una mujer que destacaba por sus artes mágicas: «Promete aquella liberar con sus hechizos los espíritus que quiera, y en otros infundir crueles desvelos, detener el curso de los ríos y hacer que los astros retrocedan. A los manes evoca por las noches. Debajo de tus plantas verás mugir la tierra, y a los lomos descender de las montañas» (En. 4, 487-491). 7. ¿Qué más, si es lícito creer que la pitonisa hizo salir al

[36] Oroz Reta, J. y Marcos Casquero, M.A., (trad.), 1982: p.607.
[37] Oroz Reta, J. y Marcos Casquero, M.A., (trad.), 1982: Pp. 713-717.

alma del profeta Samuel de las entrañas de infierno y presentarse ante los ojos de los vivos; a no ser que creamos que fue el alma del profeta y no alguna fantasmagórica ilusión realizada por la falacia de Satanás? 8. Refiriéndose «a Mercurio, dice también Prudencio (1 Contra Sim.90): «Se dice que non el movimiento de su vara hacía volver a la luz los espíritus de los difuntos, pero que a otros los condenó a la muerte». Y un poco más adelante añade: «Pues con su mágico murmullo era capaz de que comparecieran tenues figuras y encantar hábilmente las cenizas sepulcrales. Su arte criminal supo asimismo despojar a otros de la vida». 9. Magos son aquellos a quienes la gente suele dar el nombre de «maléficos» por la magnitud de sus crímenes. Ellos perturban los elementos, enajenan la mente de los hombres y, sin veneno alguno, provocan la muerte simplemente con la violencia emanada de sus sortilegios. 10. De ahí Lucano: «La mente, sin estar inficionada por la inoculación de veneno alguno, parece hechizada» (6,457-458). Conjurando los demonios, se atrece a airear la manera de cómo uno puede eliminar a sus enemigos sirviéndose de malas artes. Se sirven también de sangre y de víctimas, y a menudo tocan los cuerpos de los muertos. 11. Los *nigromantes* son aquellos con cuyos hechizos se aparecen los muertos resucitados y adivinan y responden a las preguntas que se les formulan. En griego, *nekrós* significa «muerto», y *manteía,* «adivinación». Para evocarlos se emplea la sangre de un cadáver, pues se dice que a los demonios les gusta la sangre. Por eso, cada vez que se practica la nigromancia, se mezcla sangre con agua, para hacerlos aparecer más fácilmente mediante la reja sangre. 12. Los *hidromantes* derivan su nombre del «agua». La hidromancia consiste en evocar, mediante la observación del agua, las sombras de los demonios, ver sus imágenes o espectros, escuchar de ellos alguna información y, empleando sangre, buscar información en los infiernos. 13. Se dice que este tipo de adivinación fue introducido por los persas. Varrón afirma que hay cuatro clases de adivinación, según se utilice la tierra, el agua, el aire o el fuego. De acuerdo con esto se denominan, respectivamente, geomancia, hidromancia, aeromancia y piromancia. 14. El nombre de adivino viene a significar «lleno de Dios»: fingen estar henchidos de Dios y con artificios engañosos predicen el futuro a los hombres. Dos son los tipos de adivinación: el arte y el delirio. 15. Los llamados *encantadores* practican su destreza sirviéndose de palabras. 16. Los *ariolos* reciben este nombre porque formulan abominables plegarias ante las aras de los ídolos y les ofrecen funestos sacrificios, después de cuya realización reciben las respuestas de los demonios. 17. El nombre de *arúspice* significa algo así como «observadores de las horas»; y es que ellos tienen muy en cuenta los días y las horas en la ejecución de sus asuntos y trabajos, y establecen qué es lo que el hombre debe cumplir en cada momento. examinan

también las entrañas de los animales y por ellas predicen el futuro. 18. Los *augures* son los que observan el vuelo y el canto de las aves, así como otras señales de las cosas o sucesos imprevistos que acontecen al hombre. Se los denomina también «aúspices», pues los «auspicios» es lo que observan quienes emprenden un viaje. 19. Se llaman «auspicios», como si dijéramos «observación de las aves»; y «augurio», algo así como «parloteo de las aves». De la misma manera, «augurio», puede interpretarse como *avigerium*, «lo que las aves llevan». 20. Hay dos clases de auspicios: uno que está relacionado con los ojos, y el otro que lo está con los oídos. Con los ojos, como el vuelo; con los oídos, como el canto de las aves. 21. Las *pitonisas* deriva su nombre de Apolo Pitio, inventor de este tipo de adivinación. 22. A los *astrólogos* se los llamó así porque hacen sus augurios fijándose en los astros. 23. Los *genetliacos* se les dio tal nombre porque prestan suma atención al día del nacimiento. Describen el horóscopo de los hombres siguiendo los doce signos del cielo; y de acuerdo con el curso de las estrellas intentan predecir las costumbres, hechos y acontecimientos de los nacidos, es decir, bajo que sino ha nacido uno y qué efecto va a tener en su vida. 24. La gente suele darles el nombre de «matemáticos». A este tipo de adivinación los latinos la denominan «constelaciones», es decir, «posiciones de los astros», en qué situación se encuentran cuando alguien nace. 25. En un principio, los intérpretes de las estrellas eran conocidos como «magos», como puede leerse acerca de los que, en el Evangelio, anunciaron que Cristo había nacido; más tarde se los denominó simplemente «matemáticos». 26. La ciencia de este arte le fue concedida al hombre hasta la predicación del Evangelio, de manera que, una vez nacido Cristo, nadie en adelante tratará de interpretar el nacimiento de otra persona fijándose en el cielo. 27. A los *horóscopos* se les dio este nombre porque examinan las horas en las que tuvo lugar el nacimiento de las personas para descubrir su dispar y diverso destino. 28. *Sortílegos*, son los que, so capa de una falsa religión, practican la ciencia adivinatoria sirviéndose de lo que ellos llaman «suertes de los ángeles», o bien prometen descubrir el futuro mediante el examen de determinadas escrituras. 29. A los *salisatores* se les aplica este nombre porque, por el movimiento de algunas partes de sus miembros, predicen que algo va a resultar próspero o desfavorable. 30. A todas estas prácticas pertenecen también los amuletos de remedios execrables condenados por los médicos y que consisten en sortilegios, en marcad o en objetos diversos que han de llevarse colgados o atados. 31. En toso ello se evidencia el arte de los demonios, emanando de una pestilente sociedad de hombres y ángeles malos. De ahí que el cristiano deba evitar todo esto, y repudiarlo y condenarlo con todo tipo de maldiciones. 32. A los frigios se les debe la práctica de los augurios por medio de las aves. 33. Se dice que el

inventor del *praestigium* fue mercurio. Se llama *praestigium* porque «engaña a nuestros ojos». 34. Se cuenta que un tal Tages que transmitió a los etruscos el arte de la *aruspicina*: dictó con sus propios labios la ciencia de los arúspices, y nunca más fue visto. 35. Cuenta la fábula que en una ocasión en que un campesino se encontraba arando, surgió súbitamente de entre los terrones y le dictó la ciencia aruspicial, muriendo ese mismo día. Los romanos tradujeron esos libros de la lengua etrusca a la latina."

***Etimologías*, Libro VIII: Acerca de la iglesia y las sectas, capítulo 10: Sobre los paganos[38]:**

1. El nombre de *paganos* deriva de aldeas atenienses donde tuvieron sus comienzos. En aquellos lugares agrestes y en aquellos pagos establecieron los gentiles bosques sagrados y erigieron ídolos. Por ser tal su origen, recibieron este nombre los paganos. 2. Se denomina *gentiles* a quienes no conocen la Ley y aún no han recibido la fe. Y se los llama «gentiles» porque continúan en el mismo estado en que nacieron, es decir, tal y como fueron concebidos en pecado, sirviendo a los ídolos y sin haber sido regenerados todavía. 3. Por eso se los denominó en un principio como «gentiles»; en griego llevan el nombre de «étnicos». Étnicos, traducido del griego al latín, significa «gentiles», pues en griego *éthnos* quiere decir *gens*. 4. Una vez que han recibido la fe, ya no debe llamarse «gentes» o «gentiles» a los que proceden de los gentiles, del mismo modo que no se le puede llamar judío a quien adopta nuestra fe; de ello nos da testimonio el apóstol Pablo cuando dice a los nuevos cristianos: «Ya que, cuando erais gentiles …» (1 Cor. 12,2), es decir, infieles. 5. Se llaman *apóstatas* los que, después de recibir el bautismo de Cristo, retornan al culto de los ídolos y a la perversión de sus sacrificios. Se trata de un vocablo griego.

[38] Oroz Reta, J. y Marcos Casquero, M.A., (trad.), 1982: P. 719.

26 Gregorio Magno

Homilía X[39]

(Dirigida al pueblo en la basílica de San Pedro Apóstol en el día de la Epifanía)

LECCIÓN DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO (2, 1-12)

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá reinando Herodes, he aquí que unos Magos vinieron del Oriente a Jerusalén, preguntando: ¿Dónde está el nacido rey de los judíos? Porque nosotros vimos en Oriente su estrella y demos venido con el fin de adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, turbóse, y con el toda Jerusalén. Y convocando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntaba en dónde había de nacer el Cristo. A lo cual ellos respondieron: En Belén de Judá; que así está escrito en el profeta; Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti es de donde ha de salir el caudillo que rija mi pueblo de Israel. Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que la estrella les apareció. Y encaminándoles a Belén, les dijo: Id e informaros puntualmente acerca de este niño; y en habiéndole hallado, dadme aviso para ir yo también a adorarle. Luego que oyeron esto al rey partieron. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta que, llegando sobre el sitio en que estaba el niño, se paró. A vista de la estrella se regocijaron por extremo, y, entrando en la casa, hallaron al niño con María, su madre, y, postrándose le adoraron; y, abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en sueños un aviso para que no volviesen a Herodes, regresaron a su país por otro camino.

Hermanos carísimos, como habéis oído en la lección evangélica, cuando nació el Rey del cielo, turbose el rey de la tierra; porque, claro está, la grandeza terrena queda confundida cuando se manifiesta la majestad del cielo.

Mas nosotros debemos averiguar por qué, cuando nació el Redentor, un ángel se apareció a los pastores den Judea, y no un angel, sino una estrella fue la que guio a los Magos desde el Oriente para ir a adorarle. Ello fue porque a los judíos, como se guiaban por la razón, debió darlo a conocer un ser racional, esto es, un ángel; en cambio, los gentiles, como no sabían valerse de la razón para conocer a Dios, son guiados no por palabras, sino por signos.

[39] Gallardo, P. (trad.), 1958: pp. 570-575.

Por lo cual también San Pablo dice (I Cor. 14,22): *Las profecías no se han dado para los infieles, sino para los fieles; en cambio, los signos o milagros son para los infieles, no para los fieles*. Y por eso a aquellos, como fieles, se les han dado las profecías y no se han dado a los infieles, y a éstos, como infieles, se les han dado los dignos y no se han dado a los fieles.

También es de notar que los apóstoles predican ente los gentiles a nuestro Redentor cuando ya era de edad perfecta; y la estrella se le muestra a los gentiles párvulo y cuando aún no se valía del cuerpo para hablar. Sin duda porque la razón natural demandaba que al Señor, que ya hablaba, nos le dieran a conocer los predicadores por medio de la palabra, y que, cuando no hablaba aun, le predicaran los elementos mudos.

Pero debemos considerar cuanta dureza habría en el corazón de algunos judíos, que, a pesar de todos los signos mostrados así al nacer como al morir el Señor, no llegaron a reconocerle ni por el don de la profecía ni por los milagros, cuando todos los elementos atestiguaron que había venido su Hacedor; pues, para hablar de ellos algo al modo humano, los cielos conocieron que El era Dios, puesto que en seguida enviaron la estrella; el mar le reconoció, puesto que le ofreció su superficie de modo que pudiera pasar sobre ella; la tierra le conoció, pues tembló cuando El moría; el sol le conoció, pues veló sus rayos luminosos; las rocas le conocieron, puesto que se rompieron a su muerte; el infierno le conoció, puesto que devolvió los muertos que retenía. Y, no obstante, al Señor, a quien todos los elementos insensibles reconocieron, los corazones de los judíos infieles todavía no conocen en modo alguno que es Dios; y , más duros que las piedras, no quieren quebrantarse para hacer penitencia, y se niegan a reconocer a quien los elementos, como hemos dicho, pregonan o con prodigios o con su quebranto; y , para colmo de su condenación, desprecian ya nacido al que desde mucho tiempo atrás supieron de antemano que había de nacer. Y no sólo supieron que nacería, sino también en dónde nacería; pues, preguntados por Herodes, señalan claramente el lugar de su nacimiento, cosa que aprendieron en la autoridad de la escritura; y aducen el testimonio por el que se declara que Belén sería honrada con el nacimiento del nuevo rey; de suerte que el doble conocimiento de ellos, a ellos sirviera de argumento para su condenación y a nosotros para robustecimiento de la fe.

A los cuales, por cierto, significó bien Isaac cuando bendecía a su hijo Jacob, pues, faltándole la vista corporal y profetizando, no vio, con tenerle presente, al hijo, al cual , no obstante, anunció muchas cosas para lo futuro; porque, en realidad, el pueblo judío, lleno del espíritu de la profecía y ciego, no conoció, cuando le tenía presente, a aquel de quien predijo muchas cosas futuras.

En cambio, Herodes, habiendo conocido el nacimiento de nuestro Rey, se vale de astutas argucias, y, para no verse privado del reino de la tierra, pide que se le dé a conocer dónde se encontraba el niño. Finge querer adorarle, para, si lograr encontrarle, darle muerte. Pero ¿qué vale la malicia humana contra los designios de Dios?; pues escrito está (Prov. 21,30); *Contra el Señor no hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo* que valga. En efecto, la estrella que apareció conduce a los Magos; estos hallan al Rey nacido, le ofrecen presentes y, en sueños, son advertidos de que no deben volver a Herodes; y así, sucede que Herodes no pueda hallar a Jesús, a quien busca.

¿Y quienes están figurados en la persona de Herodes más que los hipócritas, los cuales jamás merecen hallar al Señor cuando fingidamente le buscan?

Y, a propósito de esto, es de saber que los herejes priscilianistas piensan que cada uno de los hombres nace bajo la influencia de una estrella, y aducen por argumento de su error que, cuando el Señor nació en la carne, apareció una estrella nueva; piensan que el destino del Señor fue la estrella que apareció. Pero, si meditamos las palabras del Evangelio, en las que de esta misma estrella de dice: *Hasta que, llegando al sitio en que estaba el niño, se paró*, hallamos que no fue el niño quien corrió hasta la estrella, sino que la estrella corrió hasta el niño, y, si cabe decirlo, no fue la estrella el destino del niño, sino que el niño que apareció fue el destino de la estrella. Lejos, pues, de los fieles el decir que hay destino alguno, porque, en verdad, solo este Hacedor que la creó administra la vida de los hombres; que no ha sido hecho del hombre para las estrellas, sino que las estrellas han sido hechas para le hombre. Y, si se dice que la estrella es el destino del hombre, se declara que el hombre está forzado a sus propios destinos. Los cierto es que Jacob, al nacer, tenía asido con la mano el talón del pie de su hermano (Gen. 25,25), de tal suerte que no podía salir del todo sin que a la vez comenzase a salir el siguiente<, y, con todo y haber de madre dado a luz a entrambos a un mismo tiempo, ni fue igual la suerte y la vida de ambos.

Pero a esto suelen responder los matemáticos que la virtud de las estrellas está en un solo instante, a los cuales nosotros oponemos que el nacimiento se verifica durante un largo espacio, y, por tanto, si la constelación varía a cada instante, también será forzoso decir que cada uno tendrá tantos destinos cuantos miembros tiene el que nace.

También suelen afirmar los matemáticos que quien nace bajo el digno de Acuario está destinado a ser pescador en esta vida; pero, según cuentan, no hay pescadores en Getulia, ¿y quién dirá que allí, donde no hay pescador alguno, nadie nace en Acuario?

Asimismo aseguran que los nacidos bajo el digno de Libra han de ser banqueros, y hay muchas provincias que los desconoces. Luego es necesario que confiesen o que en estos falló el signo que no tuvo en modo alguno efecto fatal.

Además, en el país de los persas y de los francos, los reyes se suceden por generación, y ¿quién podrá contar cuántos de servil condición nacen en los mismos momentos de hora y tiempo en que estos han nacido?, y, sin embargo, los hijos de los reyes, nacidos bajo la misma estrella que los siervos, escalan el trono, mientras que los siervos, nacidos al mismo tiempo, mueren en la servidumbre.

Hemos dicho brevemente esto acerca de la estrella porque no pareciera que dejábamos sin contradecir la estulticia de los matemáticos.

Y bien, los Magos ofrecen oro, incienso y mirra. El oro, en verdad, corresponde al Rey; incienso se pone en el sacrificio de Dios; con mirra se embalsaman los cuerpos de los muertos. De manera que los Magos a aquel Niño que adoran, también con sus místicos dones le predican: en el oro, como Rey; en el incienso, como Dios, y en la mira, como mortal.

En cambio, hay algunos herejes que le creen Dios, pero no creen que reina en todas partes; estos, sin duda, le ofrecen incienso, pero no quieren ofrecerle también oro; hay otros que le consideran como Rey, pero niegan que sea dios; estos, en cambio, le ofrecen oro y no quieren ofrecerle incienso, y algunos hay que le ofrecen oro e incienso, mas no quieren ofrecer la mirra de la mortalidad asunta.

Nosotros, en contra, ofrecemos al Señor nacido oro y confesamos que El es el Rey del universo; ofrendémosle incienso, creyendo que El, que apareció en el tiempo, es Dios antes de todo tiempo; ofrezcámosle mirra, de suerte que, creyéndole impasible en su divinidad, creamos también que en nuestra carne fue pasible.

Aunque también pueden entenderse otras cosas en el oro, en el incienso y en la mirra. Porque en el oro se significa la sabiduría, conforme lo atestigua Salomón, que dice (Prov. 21,20): *Hay un tesoro inestimable en la boca del sabio*. En el incienso, que se quema en honor de Dios, se significa la virtud de la oración, como lo atestigua el Salmista, que dice (Ps. 140,2): *Ascienda mi oración ante tu acatamiento como el olor del incienso.* Según esto, ofrecemos oro al Rey nacido si brillamos en su presencia con la claridad de la celestial sabiduría; le ofrecemos incienso si con los santos propósitos de la oración quemamos los pensamientos carnales en el ara del corazón para poder exhalar ante Dios el suave aroma de los deseos celestiales; le ofrecemos mirra si por medio de la abstinencia mortificamos los vicios de la carne; pues corromperse la carne muerta es poner este cuerpo mortal al servicio de la molicie de la

lujuria, conforme a lo que de algunos de dice por el profeta (Ioel I, 17): *Las bestias perecen en sus establos* —porque parecer las bestias en sus establos significa acabar su vida entre el hedor de la lujuria de los hombres carnales—; luego ofrecemos mirra a Dios cuando con el adobo de la continencia preservamos de la putrefacción de la lujuria este cuerpo mortal.

Mas algo importante nos dan a entender los Magos con volverse a su región por otro camino, pues seguramente que en eso que, advertidos, hacen, nos indican lo que nosotros debemos hacer.

En efecto, nuestra patria es el paraíso, al cual, una vez conocido Jesús, se nos prohíbe volver por el camino por donde de allí hemos salido. Y pues nos hemos apartado de nuestra patria, ensoberbeciéndonos, desobedeciendo, siguiendo lo visible, gustando el manjar prohibido, forzoso es que volvamos llorando humildes, obedeciendo, despreciando lo visible y refrenando el apetito de la carne. Así regresaremos por otro camino a nuestra región; porque los que nos ausentamos de los gozos del paraíso por los placeres, tornamos a ellos por los lamentos.

De ahí es necesario, hermanos míos, que, siempre temerosos y con recelo, tengamos presente en nuestro corazón, de un lado, las culpas cometidas, y de otro, el rigor del último juicio. Pensemos cuan severo vendrá el Juez que amenaza con el juicio y está oculto, que pretende atemorizar a los pecadores, y, sin embrago, los sufre, y que retarda el venir más pronto precisamente para que halle menos que condenar. Castiguemos nosotros con el llanto las culpas y, con el Salmista (Ps. 94,2), *corramos a presentarnos ante su acatamiento, dándole gracias*. No nos engañe ningún mentiroso placer; ninguna vana alegría nos seduzca, pues cercano está el juez, que dice (Lc. 6, 25): *¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque os lamentaréis y lloraréis*!; que por eso Salomón dice (Prov. 14,13): *mezclada anda la risa con el llanto; el término del gozo es el dolor*; y, por lo mismo, otra vez dice (Eccl. 2,2): *Tuve a la risa por desvarío, y dije al gozo: ¡Cuan vanamente te engañas!* De ahí que en otro lugar dice (Eccl.7,5): *El corazón de los sabios está donde hay tristeza, y el corazón de los necios donde hay diversión.*

Por tanto, temamos mucho los designios del Señor, si de veras celebramos la solemnidad del día; porque a Dios le es grato el sacrificio de la aflicción, conforme lo asegura el Salmista, que dice (Ps. 50,19): *El espíritu compungido es el sacrificio para Dios más grato.*

Nuestros pecados pretéritos fueron borrados en la recepción del bautismo, y, con todo, hemos cometido muchos después del bautismo. Pero ya no podemos lavarnos otra vez con el agua bautismal. Por consiguiente, ya que después del bautismo hemos manchado el alma, bauticemos con lágrimas nuestras conciencias, de suertes que, volviendo por otro camino a nuestra

región los que de ella nos apartamos por deleitarnos de los placeres, a ella tornemos amargados por la aflicción, con la ayuda del Señor, etc.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

27 Pseudo Beda

Collectanea[40]:

"52. The Magi are those who gave gifts to our Lord: the first in said to have been Melchior, an old man and white-haired, with a long beard and locks, wearing a blue tunic, an apple-green cloak, shoes of mixed blue and white work, and a phrygian cap of varies make: he brought gold to the Lord as his king.

53. The second, named Caspar, was a beardless youth, red-haired, dressed in a green tunic, a red cloak, and blue shoes: he honoured God with frankincense as an offering worthy of God.

54. The third was swarthy, fully bearded, called Balthasar, with a red tunic, and clad in a white variegated cloak and green shoes: through his gift of myrrh he avowed that the Son of Man was to die.

55. All their garments were Syrian.

56. It is for the clean to touch clean things and for the holy to recognize holy things."

Presentamos a continuación una traducción propia:

52. Los Magos son aquellos que dieron presentes a nuestro Señor: se ha identificado al primero como Melchior, un anciano de cabello blanco, con una larga barba y mechones, vestido con una túnica azul, una capa verde manzana, zapatos de color azul y blanco, y un gorro frigio de distinta hechura: trajo oro al Señor como su rey.

53. El segundo, llamado Caspar, era un joven imberbe, pelirrojo, vestido con una túnica verde, una capa roja y zapatos azules: honró a Dios con incienso como una ofrenda digna de Dios.

54. El tercero era moreno, totalmente barbado, llamado Balthasar, con una túnica roja, y cubierto con una capa blanca abigarrada y zapatos verdes: mediante su regalo de mirra declaró que el Hijo del Hombre iba a morir.

55. Todas sus prendas eran sirias.

56. Es para los limpios el tocar cosas limpias y para que los santos el reconocer las cosas sagradas.

[40] Bayless, M. y Lapidge, M. (ed.), 1998: p. 127.

28 San Bernardo, Sermones Litúrgicos:

En la Epifanía del Señor

Sermón Primero. Sobre las tres apariciones[41]

5. "Y para que este reconocimiento sea una realidad, celebramos este día, el día insigne de su manifestación. Hoy han venido los Magos desde Oriente en búsqueda del recién nacido Sol de justicia. De él se lee: «*Ved al hombre, se llama Oriente*». Hoy acaban de adorar el parto reciente de la Virgen, siguiendo el curso del astro nuevo. ¿No halláis aquí un inefable consuelo, como en aquellas palabras del Apóstol a que nos referimos? Pablo hizo mención de Dios. Esto lo expresan no de viva voz, sino con la actitud. ¿Qué hacéis, Magos, qué hacéis? Adoráis a un niño de pecho en un miserable cobijo, envuelto en pobres pañales. ¿Es, acaso, Dios? *Dios está* en toda seguridad *en su templo santo*. *El Señor tiene su trono en el cielo.* ¿Cómo lo buscáis vosotros en un miserable establo, en el regazo de una madre? ¿Qué hacéis? ¿Por qué ofrecéis oro? ¿Será, acaso, rey? Pero ¿dónde está el salón del trono, el trono mismo, el numeroso séquito real? ¿Será el establo el salón del trono, su trono el pesebre, su numeroso séquito José y María? ¿Cómo se han vuelto tan necios unos hombres tan sabios, que adoran a un niño despreciable en edad y de padres tan pobres? Se hicieron necios para llegar a ser sabios. Ya les enseñaba el Espíritu lo que más tarde había de predicar San Pablo: *«El que quiera ser sabio, vuélvase necio para ser sabio. Porque el saber del mundo es necedad para conocer a Dios. Quiso Dios salvar a los creyentes a través de la necedad de la predicación.»*

¿No deberían escandalizarse, hermanos, estos hombres y avergonzarse por ilusos al ver tanta abyección? Desde la ciudad real, donde conjeturaban encontrar al Rey, les orientan hacia la insignificante aldea de Belén; entran en el establo y encuentran al niño envuelto en pañales. No les repele el establo, no les molestan los pañales, no se escandalizan del estado de lactancia del niño. Se postran, lo veneran como a Rey y lo adoran como a Dios. El que los guió, también los ha instruido, y el mismo que les advirtió externamente mediante una estrella, los instruyó en lo íntimo del corazón. Esta manifestación del Señor ha esclarecido este día, y la piadosa veneración de los Magos nos impulsa a vivirlo con devoción y estima.

6. No celebramos hoy solamente esta manifestación. Existe otra, transmitida por nuestros padres. Aunque aconteció años más tarde, se cree que coincidió con este día. Ya había cumplido sus treinta años el que por su

[41]Monjes cistercienses de España (trad.),1985: pp. 273-285.

divinidad permanece siempre igual y no cuentan los años. Se acercó entre la multitud a recibir el bautismo de Juan. Iba como uno de tantos, aunque era el único limpio de pecado. ¿Quién iba a creer que era el Hijo de Dios? ¿Quién se imaginaba que era el Señor de la Gloria?

Mucho te humillas, Señor; te ocultas demasiado, pero no podías pasar desapercibido por Juan. ¿No te conoció a través del seno materno antes de que tú nacieses? ¿No es el mismo que, desde el vientre de ambas madres, te reconoció, y, si no pudo anunciarlo a las gentes, al menos se lo insinuó a su madre con saltos de júbilo? Y ahora, ¿qué ocurre? Dice el evangelista: *«Viendo Juan a Jesús que se le acercaba, exclamó: Este es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo»*. Mirad al que va a hacer la purificación de los delitos, al que viene a limpiar nuestra cloaca. […]

8. Todavía nos ofrece el evangelio una tercera aparición, que celebramos hoy también. El Señor es invitado a un banquete de bodas. Faltaba el vino. […]

Sermón Segundo. Sobre la primera aparición[42].

1. Leemos tres manifestaciones del Señor en un mismo día, aunque no ocurrieron al mismo tiempo. Admirables son la segunda y la tercera, pero la primera destaca sobremanera. Es admirable el cambio del agua, admirable el testimonio de Juan, de la paloma y de la voz del Padre. Pero todavía más maravilloso es el que los Magos crean que es Dios. Así lo prueban con su adoración y la oblación del incienso. El oro muestra que, además de Dios, lo reconocen como Rey. En todo esto perciben el gran misterio de bondad. Por eso, con la mirra designan que el Señor debe morir.

Los Magos adoran y ofrecen sus regalos a un niño de pecho. Pero ¿dónde está, ¡oh Magos!, dónde está la púrpura de este Rey? ¿Serán, quizá, estos andrajosos pañales que le envuelven? Si es rey, ¿dónde está la corona? Vosotros veis la diadema real con la que lo coronó su madre sobre el sayal de la mortalidad; cuando resucite se desprenderá de él y dirá: *«Me desataste el sayal y me has vestido de fiesta. ¡Muchachas de Sión! Salid para ver al rey Salomón con la corona que le ciñó su madre. Salid,* potestades angélicas y moradores de la patria celeste. *Ved a vuestro Rey*, pero coronado con nuestra diadema, *con la corona que le ciñó su madre*. Hasta ahora no habíais tenido semejantes deleites ni habíais gustado semejante dulzura. Gozáis de su

[42] Monjes cistercienses de España (trad.),1985: pp. 285-291.

grandeza, pero no habéis contemplado su humildad. *Salid*, pues, *para ver al rey Salomón con la corona que le ciñó su madre*».

2. Mas los ángeles no necesitan de nuestra exhortación, porque están ansiosos de contemplarlo. Cuanto más evidencian su grandeza, tanto más gustan y estiman su humildad. Por eso, aunque nuestro motivo de gozo sea mayor -pues ha nacido para nosotros y se nos ha dado a nosotros-, sin embargo, ellos se nos adelantan y nos animan. Así lo prueba el ángel que anuncia la gran alegría a los pastores, y, con él, esa legión del ejército celestial.

A vosotras nos dirigimos, pues, hijas de Sión, almas del mundo, débiles, delicadas muchachas. No sois muchachos, porque no gozáis de vigor y energía viril. *Salid, hijas de Sión.* Salid del sentido de la carne al conocimiento del espíritu; de la esclavitud de la concupiscencia carnal, a la libertad del conocimiento espiritual. Salid de vuestra tierra nativa, de vuestra familia y de la casa de vuestro padre *para ver al rey Salomón*. De otro modo es posible que no lo veáis «Eclesiastés». El mismo que es Salomón, esto es, Pacífico, en el destierro es Eclesiastés, esto es, arengador; y en el juicio, Idida, es decir, amado del Señor en el reino. En el destierro es sencillo y amable; justo y terrible en el juicio; glorioso y admirable en el reino. *Salid*, pues, *para ver al rey Salomón*, pues es rey en todas partes. Aunque su *realeza no pertenece a este mundo*, es rey también en este mundo. Cuando se le preguntó: «*Luego, ¿tú eres rey?*» Contestó: «*Para eso nací y vine al mundo*». Aquí orienta las costumbres, en el juicio discierne los méritos y en el reino distribuye los premios.

3. *Salid*, pues, *hijas de Sión para verle la corona que le ciñó su madre*; corona de pobreza, corona de miseria. Su madrastra le ciñó con la corona de espino y de miseria. Pero ha de ser coronado por su familia con la corona de justicia cuando salgan los ángeles y eliminen todos los escándalos de su reino; cuando se presente a juicio con todos los ancianos de su pueblo; cuando se alíe con él la tierra entera en contra de los necios. También el Padre le ciñe la corona de gloria, como dice el salmista: «*Lo coronaste de gloria y dignidad. Miradle, hijas de Sión, con la corona que le ciñó su madre*». Acoged la corona de vuestro Rey hecho niño por vosotros; y, unidos a los Magos, adorad su humildad.

Ya que hoy se os propone como ejemplo la actitud creyente de estos hombres, ¿con quiénes les compararemos y dónde encontraremos semejantes modelos? Si reflexiono sobre la fe del ladrón o sobre la profesión fe pública del centurión, me parece que los Magos todavía les aventajan. Porque para entonces el Señor había realizado milagros y muchos lo habían ya anunciado

y adorado. Sin embargo, consideremos las expresiones de fe de todos éstos. El ladrón gritaba desde la cruz: *«Señor, acuérdate de mí cuando vuelvas como rey»*. ¿Es que va hacia el reino a través del patíbulo? ¿Quién te ha dicho que Cristo tenía que padecer para entrar en su gloria? Y tú, centurión, ¿cómo lo conociste? Viendo que lanzó un grito al expirar, confesó: *«Verdaderamente este es el hijo de Dios»*. ¡Qué maravilla, qué asombro!

4. Por eso os pido que os fijéis con atención y veáis qué aguda es la fe, qué ojos de lince tiene. Conoce al Hijo de Dios al verle mamando. Lo conoce colgado del madero, lo conoce muriendo. Lo conoce el ladrón en el patíbulo, y los Magos en el establo; aquél, sujeto con clavos; éstos, envuelto en pañales. El centurión conoció la vida en la muerte. Los Magos, la fuerza de Dios en la debilidad de un cuerpo tierno. El centurión, el espíritu supremo a punto de expirar.

Los Magos conocieron la Palabra de Dios en la infancia, pues lo que el ladrón y el centurión confiesan de boca, éstos lo confiesan con sus regalos. El ladrón lo reconoce Rey; el centurión Hijo de Dios y hombre. Esto mismo lo simbolizaron los tres regalos de los magos, a diferencia de que el incienso se significa no ya el Hijo de Dios, sino Dios mismo.

Os encarecemos, pues, hermanos carísimos, que fructifiquéis el amor inmenso que os ha demostrado el Dios de la gloria, la humildad que asumió, la bondad que resplandeció en la misma humildad de Cristo. Demos gracias a nuestro Redentor y Mediador, que nos ha dado a conocer tanta benevolencia de Dios Padre hacia nosotros. Convencidos de esta actitud divina, repitamos sin titubeos: corremos, pero no sin rumbo fijo. En efecto, el corazón del Padre para con nosotros es tal como nos lo expresó aquél que salió de ese corazón.

Sermón Tercero. Sobre las tres manifestaciones, en especial la primera.[43]

1. Nos parece necesario, hermanos, como solemos hacer en las demás solemnidades, explicaros el contenido de la solemnidad de hoy. A veces utilizamos los sermones para arremeter contra los vicios; pero es más propio de los días ordinarios. En las festividades y solemnidades más destacadas, nos parece conveniente esclarecer nuestro espíritu y reavivar nuestro afecto, reflexionando sobre el misterio que se celebra. ¿Cómo, si no, vais a celebrar lo que ignoráis? ¿Y cómo lo vais a saber si no se os explica?

Que no se aburran los especialistas en la Escritura si nos amoldamos a los menos agraciados, movidos por la caridad. Creo que tampoco ellos

[43] Monjes cistercienses de España (trad.),1985: pp. 291-299.

quedarán privados de sus habituales manjares cuando vean que a otros menos instruidos, como a las multitudes, se les ofrecen alimentos más vulgares. Ellos también gustarán, animados del espíritu de la fraternidad, todo lo que necesitan los menos inteligentes, aunque pudiesen prescindir de todo eso. Recogerán los pedazos sobrantes, recapacitando con sumo cuidado cualquier ventaja que hallaren; rumiarán como animales puros aquello que por su sutileza escape a los menos inteligentes.

2. La solemnidad de hoy toma el nombre de la manifestación. Epifanía significa *manifestación.* Se celebra hoy la manifestación del Señor; pero no es simplemente una, es triple, según la tradición de nuestros padres. Hoy, nuestro pequeño Rey, a pocos días de haber nacido, se manifestó a las primicias de los gentiles mediante una estrella. También hoy, alrededor de sus treinta años de vida oculta según su naturaleza humana, aunque según su divinidad sea siempre el mismo y en él no cuenten los años, fue a bautizarse a orillas del Jordán, entre la multitud, y se hizo patente por el testimonio del Padre. Hoy acepta la invitación y asiste con sus discípulos a un banquete de bodas. Faltaba vino. Y con el signo admirable de su poder cambió las aguas en vino. Pero complace contemplar la manifestación acaecida en la infancia del Salvador, porque es muy deliciosa y se celebra hoy de forma peculiar.

3. Hoy, pues, como hemos leído en el evangelio, los Magos llegaron a Jerusalén desde Oriente. Proceden del Oriente los que nos anuncian el nacimiento nuevo del Sol de justicia y esclarecen a todo el mundo con sus alegres mensajes. Sólo la desgraciada Judea, porque aborrece la luz, quedaba en tinieblas ante el resplandor de la nueva claridad; y ofuscados sus ojos por el destello de los rayos del Sol eterno, se cegaba progresivamente. Al llegar, pues, los Magos de Oriente, escuchemos sus palabras: *«¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?»*. ¡Qué fe tan segura, sin asomo de titubeos! No preguntan si ha nacido; lo dan por conocido de todos e interrogan sin dudar: *¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer?* En cuanto llegan a Herodes los rumores sobre un posible rey, se sobresaltó, imaginándose ya un sucesor. Nada raro que se turbe Herodes. Lo extraño es que se turbe con él Jerusalén, la ciudad de Dios, que es visión de paz.

Fijaos, hermanos, cuánto daña el poder perverso. ¿Cómo una cabeza impía contagia a sus súbditos la propia perversidad! Ciudad miserable, sede de Herodes, que participa de la malicia del rey y se excita con la turbación herodiana cuando asoma la salvación. Yo confío en el Señor que nunca reinará entre nosotros ese tirano. Pero, si eso aconteciere, quiera Dios alejarlo pronto, pues la malicia herodiana y la crueldad babilónica consisten en intentar extinguir la religión que nace y estrellar contra las peñas a los niños de Israel. Ante cualquier cosa concerniente a la salvación, ante cualquier brote de

religión, todo tipo de oposición o desacuerdo es un intento de aliarse con los egipcios para eliminar a los niños de estirpe israelítica. Más aún, se persigue con Herodes al Salvador que nace. Pero, una vez comenzada la historia, sigamos. Creo que, si alguien cae en la cuenta de este asunto, tendrá la máxima preocupación en adelante y detestará las actitudes herodianas para no encarrilarse hacia el mismo fin.

4. Los Magos buscan al rey de los judíos, Herodes inquiere de los escribas el lugar del nacimiento y ellos señalan el nombre de la ciudad, según el oráculo profético. Cuando los Magos se despidieron de los judíos, reemprendieron la marcha, *la estrella que habían visto en el Oriente les guiaba de nuevo.* La interpretación clara de este fenómeno es que, cuando se anda buscando orientaciones humanas, se pierde el rumbo divino. El signo celestial abandonó a quienes hambreaban datos humanos. Por eso, nada más despedirse de Herodes, *les dio muchísima alegría, porque la estrella iba delante de ellos, hasta pararse encima de donde estaba el niño con María, su madre, y, cayendo de rodillas, lo adoraron.*

Explicadnos, extranjeros, vuestras motivaciones, pues nunca hemos encontrado tanta fe en Israel. ¿No os repele la abyecta morada de un establo, ni las camas miserables del pesebre? ¿No os escandaliza la presencia de una pobre madre, ni la condición de un niño de pecho?

5. En fin, dice el evangelista que *abrieron sus cofres, y como regalos, le ofrecieron oro, incienso y mirra*. Si únicamente le hubiesen ofrecido oro, daría la impresión de que deseaban remediar la pobreza de la madre y proporcionar recursos para la educación del niño. Pero ofrecen a la vez oro, incienso y mirra, insinuando, sin duda, una especie de oblación espiritual. El oro prevalece entre las joyas del mundo; y por la gracia de Dios, todos nosotros lo hemos ofrecido generosamente al Salvador al abandonar, sin condición y por su nombre, los bienes de este mundo. Pero si hemos despreciado absolutamente las cosas de la tierra, necesitamos buscar con ardiente deseo las realidades celestiales.

Así ofrecemos la fragancia del incienso, que, como lees en el Apocalipsis de San Juan, significan las oraciones de los santos. Por eso, el profeta se expresa en el salmo: *«Suba mi oración como incienso en tu presencia»*. Lees también en otro pasaje*: «La oración del justo atraviesa las nubes.»* Se refiere a la *oración del justo*, no a la de otro cualquiera, pues si *uno cierra sus oídos a la ley, su oración será aborrecible.*

6. Mas, si quieres ser justo, y no cerrar tus oídos a los mandamientos del Señor, no sea que cierre él, a su vez, los oídos de tus oraciones, es preciso que desprecies al mundo y que castigues también tu misma carne y la obligues a servir. El Señor dice: *«Aquel que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío»*; y en otra parte: *«Si quieres ser perfecto, marcha, vende lo*

que tienes y dáselo a los pobres; vuelve y sígueme». Y añade en otro lugar*: «El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga»*. El Apóstol lo interpreta de esta manera: *«Los que son de Cristo han crucificado su carne con sus pasiones y deseos»*. Nuestra oración tiene dos alas: el desprecio del mundo y la aflicción de la carne. Con ellas atravesará de seguro las nubes y subirá como incienso en presencia de Dios. Será un sacrificio agradable, y nuestra ofrenda será aceptada si, además del oro y el incienso, incluimos la mirra, amarga, pero muy útil; ella conserva el cuerpo, cadáver por causa del pecado, evitando su descomposición en el vicio. Nos hemos referido a todo esto en párrafos concisos para movernos a imitar la ofrenda de los Magos.

7. Y puesto que hemos aludido a una manifestación, tratemos de ver lo que se manifiesta en la festividad. Si, conforme a las palabras del Apóstol, *se manifestó la bondad y la humanidad de nuestro Salvador*. Recordad lo que hemos escuchado en el evangelio: en la casa vieron al niño con María, su madre. En el tierno cuerpo que abrigaba la Madre en su regazo virginal, se manifestó una auténtica encarnación. Y al encontrar a ese Niño con su madre, se declara que es hombre verdadero y verdadero hijo de Dios.

Fíjate como en la segunda manifestación se refrenda claramente su filiación divina con el testimonio de la voz del Padre. […] Y para que no se deje lugar a cualquier posibilidad de error sacrílego, en la primera manifestación se le declara hombre verdadero e hijo de hombre; en la segunda, Hijo de Dios; y en la tercera se demuestra que es Dios verdadero y creador de la naturaleza, cambiable a la mínima insinuación de su voluntad.

Hermanos muy amados, amemos a Jesús el Cristo como hombre verdadero y hermano nuestro; honrémosle como a Hijo de Dios y adorémosle como a Dios. Creamos firmemente en él, confiemos en él, hermanos míos, que no le falta poder para salvarnos, ya que es Dios verdadero e Hijo de Dios; ni tampoco le falta deseo, pues es uno como nosotros, hombre verdadero e hijo del hombre. ¿Cómo va a comportarse inflexible con nosotros, si se nos hizo semejante y capaz de sufrir?

8. Si también deseáis escuchar una aplicación moral de estas manifestaciones, fijáos en esto: Cristo se manifiesta niño con su madre virgen, para enseñarnos que debemos buscar, por encima de todo, la sencillez y la modestia. La sencillez es algo natural a un niño, como la modestia a una virgen. Para todos nosotros, en los comienzos de la conversión, no existe una virtud tan necesaria como una sencillez humilde y una serena modestia.

En la segunda manifestación […]

Sermón Cuarto, Sermón vario[44]

1. Tres son los motivos que nos impulsan a celebrar esta festividad. Nos los han transmitido los santos padres. En este día, una estrella nueva anunció el nacimiento nuevo del rey y guio a los Magos de Oriente hacia Belén para adorar allí a Cristo. Con sus místicos regalos reconocieron en el oro al rey; en el incienso al Dios, y en la mirra al hombre.

En este mismo día, Cristo Jesús, al cumplir los treinta años, se presentó a Juan el Bautista para practicar la justicia perfecta; no se sometió el menor al mayor, ni el igual al igual, sino el supremo al más pequeño. El esclavo bautizó al Señor; el discípulo al maestro; la criatura de barro a su alfarero; el impuro al puro; el hombre a Dios.

Un año después, coincidiendo en las mismas fechas según se cree, transformó el agua en vino y disuadió a Juan el Evangelista de su intento de comprometerse en matrimonio. Con este milagro manifestó su gloria.

Por eso a esta solemnidad se le llama Epifanía, esto es «suprema manifestación». Y no porque en este día se manifestase el Hijo de Dios por vez primera en nuestra tierra. En el día de Navidad ya se había manifestado como verdadero hombre, naciendo, llorando y sufriendo las demás debilidades de los hombres. Pero en el día de hoy, por los sacramentos de tan sublimes misterios, se comprueba que es también Dios verdadero.

¿Pensamos que iba a crearse una nueva estrella por el nacimiento de un hombre y que estimularía a adorar a un puro hombre y a hacer tantos y tales regalos? En su bautismo no se pudo declarar con mayor evidencia su divinidad. Se rasgaron los cielos sobre él y se oyó la voz del Padre, que rendía testimonio, diciendo: *«Este es mi hijo, el predilecto, a quien tanto quiero»*. Y en la transformación del agua en vino, ¿no se presentó abiertamente a sí mismo como Dios, manifestando su gloria y creyendo sus mismos discípulos en él por primera vez?

2. Después de esta rápida alusión, pongamos de relieve, en cuanto nos sea posible, algunos aspectos morales de la hondura encerrada en estos misterios. Nosotros, que volvemos a la patria, necesitamos tres cosas: querer, poder y conocer.

Si falta el querer, no se puede conseguir nada con relación a la voluntad. ¿Qué aprovecharía la voluntad de regresar, donde falta la capacidad? Y en el supuesto de que la capacidad se una a tu voluntad, si ignorases el itinerario, tu camino estaría lleno de penalidades y no sentirías nunca la alegría de llegar. Necesitas ejercitar la voluntad, controlar tu carne, dirigir tu razón. Son

[44] Monjes cistercienses de España (trad.),1985: pp. 299-313.

energías del alma que se te han dado por creación; son naturales, pero completamente inservibles, si la gracia no viene a ordenarlas y a coronarlas con perseverancia. Es propio de la razón formar juicios; de la voluntad pronunciarse; de la sensualidad, procurar satisfacción. Si irrumpe la gracia, entonces la razón se agudiza en sus juicios, la voluntad se rectifica en sus deseos y la sensualidad se modera en la satisfacción.

Pero si el diablo se introduce a través de los deseos de la carne y deleites del mundo, llega hasta nuestra almas y planta ahí su trono. Perturba el juicio de la razón, deprava el deseo de la voluntad y pervierte la satisfacción de la carne, *cuya boca está llena de maldad, amargura y engaño.*

El mismo diablo, al comienzo de su creación, cuando debería haber logrado un acrecentamiento de bendición, incurrió por su autosuficiencia en el colmo de la maldición. Debería haber escalado por la gracia desde la posibilidad de no pecar hasta la imposibilidad de pecar; pero bajó, impelido por su innata soberbia, hasta la imposibilidad de no pecar.

Y he dicho bien que incurrió en el colmo de la maldad, pues quien se regodea en la maldición ejecuta la maldición y se ufana en la maldición. Por eso, para significar que alguien se goza en el mal, dice el salmo que la maldición penetra como el aceite hasta los tuétanos; y para expresar la actitud perversa, añade que la maldición es como un vestido que lo envuelve. Se identifican el vestido y la persona que lo lleva para indicar el hecho de gloriarse en la maldad. *Por propia iniciativa nos engendró el Hijo con el mensaje de la verdad, para que fuéramos, en cierto modo, primicias de sus criaturas*, esto es, criaturas nuevas en Cristo, y que anduviéramos no en lo viejo de la carne, sino en la novedad del espíritu.

[…]

Por tanto, la razón ofrezca el oro de la devoción al Hijo de Dios, que es nuestra paz; la voluntad ofrézcale el incienso de la oración, y la carne la mirra de la mortificación. Incienso a Dios, oro al rey, mirra al hombre. El Hijo de Dios, que va a reconciliar lo insignificante con lo sublime, tenía necesidad de conocer la debilidad de la humanidad, como ya conocía el poder de la divinidad. Lo que sabía desde siempre por ciencia divina, lo aprendió directamente, por experiencia, cuando se hizo hombre en la historia, montando en una nube tenue, esto es, asumiendo la carne inmune de todo resquicio de pecado. Se dice nube por la claridad de su gloria, pero completamente tenue por el lastre de nuestra corrupción. En ella, aunque libre de todo pecado, se siente tan afectado en sus consecuencias, que transpiró sangre y se sintió morir de angustia.

Conoció, por tanto, la miseria del hombre, en cuanto hombre verdadero, y la justicia de Dios, en cuanto Dios.

El hombre no disponía de nada para implorar el perdón. Tampoco Dios hallaba, en su divino consejo, un medio distinto de borrar la culpa sin una satisfacción adecuada. ¡Mediador misericordioso e inestimables! ¡Mensajero del sublime y divino consejo! ¿Quién conoció tu designio o quien fue tu consejero? Veías desde ambas vertientes la miseria de aquí y la justicia de allá. Tú realizaste la salvación en el medio; mantuviste el equilibrio, pero exaltando la misericordia.

Existía una irresoluble oposición entre Dios y el hombre. Dios es inmortal y verídico; el hombre, por el contrario, mortal y mentiroso. El Hijo de Dios, que había de mediar entre uno y otro, quiso tener algo de ambas partes: asumió del hombre la mortalidad y mantuvo del Padre la verdad. Asumió la mortalidad para tener experiencia de la miseria del hombre. Mantuvo la verdad para hacer patente la justicia del Padre. Asumió la mortalidad para sentir al vivo nuestra debilidad. Mantuvo la verdad para agradar al Padre más tiernamente en sí mismo y hacer más apreciable el misterio del redentor. Haciendo de puente entre la mentira mortal y la verdad inmortal, es mortal y verídico. Mantuvo el designio de acordarse del hombre y conoció el juicio en el que se respeta el honor de la gloria real. *Pues el honor del rey estima el juicio.*

[…]

6. Por eso es hombres, Dios y Rey. Hombre que reconcilia; Dios que perdona; Rey que gobierna. Ofrezcámosle mirra al hombre, revistiendo nuestra carne con su mortificación, porque en esta vida nos conviene asemejarnos a la imagen de su humanidad, si es que creemos ser transformados a imagen de su divinidad, según la cual fuimos creados. Ofrezcamos a Dios el incienso de la oración, elevando nuestra oración hasta su presencia, para que en virtud de su gracia reproduzcamos en nosotros los rasgos de su hijo en la carne y en el espíritu.

Ofrezcamos al Rey el oro de la devoción, y si nuestro Rey y Guía nos lleva por un camino ancho o por una senda estrecha, nuestro fervor comprenda y se complazca de su gobierno hasta el extremo de gloriarnos en las tribulaciones y alegrarnos de corazón en las diversas tentaciones y contrariedades. ¿Por qué? Porque todo lo próspero y adverso *contribuye al bien de los que aman a Dios*. El oro, en la Escritura, es símbolo de sabiduría. «Sabiduría» viene de sabor, y donde hay sabor hay fervor. Te mantendrás fervoroso en la medida que saborees a Dios.

El oro es un salario precioso, y el sabor del bien una ganancia inestimable. ¿Quién podrá privaros del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿Las demás cosas? Nada. Porque todo esto no nos destroza; al contrario, nos agrada gracias al que nos amó. Los animales de la tierra se te han amansado y todo tu interior

queda rejuvenecido para que no sirva más a la carne, antes bien tu alma bendiga libremente a Dios, si es que has llegado a la sabiduría. ¡Qué agradable y feliz rehabilitación! A esto nos invita tu voz divina*: «Te aconsejo que me compres oro acendrado al fuego»*. Oro como precio de las realidades espirituales; oro acendrado al fuego para calcinar los afectos carnales y los deseos del mundo. *Nuestro Dios es un fuego devorador*, fuego de amor y calcinación del pecado.

[…]

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

29 Tomás de Aquino

Suma Teológica[45]

Parte III, cuestión 36, Artículo 2:

¿El nacimiento de Cristo debió ser manifestado a algunos?

Objeciones por las que parece que el nacimiento de Cristo no debió ser manifestado a nadie.

1. Como acabamos de decir, era conveniente para la salvación de los hombres que la primera venida de Cristo fuese oculta. Pero Cristo vino para salvar a todos, según aquellas palabras de 1 Tim 4,10: *El es Salvador de todos los hombres, sobre todo de los fieles*. Luego el nacimiento de Cristo no debió ser manifestado a nadie.

2. Antes de que Cristo viniera al mundo les fue revelado a la Santísima Virgen y a San José el futuro nacimiento de Aquél. Luego no era necesario que, una vez nacido Cristo, fuese manifestado a otros su nacimiento.

3. Ningún hombre prudente descubre aquello de lo que se deriva la turbación y el daño de otros. Pero, una vez manifestado el nacimiento de Cristo, se siguió la turbación, puesto que en Mt 2,3 se dice: *Oyendo el rey Herodes el nacimiento de Cristo, se turbó y toda Jerusalén con él.* Esto redundó también en perjuicio de los otros, pues, con esta ocasión, *Herodes mató en Belén y en sus contornos a los niños de dos años para abajo* (Mt 2,16). Luego parece que no fue conveniente que el nacimiento de Cristo fuese manifestado a algunos.

Contra esto: está que el nacimiento de Cristo no hubiera sido provechoso para nadie en caso de haber sido oculto para todos. Pero convenía que el nacimiento de Cristo fuese provechoso; de lo contrario, hubiera nacido inútilmente. Luego parece que el nacimiento de Cristo debió ser manifestado a algunos.

Respondo: Como escribe el Apóstol en Rom 13,1, *las cosas que provienen de Dios están ordenadas*. Y pertenece al orden de la sabiduría divina que los dones de Dios y los secretos de su sabiduría no lleguen por igual a todos, sino que se dirijan inmediatamente a algunos y, por medio de ellos, se encaminen a los otros. Por lo que, respecto al misterio de la resurrección, se dice, en Act 10,40-41, *que Dios concedió a Cristo resucitado que se hiciese visible, no a todo el pueblo, sino a los testigos señalados de antemano por Dios.* Luego esto debió observarse también tocante a su nacimiento, para que

[45] Toda la obra aparece recogida en la web http://hjg.com.ar/sumat/index.html

Cristo no se manifestase a todos, sino a algunos, por los que pudiera llegar a los otros.

A las objeciones:

1. Como hubiera cedido en perjuicio de la salvación humana el que todos los hombres conociesen el nacimiento de Dios, así hubiera acontecido también en caso de no haber sido conocido por nadie. De uno y otro modo se destruye la fe, a saber: tanto si una cosa es enteramente manifiesta como si no es conocida por nadie, de quien pueda ser oído el testimonio, pues *la fe viene de la audición*, como se dice en Rom 10,17.

2. María y José debían ser instruidos sobre el nacimiento de Cristo antes de que se produjese, porque a ellos tocaba reverenciar al niño concebido en el seno, y servirle una vez que hubiera nacido. Pero su testimonio, al provenir de la familia, hubiera sido considerado como sospechoso en cuanto a la grandeza de Cristo. Y por eso debió ser manifestado a otros extraños, cuyo testimonio pudiera estar exento de sospecha.

3. La turbación que se siguió de la manifestación del nacimiento de Cristo era conveniente a tal nacimiento. Primero, porque con esto queda patente la dignidad celeste de Cristo. De donde dice Gregorio en una Homilía: *Nacido el Rey del cielo, se turba el rey de la tierra, porque, en efecto, la grandeza terrena queda confundida cuando se revela el señorío celestial.* Segundo, porque con esto se representaba la potestad judicial de Cristo. Por lo que dice Agustín en un Sermón sobre la Epifanía": *¿Qué será el tribunal del juez cuando la cuna del niño aterraba a los reyes soberbios?* Tercero, porque con esto se figuraba el aniquilamiento del reino del diablo, pues, como dice el papa León en un Sermón sobre la Epifanía, *no es tanto Herodes el que se turba en sí mismo cuanto el diablo en Herodes. Este le estimaba un hombre, mas el diablo lo tenía por Dios. Y ambos a dos temían al sucesor de su reino: el diablo, al sucesor celestial; Herodes, en cambio, al terrenal.* En vano, sin embargo, porque Cristo no había venido para tener un reino terreno en la tierra, como dice el papa León, hablando a Herodes: Tu palacio no es capaz de hospedar a Cristo, ni el Señor del mundo puede quedar satisfecho con la estrechez del poder de tu reino.

El que los judíos se turbasen, cuando más bien deberían alegrarse, se debe o a que, como dice el Crisóstomo, *los inicuos no podían alegrarse de la venida del justo*, o a que querían lisonjear a Herodes, a quien temían, porque *el pueblo halaga más de lo justo a aquellos cuya crueldad soporta.*

La muerte que los niños recibieron de Herodes no cedió en detrimento de los mismos, sino en su provecho. Dice Agustín en su Sermón sobre la *Epifanía: No quiera Dios que pensemos que Cristo, que vino a liberar a los*

hombres, no hiciese nada por el premio de los que eran muertos por su causa, El, que, colgado de la cruz oró por los que le mataban.

Parte III, cuestión 36, Artículo 3:

¿Estuvieron bien escogidos aquellos a los que fue manifestado el nacimiento de Cristo?

Objeciones por las que parece que no fueron debidamente elegidos aquellos a quienes fue manifestado el nacimiento de Cristo.

1. En Mt 10,5 ordenó el Señor a sus discípulos: *No vayáis a los gentiles*; sin duda para manifestarse a los judíos antes que a los gentiles. Luego parece que mucho menos debió darse a conocer desde el principio el nacimiento de Cristo a los gentiles, que *vinieron del oriente*, como se lee en Mt 2,1.

2. La revelación de la verdad divina debe hacerse principalmente a los amigos de Dios, conforme a aquellas palabras de Job 36,33: *Habla de (su obra) a su amigo*. Ahora bien, parece que los magos son enemigos de Dios, pues en Lev 19,31 se dice: *No acudáis a los magos ni preguntéis a los adivinos.* Luego el nacimiento de Cristo no debió ser revelado a los magos.

3. Cristo vino a liberar al mundo entero del poder del diablo, por lo que se dice en Mal 1,11: *Desde donde nace el sol hasta su ocaso, grande es mi nombre entre las naciones.* Luego no debió manifestarse solamente a los que habitan en el oriente, sino también a los que viven en todo el mundo.

4. Todos los sacramentos de la ley antigua eran figura de Cristo. Ahora bien, los sacramentos de la ley antigua eran administrados por ministerio de los sacerdotes legales. Luego parece que el nacimiento de Cristo más debió ser revelado a los sacerdotes en el templo que a los pastores en el campo (Lc 2,8).

5. Cristo nació de madre virgen, y él mismo era, cronológicamente, niño. Luego parece que hubiera sido más conveniente que se manifestase a los jóvenes y a las vírgenes que a los ancianos y casados, o a las viudas, como Simeón y Ana (Lc 2,25).

Contra esto: está que en Jn 13,18 se dice: *Yo sé bien a quiénes elegí*. Pero las cosas que se hacen según la sabiduría de Dios, se hacen adecuadamente. Luego fueron elegidos debidamente aquellos a quienes fue manifestado el nacimiento de Cristo.

Respondo: La salvación que Cristo iba a realizar pertenecía a toda la multiplicidad humana, pues, como se lee en Col 3,11, *en Cristo no hay varón y mujer, gentil y judío, esclavo y libre,* y así sucede con otras cosas por el estilo. Y, para que esto quedase prefigurado en el mismo nacimiento de Cristo, fue manifestado a hombres de toda condición. Porque, como dice Agustín en un Sermón sobre la *Epifanía, los pastores eran israelitas; los Magos, gentiles.*

Aquéllos estaban cerca, éstos vinieron de lejos. Unos y otros corrieron juntos como a su piedra angular. Hubo también entre ellos otra diferencia: los Magos fueron sabios y poderosos; los pastores, humildes y plebeyos. También se reveló a justos, tales Simeón y Ana, y a pecadores, a saber, los Magos. Se manifestó asimismo a hombres y mujeres, como Ana, para demostrar con ello que ninguna clase de hombres quedaba excluida de la salvación de Cristo.

A las objeciones:

1. La manifestación del nacimiento de Cristo fue una anticipación de la revelación plena que vendría luego. Y como en la segunda manifestación la gracia de Cristo fue anunciada por el propio Cristo y sus Apóstoles, primero a los judíos y luego a los gentiles, así también se acercaron a Cristo en primer lugar los pastores, que eran las primicias de los judíos, como los que vivían más cerca; y luego vinieron de lejos los Magos, que fueron *las primicias de los gentiles*, como dice Agustín.

2. Como expone Agustín en un Sermón sobre la Epifanía, como prevalece la impericia en la rusticidad de los pastores, así prevalece la impiedad en los sacrilegios de los magos. Sin embargo, Aquel que es la piedra angular consagró a sí mismo a unos y otros, porque vino a escoger lo necio para confundir a los sabios, y no a llamar a los justos, sino a los pecadores, afín de que ningún grande se ensoberbeciese y ningún débil se desesperase.

Sin embargo, algunos opinan que estos Magos no fueron hechiceros, sino sabios astrólogos, que entre los persas o los caldeos se llaman magos.

3. Como expone el Crisóstomo, los Magos vinieron del Oriente, porque de donde nace el día, de allí partió el principio de la fe, puesto que la fe es la luz de las almas. O porque cuantos vienen de Cristo, vienen de El y por El; de donde en Zac 6,12 se escribe: He aquí el varón, cuyo nombre es Oriente.

Se dice, a la letra, que vinieron del oriente, o porque procedían, según algunos, de las regiones extremas del oriente, o porque vinieron de algunas comarcas vecinas de los judíos, pero que están situadas al oriente del país de los judíos.

Sin embargo, también es creíble que apareciesen señales del nacimiento de Cristo en otras partes del mundo, como sucedió en Roma, donde manó aceite, o en España, donde aparecieron tres soles que, poco a poco, se convirtieron en uno solo.

4. Como expone el Crisóstomo, el ángel que anunció el nacimiento de Cristo no se dirigió a Jerusalén, ni fue en busca de los escribas y fariseos, porque estaban corrompidos y eran presa de la envidia. Los pastores, en cambio, eran sinceros y cultivaban el antiguo estilo de vida de los patriarcas y de Moisés.

Estos pastores anunciaban también a los doctores de la Iglesia, a los que son revelados los misterios de Cristo, que estaban ocultos para los judíos.

5. Como comenta Ambrosio, el nacimiento del Señor debió ser testificado no sólo por los pastores, sino también por los ancianos y por los justos, cuyo testimonio resultaba más creíble por su santidad.

Parte III, cuestión 36, Artículo 4:

¿Debió revelar su nacimiento el propio Cristo?

Objeciones por las que parece que el propio Cristo debió dar a conocer su nacimiento.

1. *La causa que actúa por sí misma es siempre más noble que la que obra movida por otro*, como se dice en el VIII Physic. Pero Cristo manifestó su nacimiento por medio de otros, a saber: a los pastores por medio de los ángeles, y a los Magos por la estrella. Luego con mayor razón debió revelar El mismo su nacimiento.

2. En Eclo 20,32 se dice: *Sabiduría oculta y tesoro escondido: ¿Qué provecho hay en los dos?* Ahora bien, Cristo, desde el principio de su concepción, poseyó en plenitud el tesoro de la sabiduría y de la gracia. Por consiguiente, de no haber manifestado esta plenitud con obras y palabras, la sabiduría y la gracia le hubieran sido dadas en vano. Lo cual resulta inconveniente, porque *Dios y la naturaleza no hacen nada en vano*, como se dice en el I De cáelo.

3. En el *Libro de Infantia Salvatoris* se lee que Cristo hizo muchos milagros en su niñez. Y así da la impresión de que el mismo dio a conocer su nacimiento.

Contra esto: está lo que dice el papa León: Los Magos encontraron un Niño Jesús que *en nada se diferenciaba de la generalidad de los niños*. Ahora bien, los otros niños no se dan a conocer por sí mismos. Luego tampoco convino que Cristo revelase por sí mismo su nacimiento.

Respondo: El nacimiento de Cristo estaba ordenado a la salvación de los hombres, que se consigue por medio de la fe. Pero la fe que salva, confiesa la divinidad y la humanidad de Cristo. Por consiguiente, era necesario que el nacimiento de Cristo fuese revelado de tal modo que la demostración de su divinidad no perjudicase la fe en su humanidad. Y esto sucedió al manifestar Cristo en sí mismo la semejanza de la flaqueza humana, y al demostrar, no obstante, el poder de su divinidad por medio de las criaturas de Dios. Y por eso Cristo no reveló por sí mismo su propio nacimiento, sino a través de sus criaturas.

A las objeciones:

1. En el terreno de la generación y el movimiento es necesario llegar a lo perfecto por medio de lo imperfecto. Y, por ese motivo, Cristo se manifestó primero por medio de otras criaturas, y después se reveló el mismo con una manifestación perfecta.

2. Aunque la sabiduría escondida resulte inútil, no toca, sin embargo, al sabio manifestarse en cualquier momento, sino en el tiempo oportuno, pues en Eclo 20,6 se dice: *Hay quien calla porque no tiene respuesta; y hay quien calla conociendo el tiempo oportuno.* Así pues, la sabiduría dada a Cristo no fue inútil, porque se manifestó a sí misma en el tiempo oportuno. Y el haber permanecido oculta el tiempo oportuno es señal de sabiduría.

3. El *Libro De Infantia Salvatoris* es apócrifo. Y el Crisóstomo, In loann., dice que Cristo no hizo milagros antes de convertir el agua en vino, conforme a lo que se lee en Jn 2,11: *Este fue el primero de los milagros de Jesús. Si hubiera hecho milagros en el principio de su vida, los israelitas no hubieran necesitado que lo manifestase otro*, cuando, sin embargo, Juan Bautista dice en Jn 1,31: *Para que sea manifestado a Israel, por eso he venido yo a bautizar con agua. Justificadamente, pues, no comentó a hacer milagros en los albores de su vida. Hubieran tomado su encarnación por una fantasía, y le hubieran crucificado antes del tiempo oportuno, deshechos de envidia.*

Parte III, cuestión 36, Artículo 5:

¿El nacimiento de Cristo debió ser manifestado por los ángeles y por medio de la estrella?

Objeciones por las que parece que el nacimiento de Cristo no debió ser manifestado por los ángeles (Lc 2,8).

1. Los ángeles son sustancias espirituales, según palabras de Sal 103,4: *Que hace ángeles a sus espíritus.* Pero el nacimiento de Cristo acontecía según la carne, no según su sustancia espiritual. Luego no debió ser manifestado por los ángeles.

2. La afinidad de los justos con los ángeles es mayor que con cualesquiera otros seres, conforme a aquellas palabras de Sal 33,8: *El ángel del Señor acampa en torno a los que le temen, y los libra.* Ahora bien, a los justos, esto es, a Simeón y Ana, no les manifestaron los ángeles el nacimiento de Cristo. Luego tampoco debieron manifestarlo a los pastores.

3. Parece que ni a los Magos debió serles manifestado el nacimiento de Cristo por medio de la estrella (Mt 2,2.9), pues da la impresión de que eso sería ocasión de error para los que piensan que los astros se enseñorean del nacimiento de los hombres. Pero las ocasiones de pecar deben ser apartadas de los hombres. Luego no fue conveniente que el nacimiento de Cristo fuese revelado por medio de la estrella.

4. Para que algo sea manifestado por medio de un signo, éste debe ser cierto. Ahora bien, la estrella no parece que sea una señal segura del nacimiento de Cristo. Luego resulta incorrecto que el nacimiento de Cristo fuese manifestado por medio de una estrella.

Contra esto: está lo que se dice en Dt 32,4: *Las obras de Dios son perfectas.* Ahora bien, tal manifestación fue obra de Dios. Luego se realizó mediante señales oportunas.

Respondo: Como la demostración silogística se hace por medio de las nociones que son más conocidas de aquel a quien se trata de demostrar algo, así la manifestación que se realiza mediante señales debe hacerse por medio de las que son familiares a aquellos a quienes se orienta la manifestación. Pero es claro que a los justos les resulta familiar y habitual el ser instruidos por interior instinto del Espíritu Santo, a saber, por el espíritu de profecía, sin la demostración de signos sensibles. Mas otros, acostumbrados a las cosas corporales, son llevados mediante éstas a las espirituales. Los judíos estaban acostumbrados a recibir las instrucciones divinas por medio de ángeles, mediante los cuales también habían recibido la Ley, según aquellas palabras de Act 7,53: *Recibisteis la Ley por ministerio de los ángeles.* Los gentiles, en cambio, y sobre todo los astrólogos, estaban acostumbrados a contemplar el curso de las estrellas. Y por eso, a los justos, esto es, a Simeón y a Ana, les fue revelado el nacimiento de Cristo por interior instinto del Espíritu Santo, según el texto de Le 2,26: *Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no moriría antes de ver al Ungido del Señor.* Pero a los pastores y a los Magos, como dados a las cosas corporales, les fue manifestado el nacimiento de Cristo por medio de apariciones visibles. Y como el nacimiento no era puramente terrenal, sino en cierto modo celestial, por eso les fue revelado el nacimiento de Cristo a unos y otros mediante señales celestes, pues, como dice Agustín en su Sermón sobre la *Epifanía, los ángeles moran en los cielos, y los astros los hermosean; a unos y a otros cuentan los cielos la gloria de Dios.*

Con razón, pues, fue revelado el nacimiento de Cristo a los pastores por los ángeles, como a judíos, entre los cuales fueron frecuentes las apariciones angélicas; a los Magos, en cambio, como acostumbrados a la contemplación de los cuerpos celestes, fue manifestado mediante la señal de la estrella. Porque, como dice el Crisóstomo, *el Señor, condescendiendo con ellos, quiso llamarlos por medio de las cosas a que estaban habituados.* Hay todavía otra razón. Porque, como dice Gregorio, *a los judíos, como a seres que usan de la razón, debió predicarles un ser racional, esto es, un ángel. Los gentiles, en cambio, que no sabían servirse de la razón para conocer a Dios, son conducidos a El no por medio de la voz sino mediante señales. Y como los predicadores anunciaron a los gentiles un Señor que ya hablaba, así los*

elementos mudos lo predicaron cuando todavía no hablaba. Puede añadirse incluso una tercera razón. Porque, como expone Agustín en un Sermón sobre la *Epifanía, Abrahán tenía la promesa de una descendencia innumerable, que sería engendrada no por vía carnal, sino por la fecundidad de la fe. Y por eso fue comparada a la muchedumbre de las estrellas, con el fin de que surgiese la esperanza de una descendencia celestial.* Y por ese motivo los gentiles, *designados por las estrellas, son animados por la aparición de un nuevo astro* para que se lleguen a Cristo, por quien se convierten en descendencia de Abrahán.

A las objeciones:

1. Necesita de manifestación lo que de suyo es oculto, pero no lo que, por naturaleza, es manifiesto. Ahora bien, la carne del que acababa de nacer era manifiesta, mientras que su divinidad era oculta. Y por eso su nacimiento es manifestado convenientemente por los ángeles, que son ministros de Dios. Por lo que el ángel apareció también rodeado de claridad, para hacer ver que el que acababa de nacer era *el esplendor de la gloria del Padre* (cf. Heb 1,3).

2. Los justos no necesitaban de la aparición visible de los ángeles, sino que, por perfectos, tenían suficiente con el instinto interior del Espíritu Santo.

3. La estrella que reveló el nacimiento de Cristo eliminó toda ocasión de error. Como escribe Agustín en Contra Faustum, ninguna clase de astrólogos estableció el destino de los hombres que iban a nacer por las estrellas, de tal manera que aseverasen que, nacido un hombre, una estrella abandonase su curso y se dirigiese a aquel que había nacido, como sucedió con la estrella que manifestó el nacimiento de Cristo. Y por tanto, con esto no queda confirmado el error de quienes piensan que la suerte de los hombres que nacen está vinculada al orden de los astros, pero que no creen que el orden de los astros pueda alterarse con el nacimiento de un hombre.

Igualmente, como dice el Crisóstomo, no es misión de la astronomía conocer, por medio de las estrellas, a los que nacen, sino predecir las cosas futuras a partir de la hora del nacimiento. Y los Magos no conocieron el tiempo del nacimiento para que, partiendo de aquí, conociesen el futuro por el movimiento de las estrellas, sino que procedieron más bien al contrario.

4. Como cuenta el Crisóstomo, en algunos escritos apócrifos se lee que cierta nación que habita en el extremo oriente, junto al Océano, poseía un escrito, con el nombre de *Set*, que habla de esta estrella y de los dones que deben ser ofrecidos en esa línea. Ese pueblo vigilaba con diligencia el nacimiento de tal estrella mediante doce exploradores que, en determinadas estaciones del año, subían devotamente a una montaña. En ella vieron un día una estrella que contenía como la figura de un niño y sobre ella la imagen de una cruz.

Cabe decir también, como se expone en el libro De quaest. Nov. et Vet. Test., que los Magos seguían la tradición de Balaam, que anunció: Una estrella saldrá de Jacob (Núm 24,17). Por donde, al ver una estrella fuera de la disposición acostumbrada, interpretaron que era la predicha por Balaam como anunciadora del rey de los judíos.

O puede entenderse, como dice Agustín en un Sermón sobre la *Epifaníaz, que los Magos escucharon de los ángeles un aviso que revelaba* que la estrella anunciaba a Cristo recién nacido. Y parece probable que lo recibiesen *de los buenos, cuando ya buscaban su salvación en Cristo, a quien iban a adorar*.

O, finalmente, como dice el papa León en un Sermón sobre la Epifanía fuera de la figura que estimuló su mirada corporal, un rayo de verdad más brillante, que pertenecía a la iluminación de la fe, adoctrinó sus corazones.

Parte III, cuestión 36, Artículo 6:

¿El nacimiento de Cristo fue manifestado en el orden debido?

Objeciones por las que parece que el nacimiento de Cristo fue anunciado en un orden incorrecto.

1. El nacimiento de Cristo debió ser manifestado en primer lugar a los más allegados a Cristo, y a los que más le anhelaban, conforme a aquellas palabras de Sab 6,14: *Se adelanta a los que la desean, para manifestárseles.* Pero los justos eran los más allegados a Cristo por la fe, y eran los que más deseaban su venida, por lo que en Lc 2,25 se dice de Simeón que *era un hombre justo y temeroso de Dios, que esperaba la redención de Israel.* Luego el nacimiento de Cristo hubiera debido ser manifestado a Simeón antes que a los pastores y a los Magos.

2. Los Magos fueron *las primicias de la gentilidad* que había de creer en Cristo. Pero *la plenitud de los gentiles accede* primeramente a la fe, y después *será salvado todo Israel*, como se dice en Rom 11,25-26. Luego el nacimiento de Cristo debió ser manifestado antes a los Magos que a los pastores.

3. En Mt 2,16 se dice que Herodes mató a todos los niños que había en Belén y en sus contornos, de dos años para abajo, según el tiempo que había inquirido de los Magos. Y así da la impresión de que los Magos llegaron a Cristo a los dos años de su nacimiento. Por consiguiente, el nacimiento de Cristo fue manifestado a los gentiles de modo inadecuado después de tanto tiempo.

Contra esto: está lo que se dice en Dan 2,21: *El cambia los tiempos y los momentos.* Y así parece que el tiempo de la manifestación del nacimiento de Cristo fue dispuesto en el orden oportuno.

Respondo: El nacimiento de Cristo fue revelado primeramente a los pastores, el mismo día en que tuvo lugar. Como se dice en Lc 2,8.15.16, *había*

unos pastores en la misma región que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre sus rebaños. Y cuando los ángeles se apartaron de ellos yéndose al cielo, se decían unos a otros: Pasemos a Belén. Y vinieron corriendo. En segundo lugar llegaron a Cristo los Magos, el día trece de su nacimiento, día en que se celebra la fiesta de la Epifanía. Si hubieran venido pasados uno o dos años, no le hubieran encontrado en Belén, puesto que en Le 2,39 se dice que, *una vez que cumplieron todo conforme a la ley del Señor,* esto es, ofreciendo al Niño Jesús en el templo, *volvieron a Galilea, a su ciudad,* es decir, a *Nazaret.* En tercer lugar fue revelado a los justos en el templo, a los cuarenta días de haberse producido, como se lee en Lc 2,22.

La razón de este orden es que: Por los pastores están significados los Apóstoles y otros creyentes del pueblo judío, a quienes primero fue dada a conocer la fe de Cristo, (y) entre los cuales no hubo *muchos poderosos ni muchos nobles,* como se dice en 1 Cor 1,26. En segundo lugar, la fe de Cristo llegó a la plenitud de las naciones, prefigurada por los Magos. Y en tercer lugar llegó a la plenitud de los judíos, prefigurada por los justos. Por lo que también a éstos se les manifestó Cristo en el templo de los judíos.

A las objeciones:

1. Como declara el Apóstol en Rom 9,30-31, *Israel, siguiendo la ley de la justicia, no llegó a la ley de la justicia;* pero los gentiles, *que no buscaban la justicia,* se anticiparon en común a los judíos en la justicia de la fe. Y, en figura de esto, Simeón, *que esperaba la consolación de Israel,* conoció en último lugar a Cristo recién nacido; y le precedieron los Magos y los pastores, que no esperaban con tanto cuidado el nacimiento de Cristo.

2. Aunque la plenitud de los gentiles entró primero en la fe que la plenitud de los judíos, sin embargo, las primicias de los judíos se anticiparon en la fe a las primicias de los gentiles. Y por eso el nacimiento de Cristo fue revelado a los pastores antes que a los Magos.

3. Sobre la aparición de la estrella a los Magos hay dos opiniones. El Crisóstomo, en *Super Mt.*, y Agustín, en un Sermón sobre la *Epifanía*, dicen que la estrella se apareció a los Magos dos años antes del nacimiento de Cristo; y meditando primero y preparándose para el camino, llegaron a Cristo, desde las remotísimas tierras del oriente, el día trece después de su nacimiento. Por lo que también Herodes, inmediatamente después de la partida de los Magos, viéndose burlado por ellos, mandó matar a los niños de dos años para abajo, temiendo que Cristo hubiera nacido cuando apareció la estrella, de acuerdo con lo que había escuchado de los Magos.

Otros, en cambio, sostienen que la estrella se apareció en seguida de haber nacido Cristo y que los Magos, vista la estrella, emprendieron inmediatamente el camino, haciendo el larguísimo camino en trece días, en

parte llevados por la virtud divina, y en parte ayudados por la velocidad de sus dromedarios. Y esto lo digo en el caso de que viniesen de las partes extremas del oriente. Sin embargo, algunos dicen que vinieron de una región cercana, de donde fue Balaam, de cuya doctrina fueron ellos herederos. Y se dice que vinieron del oriente porque su tierra está situada al oriente del territorio de los judíos. Y de acuerdo con esto, Herodes no mató a los niños inmediatamente después de la partida de los Magos, sino pasados dos años. O porque se cuenta que, entre tanto, fue a Roma, donde había sido acusado; o porque, agitado por el terror de algunos peligros, desistió entre tanto de su preocupación por matar al niño. O porque pudo creer que los Magos, *engañados por una falsa visión de la estrella, después de no encontrar al que pensaron había nacido, sintieron vergüenza de volver a él*, como dice Agustín en su libro *De consensu Evangelist.*. Y por esto mató no sólo a los de dos años, sino también a los de menos, porque, como dice Agustín en un Sermón sobre los *Inocentes*, *temía que el niño a quien sirven las estrellas transformara su aspecto un poco por encima o por debajo de su edad.*

Parte III, cuestión 36, Artículo 7:

¿La estrella que se apareció a los Magos fue uno de los astros del cielo?

Objeciones por las que parece que la estrella que se apareció a los Magos fue uno de los astros del cielo.

1. Dice Agustín en un Sermón sobre la Epifanía: Mientras Dios está colgado de los pechos y soporta la envoltura de unos pobres pañales, de repente brilló en el cielo un nuevo astro. Luego fue una estrella del cielo la que se apareció a los Magos.

2. Dice Agustín en otro Sermón sobre la Epifanía: Cristo es revelado a los pastores por los ángeles, y a los Magos por medio de una estrella. A unos y otros habla la lengua de los cielos, porque había cesado la lengua de los profetas. Pero los ángeles que se aparecieron a los pastores fueron de verdad ángeles del cielo. Luego la estrella que se apareció a los Magos fue también verdaderamente un astro del cielo.

3. Las estrellas que no están en el cielo, sino en el aire, se llaman cometas, que no aparecen en el nacimiento de los reyes, siendo más bien señales de muerte. Pero aquella estrella indicaba el nacimiento de un Rey; por lo que dicen los Magos en Mt 2,2: *¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en oriente.* Luego parece que fue una de las estrellas del cielo.

Contra esto: está lo que dice Agustín en el libro Contra Faustum: No era una de las estrellas que desde el inicio de la creación guardan el orden de sus

recorridos bajo la ley del Creador; sino que, ante el nuevo parto de la Virgen, apareció una nueva estrella.

Respondo: Como expone el Crisóstomo en *Super Mt.*, la estrella que se apareció a los Magos no fue uno de los astros del cielo. Y esto es claro por muchas razones. Primero, porque ninguna otra estrella va por este camino, ya que ésta se desplazaba de norte a sur, pues ésta es la situación de Judea con relación a Persia, de donde vinieron los Magos.

Segundo, por el tiempo, puesto que se dejaba ver no sólo en la noche, sino también al mediodía. De esto no es capaz una estrella; y ni siquiera la luna.

Tercero, porque unas veces aparecía y otras se ocultaba. Cuando entraron en Jerusalén, se ocultó; luego, cuando dejaron a Herodes, volvió a aparecerse.

Cuarto, porque no se movía continuamente, sino que, cuando convenía que caminasen los Magos, ella se ponía en marcha; en cambio, cuando convenía que se detuviesen, también ella se detenía, como acontecía con la columna de nube en el desierto (Ex 40,34; Dt 1,33).

Quinto, porque no mostró el parto de la Virgen quedándose en lo alto, sino descendiendo a lo bajo. En Mt 2,9 se dice que *la estrella que habían visto en oriente los precedía, hasta que, llegando al sitio en que estaba el Niño, se detuvo.* De donde resulta claro que la expresión de los Magos: *Vimos su estrella en oriente,* no debe entenderse como si, estando ellos en el oriente, hubiese aparecido la estrella en Judea, sino como que ellos la vieron en oriente, precediéndoles a ellos hasta Judea (aunque algunos muestran sus dudas sobre esto). No hubiera podido señalar la casa con claridad de no haber estado próxima a la tierra. Y, como dice el propio Crisóstomo, este comportamiento no parece propio de una estrella, sino *de una potencia racional.* De donde *se saca la impresión de que esta estrella fue un poder invisible transformado en tal figura.*

Por lo que algunos sostienen que, como sobre el Señor bautizado descendió el Espíritu Santo en forma de paloma (cf. Mt 3,16; Me 1,10; Lc 3,22), así se apareció a los Magos en forma de estrella. Otros, en cambio, dicen que el ángel que se apareció a los pastores en forma humana (cf. Lc 2,9) se apareció a los Magos en figura de estrella. Sin embargo, parece más probable que fuese una estrella creada de nuevo, no en el cielo, sino en la atmósfera próxima a la tierra, y que se desplazaba a voluntad de Dios. Por lo que el papa León dice en un Sermón sobre la *Epifanía*: *En la región del Oriente se apareció a los tres Magos una estrella de claridad desconocida que, al ser más fulgurante y hermosa que los demás astros, atraía sobre sí los ojos y los corazones de los que la miraban, para que se advirtiese al punto que no era vano lo que tan insólito parecía.*

A las objeciones:

1. En la Sagrada Escritura, cielo a veces significa el aire, conforme a la expresión: *Las aves del cielo y los peces del mar* (Sal 8,9).

2. Los mismos ángeles del cielo tienen como ministerio propio descender hasta nosotros, *enviados para servirnos* (Heb 1,14). Pero las estrellas del cielo no cambian de sitio. Por lo que la razón no es análoga.

3. Como esta estrella no siguió el curso de las estrellas del cielo, así tampoco siguió el de los cometas, que no se dejan ver de día, ni cambian su recorrido normal. Y, sin embargo, el significado de los cometas no estaba ausente del todo. Porque el reino celeste de Cristo *pulverizó y aniquiló a todos los reinos de la tierra, y él subsistirá eternamente,* como se dice en Dan 2,44.

Parte III, cuestión 36, Artículo 8:

¿Vinieron convenientemente los Magos a adorar y venerar a Cristo?

Objeciones por las que parece que los Magos no vinieron convenientemente a adorar y venerar a Cristo.

1. A cada rey le es debida la reverencia por parte de sus súbditos. Pero los Magos no pertenecían al reino de los judíos. Luego, al conocer por la visión de la estrella que el nacido era el *rey de los judíos,* parece que su venida para adorarle no fue oportuna.

2. Cuando vive un rey, parece una necedad anunciar a otro extranjero. Ahora bien, en el reino judío reinaba Herodes. Luego los Magos se comportaron neciamente cuando anunciaron el nacimiento de un rey.

3. Una señal celestial es más segura que una humana. Pero los Magos habían venido a Judea desde el oriente guiados por una señal celestial. Luego procedieron neciamente cuando, además de la señal de la estrella, buscaron una señal humana, preguntando: *¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer?* (Mt 2,2).

4. La ofrenda de dones y la reverencia de la sumisión no se debe más que a los reyes que están ya reinando. Ahora bien, los Magos no encontraron un Cristo resplandeciente con la dignidad regia. Luego le ofrendaron los dones y la reverencia regia indebidamente.

Contra esto: está lo que se dice en Is 60,3: *Andarán las gentes a tu luz y los reyes al fulgor de tu aurora.* Pero los que son guiados por la luz divina no yerran. Luego los Magos rindieron reverencia a Cristo sin error de ninguna clase.

Respondo: Como queda expuesto, los Magos son *las primicias de las naciones* que creen en Cristo, en medio de las cuales apareció, como en un presagio, la fe y la devoción de las gentes que vienen a Cristo de lejos. Y por eso, como la devoción y la fe de las gentes está exenta de error por la

inspiración del Espíritu Santo, así también es preciso creer que los Magos, inspirados por el Espíritu Santo, manifestaron prudentemente su reverencia a Cristo.

A las objeciones:

1. Como expone Agustín en un Sermón sobre la Epifanía, habiendo nacido y muerto muchos reyes de los judíos, los Magos no buscaron a ninguno de ellos para adorarlo. Así pues, no es a un rey de los judíos como los que entonces solía haber al que los extranjeros, venidos de lejanas tierras, y enteramente extraños, pensaban rendir este homenaje tan excepcional. Sino que llegaron a conocer que el recién nacido era de tal categoría que no dudaron lo más mínimo de que, adorándole, habían de conseguir la salvación que se produce conforme a los planes de Dios.

2. Mediante aquel anuncio de los Magos quedaba prefigurada la constancia de los gentiles confesando a Cristo hasta la muerte. Por lo cual dice el Crisóstomo en *Super Mt.*: *Al mirar con atención al Rey futuro, no temían al rey presente. Todavía no habían visto a Cristo, y ya estaban dispuestos a morir por El.*

3. Como explica Agustín en un Sermón sobre la Epifanía, la estrella que condujo a los Magos hasta el lugar en que estaba el Dios Niño con su madre virgen podía llevarlos a la ciudad de Belén, en la que nació Cristo. Sin embargo, se ocultó hasta que los judíos testificaron acerca de la ciudad en que nacería Cristo, para que así, ratificados por un doble testimonio, como dice el papa León, deseasen con fe más ardiente al que manifestaban el resplandor de la estrella y la autoridad de la profecía. Así, ellos mismos anuncian el nacimiento de Cristo, y preguntan por el lugar, creen e inquieren, como significando a los que caminan en la fe y desean la visión, según dice Agustín en otro Sermón sobre la Epifanía. Los judíos, en cambio, al indicarles el lugar del nacimiento de Cristo, se hicieron semejantes a los constructores del arca de Noé, que proporcionaron a otros el medio para escaparse, mientras que ellos perecieron en el diluvio. Los que inquirían oyeron y se fueron; pero los doctores respondieron y se quedaron, semejantes a las piedras miliarias, que señalan el camino y no andan. Y también por disposición divina sucedió que, oculta la estrella a su vista, los Magos, movidos por instinto humano, se dirigiesen a Jerusalén, buscando en la ciudad regia al recién nacido, para que en Jerusalén se anunciase públicamente por primera vez el nacimiento de Cristo, de acuerdo con las palabras de Is 2,3: De Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor; y para que también con la diligencia de los Magos, que venían de lejos, quedase condenada la pereza de los judíos, que habitaban cerca.

4. Como comenta el Crisóstomo en Super Mt., si los Magos hubieran venido en busca de un rey terrenal, hubieran quedado confusos por haber acometido sin causa el trabajo de un camino tan largo. Por lo cual, ni hubieran adorado, ni hubieran ofrecido regalos. Pero, como buscaban a un rey celestial, aunque no vieron en él nada de la majestad real, le adoraron, no obstante, satisfechos con sólo el testimonio de la estrella. Ven a un hombre, pero reconocen a Dios en él. Y le ofrecieron regalos conformes con la dignidad de Cristo: Oro, como a un gran rey; incienso, empleado en el sacrificio sagrado, como a Dios; mirra, con la que se embalsaman los cuerpos de los muertos, como a quien había de morir por la salvación de todos. Y, como añade Gregorio, se nos instruye para que ofrezcamos al Rey recién nacido el oro, que significa la sabiduría, resplandeciendo ante su mirada con la luz de la sabiduría; el incienso, mediante el cual se expresa la devoción de la oración, lo ofrecemos a Dios, si somos capaces de exhalar el perfume de Dios, mediante el ardor de la oración; la mirra, que significa la mortificación de la carne, la ofrecemos si mortificamos los vicios de la carne por medio de la abstinencia.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

30 Fray Santiago de la Vorágine o Varazze

La Leyenda Dorada, capítulo XIV: La Epifanía del Señor[46]

Cuatro nombres tiene esta festividad, correspondientes respectivamente a los cuatro hechos maravillosos que en ella se conmemoran, a saber: la adoración de Jesús por lo Magos, el bautismo que San Juan administró al Señor, la conversión por Cristo del agua en vino, y el milagro que el mimo Cristo realizó para alimentar con cinco panes a cinco mil hombres.

Cuando Jesús tenía trece días, llegaron hasta él unos magos, guiados por una estrella. De *epi* (sobre) y de *phanos* (aparición), ha resultado, *Epifanía*, nombre dado a esta fiesta, para significar con él que una nueva estrella apareció en lo alto del cielo y que a través de ella, Jesucristo se manifestó como verdadero Dios a los magos.

Veintinueve años después de este hecho, y en la misma fecha en que los Magos adoraron a Jesús, éste fue bautizado en el Jordán. San Lucas dice que cuando Cristo fue bautizado tenía treinta años; y dice bien, porque cuando esto ocurrió ya hacía trece días que Jesús había cumplido los veintinueve y, por tanto, se hallaba en el año treinta de su vida y, como advierte Beda, eso equivalía a estar ya plenamente inmerso en el año trigésimo de edad, y por lo mismo en ese sentido debe entenderse lo que acerca de la edad de Cristo afirma la Iglesia Romana.

De *theos* (Dios) y *phanos* (aparición), proviene *Teofanía*, otro de los nombres dados a esta fiesta. Teofanía equivale a *aparición de Dios*. No olvidemos que en este día conmemoramos también el Bautismo del Señor y que, mientras Juan bautizaba a Jesús, mostróse toda la Trinidad: el Padre, a través de las palabras que durante el bautismo se oyeron; el Hijo, mediante la presencia física de Cristo, cuyo cuerpo estaba allí visible; y el Espíritu Santo, dejándose ver en forma de paloma.

Un año más tarde, en la misma fecha, cuando el Señor contaba ya treinta años y trece días, o treinta y un años, si adoptamos el otro modo de contar la edad, convirtió el agua en vino. Con este milagro manifestóse como verdadero Dios; y porque esta manifestación tuvo lugar en el interior de una casa y casa en hebreo se dice *beth*, de *beth* ha resultado el nombre de *Betania*, aplicado a esta solemnidad en recuerdo del tercer episodio que en ella se conmemora: la conversión milagrosa del agua en vino.

Según Beda, en opinión de algunos, y según el himno Iluninando el Altísimo («Illuminans Altissimus») que en el día de hoy se canta en muchas iglesias, un año más tarde, cuando Jesús contaba treinta y un años de edad y

[46] Macías, J.M. (trad.), 1987: Pp. 91-97.

trece días, o treinta y dos años, a tenor del cómputo que se adopte, alimentó a cinco mil hombres con cinco panes. En memoria de este milagro, recordado también en esta fiesta, se ha dado la misa un cuarto nombre: el de *Fagifania*, palabra derivada del vocablo griego *phage*, que significa *boca* y *comer*. Pero conviene advertir que no hay completa seguridad e que este cuarto episodio ocurriera precisamente en el mismo día que los otros; ni en el original de Beda, aunque algunos pretendan apoyarse en él, no se afirma nada de esto al respecto; ni tal hipótesis puede inferirse del relato de este milagro tal como se halla descrito por San Juan, porque lo que este evangelio dice en el capítulo sexto de su evangelio, al referirse al tiempo en que fue realizado, se reduce meramente a consignar que estaba ya próxima la fiesta de la Pascua. No obstante, es general la creencia de que estas cuatro manifestaciones de la divinidad de Cristo tuvieran lugar en el mismo día, aunque cada una de ellas en años diferentes, y por estos procedimientos. La primera, a través de una estrella situada sobre el pesebre; la segunda, mediante la voz del Padre en las cercanías del Jordán; la tercera, por la conversión del agua en vino, durante una comida; la cuarta, por la multiplicación de los panes en el desierto.

Como de las cuatro, la más directa y expresamente conmemorada en esta fiesta es la primera, de la primera exclusivamente trataremos.

Poco después del nacimiento del Señor, llegaron a Jerusalén tres magos, llamados en hebreo Apelio, Amerio y Damasco; en griego Gálgala, Malgalat y Sarathin; y en lengua latina, Gaspar, Balthasar y Melchor (Gaspar, Baltasar y Melchor).

La palabra *mago* significa tres cosas diferentes: ilusionista, hechicero maléfico y sabio. ¿Cuál de estas tres significaciones debemos atribuir a nuestros tres magos? Sobre esto hay tres opiniones. Según algunos intérpretes, estos tres hombres eran de hecho tres reyes aficionados a la práctica del ilusionismo; por eso, con sus trucos y astucia, consiguieron engañar a Herodes y, en vez de regresar por Jerusalén hacia su tierra, como con él habían convenido, lo hicieron por otro sitio. Quienes sostiene esta hipótesis invocan a favor de la misma este texto del Evangelio: *«Viendo Herodes que había sido engañado por los magos…etc.*». Otros estiman que eran hechiceros, al estilo de los encantadores que servían al Faraón ejerciendo la magia para causar con ella maleficios. El Crisóstomo es uno de los que opinan de esta manera. Según este santo doctor, Cristo quiso convertir a estos magos, y mediante la revelación de su nacimiento los apartó de sus malas artes, y los santificó para que su conversión sirviera de ejemplo y de motivo de esperanza a los pecadores de cualquier género. Otros, finalmente, suponen que eran tres sabios, llamados magos, no porque practicaran la hechicería ni el ilusionismo, sino porque en su tierra de origen la palabra *mago* se usaba para designar a las

personas de ciencia, y equivalía a la voz *escriba* de los hebreos, a la de *filósofo* de los griegos y a la de *sabio* de los latinos. Por tanto, en opinión de estos intérpretes, el calificativo de *magos* dado por la Escritura a estos tres hombres ha de entenderse en el sentido de que se trataba de tres sabios, de tres personajes eminentes por su sabiduría.

Estos tres hombres eran, pues, tres reyes muy sabios, y llegaron a Jerusalén, no solos, sino en compañía de sus escoltas y séquitos.

Pero, ¿cómo es que los Magos fueron a Jerusalén, si allí no se encontraba el Niño?

Cuatro respuestas da Remigio a esta cuestión.

Primera: Los Magos sabían que Cristo había nacido, más no dónde; y como Jerusalén era la capital del reino de los judíos y lugar de residencia del sumo sacerdote, pensaron que un niño tan importante acaso hubiese venido al mundo en la más importante ciudad de Judea.

Segunda: Porque, en el supuesto de que no hubiese nacido en Jerusalén, en esta ciudad, capital del reino, los escribas y doctores de la ley que en ella vivían, podrían informarlos sobre el particular.

Tercera: Porque así lo dispuso Dios para quitar a los judíos toda ocasión de pretextos y excusas, puesto que si decían a los Magos que, en efecto, sabían donde el Niño había de nacer, pero no cuándo, los Magos les dirían a ellos que el nacimiento ya se había producido; y si, después de enterarse de que el Niño ya estaba nacido, sabedores del lugar, no acudían prestamente a rendirle adoración, no podrían invocar en defensa de su desidia, que ignoraban el hecho de su nacimiento.

Cuarta: Para que, en contraste con la diligencia de los Magos, se pusiese de manifestó la indolencia y frialdad de los judíos en relación con el nacimiento del Mesías. Un solo signo profético bastó para que aquéllos al instante se movilizaran; en cambio, éstos, a pesar de los numerosos vaticinios que se les habían hecho, permanecían tan tranquilos. Desplazáronse los Magos desde sus lejanas tierras, buscando afanosamente a un rey extraño; en cambio, los judíos, no se movieron dentro de su propia nación, ni dieron un paso para acercarse a su propio Rey.

Comúnmente se cree que los Magos eran descendientes de Balaam y que conocían esta profecía hecha por su antepasado: *«De Jacob nacerá una estrella; un hombre procederá de Israel, etc.»*.

A las cuatro respuestas procedentes sobre la cuestión de la venida de los Magos a Jerusalén, el Crisóstomo, en su comentario al Evangelio de san Mateo, añade otra. Dice este santo doctor lo siguiente: «Según una tradición antigua, un grupo de astrólogos, dedicados a descubrir el futuro a través de las estrellas, acordaron nombrar una comisión formada por doce de ellos para que

los mientras de la misma observasen permanentemente el cielo, hasta que descubriesen la aparición de la estrella de que había hablado Balaam; si morían estos astrólogos, deberían ser reemplazados por alguno de sus hijos, y éstos por otros descendientes suyos. Todos los años, cada año en un mes distinto, siguiendo en la ordenación de los meses en ciclo rotativo, subían los doce de la comisión al monte de la Victoria y permanecían en su cima tres días consecutivos haciendo abluciones y pidiendo a Dios que les mostrara la estrella cuya aparición había sido vaticinada por el profeta. En una de aquellas ocasiones, precisamente el mismo día en que nació el Señor, cuando estaban entregados a estas prácticas de oración, vieron un astro que por encima del monte avanzaba hacia ellos, y quedaron sumamente sorprendidos al advertir que, al aproximase al sitio en que se encontraban, la estrella se transformaba en la cara de un niño hermosísimo con una cruz brillante sobre su cabeza; su sorpresa fue aún mayor al oír que la estrella hablaba con ellos y les decía: Id prontamente a la tierra de Judá, allí encontrareis ya nacido al Rey a quien buscáis. Los astrólogos, obedientes a este mandato, inmediatamente se pusieron en camino hacia el país que la misteriosa estrella les había indicado».

¿Cómo los Magos, en tan solo trece días pudieron recorrer la distancia existente entre su tierra, que pertenecía al lejano Oriente, y la ciudad de Jerusalén, situada en el vulgarmente llamado obligo del mundo? Dos respuestas podemos dar a esta pregunta: una, la que a ella da el criado Remigio: Porque así pudo hacer que ocurriera aquel Niño omnipotente a quien deseaban ver cuanto antes. Otra: No olvidemos que los Magos hicieron su viaje en dromedarios, como se infiere en un texto profético de Jeremías, ni que los dromedarios son animales tan sumamente veloces que son capaces de recorrer en una jornada lo que un caballo recorre en tres. Por eso se llaman dromedarios, palabra derivada de *dromos*, que significa carrera, pujanza y fuerza.

«Llegados los Magos a Jerusalén, preguntaron a la gente por el Niño recién nacido».

Obsérvese que preguntaron, no si había nacido ya, que de eso estaban ellos seguros, sino donde estaba. Pero como acaso algunos les replicasen que en qué se fundaban para afirmar con tanta seguridad que el Mesías ya había nacido, les respondieron: *«Hemos visto en Oriente su estrella y venimos a adorarle»*.

Esta respuesta puede interpretarse de una de estas dos maneras: Primera. «Estando nosotros en Oriente, vimos situada sobre Judea la estrella que según los anuncios aparecería tan pronto como naciera». Segunda. «Estado nosotros en nuestra tierra, vimos su estrella situada hacia el Oriente».

Remigio, en su comentario, advierte que los Magos, a través de las palabras que utilizaron para preguntar a la gente por el Niño, dieron a entender suficientemente que tenían a tal Niño pro verdadero hombre, por verdadero Rey y por verdadero Dios. Al preguntar *«¿dónde está el que ha nacido?»*, pusieron de manifiesto que lo tenían pro *verdadero hombre*; al añadir *«rey de los judíos»*, declararon que lo tenían por *verdadero Rey*; y al manifestar que venían a *rendirle adoración*, manifestaron igualmente que lo tenían por *verdadero Dios*, ya que teóricamente todo el mundo admitía que solo Dios merece y debe ser adorado.

«Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y con él toda la ciudad de Jerusalén».

Turbóse Herodes por más motivos: la glosa por estas palabras: «Alegrase con regocijo grande quien se alegra en Dios, que es fuente de gozos verdaderos. El regocijo fundado en Dios es siempre grande, porque grande es todo cuanto en Dios se funda; pero en toda magnitud, y también en la del júbilo, caben diferentes grados: por eso, el gozo de los Magos, al ver a Cristo, fue no solo grande, sino grandiosísimo.

También cabe decir que el evangelista consignara la gradación creciente en el gozo de los Magos para darnos a entender que los hombres experimentan mayor alegría por la recuperación de las cosas perdidas que por la posesión de las que siempre han tenido.

Una vez dentro de la humilde morada en la que hallaron al Niño con su Madre, los Magos se arrodillaron y ofrecieron al Señor cada uno de ellos estos tres dones: oro, incienso y mirra. A propósito de esto exclama Agustín: «¡Oh! …¿Quién es esa pequeña criatura para que los astros se sometan a ella?¡Qué inmensa su grandeza y cuán grande soberana su gloria, puesto que ante sus pañales prostérnanse los ángeles, obedecen las estrellas, tiemblan los reyes y se arrodillan los sabios de la tierra!¡ Oh dichoso tugurio, convertido en sucursal del cielo y morada de Dios, alumbrado, a falta de lámpara, por una estrella! ¡Oh palacio celestial que sirves de residencia no a un monarca enjoyado sino al propio Dios hecho hombre!¡ En vez de lechos floridos, mullidos y blandos, tienes duros pesebres! ¡En lugar de ricos artesonados, tu techumbre, hecha de cañas, hállase ennegrecida de hollín, sin otros adornos que el de la estrella! ¡Veo los pañales, miro al cielo y me sobrecojo de estupor! ¡Confundido y sofocado me siento cuando veo acostado sobre la paja del pesebre, como si fuera un mendigo, al que tiene más lustre y brillo que los astros!».

San Bernardo, a su vez, comenta: «¿Qué hacéis, Magos? ¿Qué hacéis? ¿Cómo es que estáis adorando a un niño de pecho, envuelto en pobres pañales y alojado en tan vil tugurio? ¿No será que ese Niño es Dios? ¿Qué es lo que

hacéis? ¿Por qué le ofrecéis oro? ¿Será que ese Niño es Rey? Pero, en ese caso, ¿dónde están su real palacio, el trono, los cortesanos y toda la servidumbre de la regia curia? ¿Es que tiene, tal vez, por alcázar una tenada y por trono un pesebre y por comitiva a José y a María? A cualquiera hubiera podido parecer que los Magos se comportaban como mentecatos; y, sin embargo, estaban realmente obrando con profunda sabiduría».

Jerónimo, en el libro sobre la Trinidad dice: «Pare un virgen, y la criatura que trae al mundo es el Hijo de Dios. Oyense al mismo tiempo los vagidos del pequeño y los cánticos laudatorios de los ángeles. El Niño es humano; acaso ensucie los pañales; pero en cuanto Dios, es adorado; la altísima dignidad del infante no padece menoscabo porque se ponga de manifiesto la humildad de su verdadera condición humana; al contrario: de ese modo se demuestra como en el Niño Jesús coexistieron las debilidades y limitaciones de su humanidad y las grandezas y sublimidades de su naturaleza divina».

El mismo santo, cimentando la carta a los Hebreos, escribe: «Contempla la cuna de Cristo, y eleva al mismo tiempo tus ojos al cielo. ¿Qué adviertes? Que el Niño está llorando, mientras que los ángeles cantan; que Herodes lo persigue, en tanto que los Magos lo adoran; que los fariseos pretenden ignorar su existencia, pero la estrella proclama su nacimiento; que recibe el bautismo de manos de un inferior a Él, mas en las alturas resuena la voz de Dios; que se sumergen en las aguas, pero sobre Él desciende una paloma, p mejor dicho en Espíritu Santo en forma de paloma.»

De entre las muchas razones que movieron a los Magos a ofrecer al Niño, precisamente, las tres clases de presentes mencionados señalaremos cinco:

Primera. Era costumbre universalmente extendida por los pueblos antiguos que nadie compareciese ante Dios o ante el rey con las manos vacías. En semejantes ocasiones, los persas y caldeos solían regalar a sus monarcas y dioses esas tres cosas y, según la *Historia Escolástica*, los Magos eran naturales de una región existente entre Persia y Caldes, llamada Sabea, nombre derivado del río Saba, que pasa por ella, esta primera razón la hemos tomado de Remigio.

Segunda. dice san Bernardo que los Magos ofrendaron a Cristo oro, para socorrer la pobreza de la Virgen Santísima; incienso, para contrarrestas el mal olor que había en el establo; y mirra, para ungir con ella al Niño, fortalecer sus miembros e impedir que se acercaran a él parásitos e insectos.

Tercera. Porque como el oro se usaba para pagar los tributos, el incienso para los sacrificios y la mirra para ungir a los muertos, los Magos, ofreciendo al Señor estas tres cosas, proclamaron que en aquel Niño coexistían la regia potestad, la majestad divina y la naturaleza humana mortal.

Cuarta. Porque quisieron darnos a entender con el oro, que significa amor, con el incienso, que significa adoración y con la mirra, que significa mortificación, que también nosotros debemos ofrendar a Dios amor, adoración y la mortificación de nuestros sentidos.

Quinta. Porque a través de estos tres presentes reconocían las tres realidades que coexistían en el Niño Jesús: su preciosísima divinidad, su alma santísima y su cuerpo puro e inmaculado. Estas tres realidades ya habían sido con mucha antelación simbolizadas por las tres cosas que se guardaron en el Arca: la vara, las tablas y el maná. La vara, que floreció representaba al cuerpo de Cristo, que resucitó; «*refloreció mi carne*», dice a este respeto el salmista. Las tablas de la Ley significaban su alma, en la que estaban encerrados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios. El maná simbolizaba su divinidad, asiento de todos los sabores y de todas las suavidades. De modo parecido el oro, que es el más precioso de los metales, significó su divinidad preciosísima; el incienso, con sus connotaciones de oración y piedad, simbolizó su devotísima alma, como se infiere de este texto del salmista: «*Suba mi alma hacia ti, como columna de incienso*»; la mirra, que preserva de la corrupción, representó la pureza de su cuerpo.

«Advertidos los Magos en sueños de no volver a Herodes, tornáronse a su tierra por otro camino».

He aquí, en síntesis, las maravillas que acaecieron en aquel fecundo viaje de los Magos: Vinieron de su país guiados por una estrella; a través de los hombres, y sobre todo por el conocimiento que adquirieron de los vaticinios de los profetas, se enteraron de muchas cosas; regresaron a su lugar de origen conducidos por un ángel; finamente, enriquecidos con la fe en Jesucristo, descansaron en la paz del Señor.

Sus cuerpos estuvieron sepultados durante algún tiempo en una iglesia de Milán que actualmente pertenece a los religiosos de la Orden de los Predicadores, pero después fueron trasladados a Colonia donde al presente reposan. Antiguamente habían estado en otros sitios: Santa Elena, madre de Constantino, se apoderó de ellos, los llevó a Constantinopla; de Constantinopla fueron trasladados a Milán por el obispo san Eustorgio; finalmente, el emperador Enrique, enseguida de incorporar Milán a su imperio, llevólos a Colonia, y en esta ciudad, a orillas del Rin permanecen actualmente, siendo objeto de reverencia y devoción del pueblo.

31 Pseudo-Buenaventura[47]

Meditationes de Vita Christi, capítulo IX:

A los trece días de su nacimiento se manifestó, el Niño Jesús à los gentiles en persona de los Magos. Considera bien la grandeza de este día, porque apenas hallarás fiesta alguna tan solemnizada por la Iglesia y tan enriquecida en antífonas, responsorios, sentencias y otras circunstancias pertenecientes à solemnizarla, como ésta; no porque sea la mayor de todas, sino porque en este día hizo nuestro Señor Jesucristo muchas y grandes cosas pertenecientes especialmente á la misma Iglesia.

En primer lugar, hoy ha sido recibida la Iglesia por Jesús en la persona de los Magos, que eran gentiles, porque la Iglesia fue formada de gentiles. En el día de su nacimiento apareció á los judíos, excepto unos pocos, no le reconocieron ni recibieron su doctrina; mas hoy se manifiesta á los gentiles, y la congregación de éstos es la Iglesia de los escogidos, por lo cual la fiesta de hoy es con propiedad la gran festividad de la Iglesia y de los fieles cristianos.

En segundo lugar, se desposó Jesús y unió verdaderamente con su Iglesia por el bautismo, que en este día recibió, cuando ya tenía veintinueve años, y por eso canta gozosa la Iglesia: *Hodie coelesti sponso juncta est Ecclesia*, etc.: *hoy se unió la Iglesia à su celestial esposo*. En el bautismo de desposan con Cristo nuestras almas, pues de aquel su bautismo recibe el nuestro la virtud, siendo así la Iglesia la congregación de los fieles bautizados.

En tercer lugar, también en este día, conviene á saber, un año después de su bautismo, hizo su primer milagro, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná, lo cual también puede aplicarse á los espirituales desposorios de Cristo con su Iglesia. Parece que en este mismo día hizo años después aquel estupendo milagro de la multiplicación de los panes y los peces; más de este último suceso no hace hoy mención la Iglesia, como de los tres primeros. Mira, pues, cuán venerable es este día, elegido por el Señor para tantas y tan magníficas y admirables obras. Por tanto, considerando la Iglesia tan grandes beneficios recibidos de su Esposo y queriendo manifestar su agradecimiento, se alegra, se llena de júbilo y regocijo, y solemniza este día en gran manera.

Hablemos ahora del primero de estos misterios, pues de los otros hablaremos adelante, siguiendo el orden de la vida del mismo Jesucristo. Y aun de este misterio, de la venida de los Magos á adorar á Cristo, no es mi intención hacer exposiciones, ni sacar moralidades, que tan diligentemente nos transmitieron los santos antiguos. De qué modo, pues, vinieron los Magos del Oriente á Jerusalén, y lo que pasó entre ellos y Herodes, y como los

[47] Pp. 43-48

condujo una estrella, por qué hicieron aquella ofrenda al Señor, y otras muchas cosas como éstas, las sabrás leyendo el texto del Evangelio y las exposiciones de los Santos. Yo, en este misterio, como en todos los otros de la vida de Cristo, intento solamente, como al principio te he advertido, *tocar algunas meditaciones según ciertas representaciones imaginarias que el alma puede de diversos modos percibir, según que fueron hechas por el Señor, ó se puede creer que así lo fuesen*. En cuanto á hacer exposiciones, he pensado entrometerme raras veces, ya porque soy insuficiente para ello, ya también porque sería materia demasiado larga. En el presente misterio quiero que te haya, *como si estuvieras presente y mires bien cada una de las cosas que suceden*, porque, como en otros lugares te he dicho, *en esto consiste toda la eficacia de estas meditaciones.*

Llegaron, pues, aquellos tres Reyes con numerosa y noble comitiva, y se presentaron delante de aquella choza en la que había nacido Jesús nuestro Señor. La Señora siente el ruido y tumulto de los que se acercan, y toma al Niño en sus brazos; entran ellos en el establo, se arrodillan y adoran al Niño Jesús con reverencia, le dan los honores como á Rey y le adoran como á Señor. Admira aquí la grandeza de su fe. Porque ¿cómo podía creerse que aquel niñito tan vilmente vestido, en brazos de una madre tan pobrecita y en un lugar tan despreciable, sin compañía, sin servidumbre ó familia, sin ornato alguno, era, no obstante, verdadero Rey y verdadero Dios? Y, sin embargo, ¡creyeron ambas cosas! ¡Tan grandes capitanes, tan bellas primicias debió tener nuestra fe!. Míralos cómo están arrodillados ante Jesús; mira cómo hablan con la Señora, ya por intérprete, ya por sí mismos; porque, como eran sabios no ignorarían la lengua hebrea. Luego preguntan á nuestra Señora sobre las circunstancias y atributos de este Niño. Satisface ella á sus preguntas, y ellos creen todo lo que les cuenta; mita bien con qué respeto y urbanidad le hablan y escuchan, y mira también cómo nuestra Señora, que ni desea hablar ni ser vista, con virginal rubor en sus palabras, con sus ojos en tierra y con su rostro vergonzoso les responde. Para lo cual la confortó el Señor, por cuanto aquellos Reyes representaban la Iglesia universal, que había de ser formada de los gentiles. Mira también al Niño Jesús; aún no habla, pero está con madurez y gravedad, como quine lo entiende todo, y los mir benignamente, y los Magos de deleitan mucho en El, ya mirándole con la vista intelectual, como que estaban enseñados é iluminados interiormente por el mismo Jesús, ya también mirándole con la vista corporal, porque *era hermoso sobre todos los hijos de los hombres*. Finalmente, llenos de gran consuelo, le ofrecieron oro, incienso y mirra, abriendo sus tesoros y poniendo ante los pies del Señor alguna alfombra, le dieron aquellos tres dones en gran cantidad, especialmente de oro, pues para poco no fuera necesario abrir los tesoros y lo hubieran tenido á mano

de cualquiera de sus ministros. Y entonces besaron los pies del Niño con reverencia y devoción. ¿Y qué sería si el sapientísimo Niño, á fin de consolarlos más y fortalecerlos en su amor, les diera a besar su mano?… También los santiguó y dio su bendición. Ellos, haciendo una profunda inclinación, de despidieron, y con grande gozo se retiraron, y *volvieron á su tierra por diferente camino del que habían venido.* ¿Y qué piensas se hizo de este oro, que era de tan gran valor? ¿por ventura la Señora lo reservó para sí, ó compró con él casas, campos ó viñas? De ningún modo; no se cuidaba de tales cosas la que tanto amaba la pobreza, pues teniendo nuestra Señora tan grande amor á esta virtud y conociendo la virtud del hijo, que la enseñaba, ya exteriormente con ciertos ademanes, porque quizá apartaba el rostro del oro y le despreciaba; por eso, en pocos días lo distribuyó toso á los pobres. Ciento que era para ella carga pesada tenerlo en su poder ó tarda en darlo, por lo cual, de tal modo se desprendió de él, que cuando se presentó en el templo, no tuvo con qué comprar un cordero para ofrecer por el Hijo, sino que compró unas tórtolas ó palominos. De donde razonablemente de puede creer que fué grande la ofrenda de los Magos y que nuestra Señora, celosa de la danta pobreza y llena de caridad, lo dio a los pobres.

Ves aquí la alabanza de la pobreza que se deja ver en dos cosas. La primera, en que hoy el Niño Jesús y su madre recibieron limosna, como pobres; la segunda, en que no sólo no se cuidaban de adquirir o atesorar, sino que aun las cosas que les daban no las querían retener, porque siempre crecía en ellos el amor de la pobreza. Y ¿no has observado, por ventura, algo referente á la santa humildad? Pues si bien se mira, también se advierte aquí esta virtud, y muy profunda. Porque hay algunos que tienen por viles y despreciables, y no se engríen en sus propios ojos; pero no quieren parecer tales á los ojos de los demás, ni sufren ser despreciados. Mas no lo hizo hoy así el Niño Jesús, el Señor de todos, que no sólo á los suyos y de su familia, y no sólo a los pequeños, y á pocos, sino á los grandes , y á muchos, conviene á saber; á los reyes y á su numerosa comitiva, quiso que fuesen patentes su abatimiento y pobreza; y esto en una ocasión y tiempo en que había mucho que temer; pues como los reyes viniesen a buscar al Rey de los judíos , del cual también pensaban que era Dios, pudieran dudar, vista su pobreza y abatimiento, y teniéndose por engañados, volverse sin fe y devoción. Mas no lo permitió el amador de la humildad, y de que aprendamos también á querer parecer viles y despreciables á los ojos de los demás.

32 *Historia de los Reyes Magos,* manuscrito 2037 de la Universidad de Salamanca

Capítulo VII: Donde comienza la historia de los Reyes Magos y como tentó Satanás a Gaspar y de su respuesta[48]

Vengamos al propósito, es de saber, que como los sabios reyes, de quien es dicho, continuamente estudiaban en examinar o saber los secretos de los movimientos de los cielos, que en el mismo instante que fue parecida la estrella luego fue conocido su misterio de ella por todos los tres reyes, cada uno donde estaba, y desde sus reinos cada uno se deliberó de se ir a juntar con los otros dos para que juntamente comunicasen o acordasen lo que debían hacer. Y luego prestamente se movieron con sus dones que querían ofrecer, que el Espíritu Santo inspiró en ellos su gracia para comenzar a profetizar y para hacer y decir lo que hasta entonces no sabían. Y yendo cada uno de ellos a buscar a los otros, el enemigo Satanás tentador de los justos los visitó con engañosas y diabólicas tentaciones mostrándoseles en diversas formas.

Y primeramente tentó a Gaspar pareciéndole que era un gran sabio filósofo o asi mágico como él diciéndole así: Verdad es sabio rey virtuoso que aquella maravillosa señal que es parecida demuestra ser nacido hombre en quien hay natura divina, mas yo no lo creo que asi sea porque yo sé que el que es nacido por quien aquesta señal es parecida es un niño que nació llorando lo cual siendo él Dios lo ha excusado, que llorar no es accidente que en Dios ha lugar.

Y como al bienaventurado rey era ya alumbrado por virtud de la luz divinal respondió diciendo: Amigo no estás tú bien informado de los secretos de Dios y tú no sabes como está dicho por el Profeta Egeo cap. II: «De aquí a poco moveré el cielo y la tierra y el mar y las arenas y vendrá el deseado de todas las gentes». Y en decir moveré el cielo y la tierra nos demuestra la divinidad y la humanidad que son unidas en la persona de esta criatura. Y así mismo dijo Isaías, cap. 45: «Por cierto Tu eres Dios escondido, Dios, Dios de Israel Salvador». El cual dicho nos muestra haber en esta criatura tres personas, como dice tres veces Dios y un Dios y un hombre verdadero en decir en singular, salvador. También dice en este mismo capítulo: «Lluevan los cielos al justo, ábrase la tierra engendrará al Salvador». Así mismo dice este profeta, capítulo 64: «Señor ya rompistes los cielos y descendistes a manifestar el tu santo nombre».

Todas estas profecías por este niño se dijeron y en él son cumplidas y declaradas y sí él nació llorando tanto más muestra la virtud de su majestad

[48] Herrera, M.ª. T. y Oroz Reta, J., 1982: pp.36-38.

que nos comienza a enseñar lo que por nos y con nosotros viene a obrar que es la santa redención nuestra. Y llora su piadosa humanidad la culpa de nuestro primer padre temporal que nos obligó a perpetua damnación. Y visto como consigo trae unida a divinidad a satisfacer aquel pecado, como misericordioso padre lloró nuestra culpa y con sus lágrimas comienza a dar precio de nuestra redención. Y así mismo lloró para darnos doctrina que donándonos a él y llorando nuestros pecados, lo cual debe ser con pura contricción y verdadera confesión de ellos y cumplida satisfacción, los méritos de este verdadero Dios y hombre que es nacido serán verdadera remisión de ellos y sin él no podrían ser, como lo dice Dios por Isaías cap. 43: «Yo soy el Señor el cual sin mí ninguno no se puede salvar». También dice Salomón en el libro de los Proverbios.: El que encubre sus pecados no aprovechará, el que se confiesa y se tira de pecado Dios habrá piedad de él». Por tanto vete con tu malvado y perverso error que aquí no ha lugar tu engañoso argumento y yo iré mi camino que quiérole adorar.

Capitulo VIII: De como tentó Satanás al rey Melchor y de la respuesta[49]

Despedido y destruido el maldito argumento del infernal tentador por la firme fe y católica respuesta del rey Gaspar apresuróse Satanás de se mostrar en forma de médico con nuevas malicias de argüir contra Melchor por le estorbar su santo camino diciéndole: «Si tu arte sabio, rey, te demuestra a conocer por las maravillosas señalas que parescen en el cielo que debes ir a adorar al niño que es nacido en quien parece haber gran poder, cómo no alcanza tu entendimiento que adoración no se debe hacer salvo a Dios. Pues a mi ver claramente parece que este que es nacido no es Dios mas es hombre como otro hombre. Y verlo has porque él ha andado encerrado nueve meses en el vientre de una mujer y allí ha sido nutrido de sangre o de su sustancia y ahora nacido será con leche lo cual si fuese Dios no lo habría menester ni hay en Dios tal necesidad de ser así gobernado y criado como este niño es».

No dejaba de resplandecer en el rey la inspiración divina cercándole y guarneciéndole de verdadera sabiduría con la cual desechando y desdeñando la presuntuosa malicia de aquel que se le mostraba sabio respondió diciéndole: «Vana y mal guarnecida de sabiduría traes tu habla y malicioso argumento que no solo yo me precio de saber del movimiento de los cielos y de su orden natural mas de haber propio y verdadero conocimiento del que sobre natura es, el cual entrañablemente me hace saber lo que en la Santa Escritura hay de autoridades que me dan a conocer claramente quién es este que voy a adorar,

[49] Herrera, M.ª. T. y Oroz Reta, J., 1982: pp. 38-40.

el cual es Dios por quien profetizó el profeta Ezequiel cap. 44: «Que había de entrar por la puerta cerrada». La cual es la Virgen su madre desde niño, cuando dijo: «Esta puerta está cerrada no se abrirá y ninguno no entrará por ella que Dios de Israel entrará por ella estando cerrada». Y por este dijo Jeremías profeta, cap. 31: «Ahé que Dios criará nueva cosa en el mundo, la hembra cercará al varón». Y esta cosa nueva en el mundo se dijo por la virginidad de esta hembra su madre que le ha parido. Que en otras muchas hembras sin cuento hay varón metido mas no cercado como fue este varón en el vientre de esta doncella siendo virgen, que así fue él cercado por razón del encerramiento virginal. Todo esto que te he dicho es para que sepas que este niño es Dios que tales obras como estas todas son de Dios y que le ha placido de tomar carne humana queriendo ser concebido Dios y hombre en una virgen sin haber en ella ningún corrompimiento de su virginidad por la cual dijo Salomón en su libro de los Cantares:. «Toda eres hermosa mi amada y ninguna mancilla no es en ti». Y esto hizo Dios por maravilloso misterio suspendiendo en su poder infinito el tañimiento de la virginidad de esta doncella estando en su vientre virginal tan complido Dios como en el cielo. Y de ahí ahora es salido verdadero Dios y verdadero hombre sin corrompimiento de la virginidad de su madre, suspendiendo así mismo en su poderoso poder el lugar que el cuerpo humano podía ocupar para nacer sin tañimiento ni corrompimiento de la virginidad de la que le parió. Y sábete que la sangre de aquel entero vientre y la leche de aquella santa virgen y madre es así reservada y libre y apartada de toda corrupción que es sobre excelente la sustancia de ello cual conviene para ser criada tal criatura como ésta que es Creador de los ángeles y de todas las cosas creadas como lo dice Isaías cap. 41: «Alzad vuestros ojos al cielo y parad mientes quien lo crió y cuanto en ello ha ángeles, sol, luna, planetas y toda la muchedumbre de las estrellas, todas las creó y ordenó y puso nombre» . Lo cual sé yo y creo que se dijo por este infante que es nacido. Adorarle quiero ir y ofrecerle de mis dones».

Capitulo IX: De la tentación que puso Satanás a Baltasar y de la respuesta del rey[50]

No halló el enemigo Satanás vacíos de fe ni flacos de corazón a estos dos reyes Gaspar y Melchor los cuales con sus razones verdaderas y católicas le desecharon y arredraron de sí. Más él, como malo y astuto sagaz, engañoso cavilador, cauteloso, con maldad pensó que si al tercero rey Baltasar con quien Gaspar y Melchor se iban a juntar y él con ellos él pudiese engañar que o él le ayudaría a estorbar a los otros su camino o al menos que él no iría allá, al cual

[50] Herrera, M.ª. T. y Oroz Reta, J., 1982: pp. 40-44.

prestamente apareció en forma de mujer sabia o adivinadera fingiéndose ser profetisa o sibila. Y traía en su mano unas tablas expertas del arte de la astrología y dijóle: «Baltasar, oí decir de tu sabiduría, la cual para la conocer o experimentar me deliberé de te venir a ver señaladamente en tiempo de tan maravillosa señal como la que en esta estrella o cometa es aparecida en la cual parecerá grandes demostraciones de secretos que a primera vista denotan ser muy graves y su ser es de poca o pequeña absolución. Este niño que es nacido en quien parece haber gran poder sobre natura ¿qué piensas tú que puede ser porque tú te muevas con tanta afición y prisa para le ir adorar siendo tú tan gran rey muy sabio? Que si piensas que haya en él natura divina no lo creas que no anda Dios por los rincones encerrándose en mujeres. Quien los cielos y tierra y los mares y los aires tiene llenos de su grandeza ¿cómo se encerraría en un vientre de una moza? Duélete o habe vergüenza de tu estado y grandeza que la vas a humillar a un niño que ayer le parió una moza que es hombre como otro hombre y no Dios, como tú piensas, que aun este secreto de la natura tan bien lo sé yo como tú lo puedes saber. Que esta ciencia a mi arte pertenece».

Como Baltasar vió la diligente astucia con que se movía aquella mujer que tan presuntuosa y loca fantasía mostraba en su saber y engañosas razones y como ya él estaba en la gracia del Espíritu Santo guarnecido de sabiduría y alumbrado a conocer los secretos de la divina criatura que era nacida, no se le escondió el conocimiento de ver quien era aquella malvada quimera que así le tentaba aunque venía mudada en tal manera y figura. Respondióle con cara segura y corazón prudente diciéndole: «Vete malvado demonio destrucción de las almas, enemigo de toda virtud, vergüenza de toda bondad. Y tú piensas que no te conozco. Tu eres Satanás, maldito, desesperado, dañado con tus mismas obras, que quieres con falsa forma engañarme. Sábete que Este a quien yo voy a adorar sé que es Dios eternal todopoderoso, creador y gobernador de todas las cosas. Este es aquel verdadero rey Mesías a quien todas las gentes esperan para se salvar en su nombre. Este es aquel de quien todos los profetas w han hablado que ha de venir a cumplir la ley y a dar la claridad de ella con que la humana generación se salve los que en El creyeren y su santa doctrina siguieren. Y él es por quien está escrito en el *Levítico* en el capítulo que comienza «cuando contares el pueblo de Israel» Dice ende: «Dios, Dios, Dios piadoso y misericordioso, perdonador de los pecados y de los errores». Este es aquel Dios y hombre que había de nacer de una Virgen por quien dijo Isaías cap. 7: «Ahé que la Virgen concebirá y parirá hijo y será llamado su nombre Enmanuel que quiere decir Dios con nos». Y demuestra ser Dios y hombre. Y porque en el lenguaje en que este profeta habló esta profecía era en hebraico y en hebraico hay tres nombres de mujer que significan un nombre y son

diversos en entendimiento, los cuales son; Nahara, Bethula, Halma. La cual diferencia está en que Nahara se dice por la mujer moza de pocos días no haciendo diferencia si es virgo o corrompida. Bethula se dice por la mujer que no conoció varón no habiendo intención si es vieja o moza que tanto que sea virgen de muchos años o de pocos se llamará Bethula. Halma requiere las dos condiciones que sea moza y que sea virgen. Y tal es esta virgen madre de este niño que es nacido que es virgen y moza y en este nombre Halma la nombró el Profeta en esta profecía. A la cual loándola Salomón en el libro de los *Proverbios* dijo. «Muchas hijas hubieron virtudes y vos pujades sobre todas». Y a significar la santísima virginidad de esta doncella madre de este celestial niño que es Dios fue la visión que vido Zacarías cap. 4 que vió un candelero de oro y en la cabeza del candelero siete candelas de oro que salían del bacín y vió otrosi dos olivas una a la parte derecha del candelero y otra a la parte izquierda y vió que de suyo sin ninguna mano caían las aceitunas y se hacían oleo de suyo y venían al bacín y de él iban a las candelas. Y cuando esto vió el profeta maravillado preguntó al ángel que le estaba delante y dijóle: «Señor, ¿Qué cosa es esto?». Y dijóle el ángel en persona de Dios: «Así como ves que este óleo se hace de suyo sin poner en ello ninguno mano, esto es señal que con solo mi espíritu y mi poderío se hacen todas las cosas» y asi parecería el Mesías del cual profetizaron del comienzo y será Señor de todos los reinados.

Y por eso también se entiende aquel secreto que dijo Salomón. Que el que todas las cosas sabía y entendía después de Dios que no podía entender la carrera del varón en Halma, que es decir que no podía entender cómo la moza virgen pudiese concebir y parir siendo virgen.

Y este secreto no fue maravilla no lo entender Salomón pues tú que eres espíritu, aunque malo no lo has podido ni sabido entender ni aun los ángeles lo pudieron entender que este secreto es sabido de solo Dios y no de otro. El cual secreto fue el misterio de su santa Encarnación que siendo Dios Padre es Dios Hijo por obra del Espíritu Santo en que son tres personas y un solo Dios. Es obra tan alta y tan maravillosa que es sobrenatura su entendimiento. Yo veo bien que tus engañosos y malvados argumentos son cubiertos de debajo de falsas cautelas por nos encaminar a tu morada que es el malaventurado pozo infernal donde tú por tus merecimientos mereciste para siempre estar, del cual este niño que es Dios verdadero y hombre verdadero sé que nos librará. Por el cual dijo David, Salmo 49: «El Señor Dios redimirá mí alma del infierno, ca él me librará». Y así mismo dice Isaías capítulo 45: «Israel será salvo por el Señor Dios, salvamiento para siempre». El cual es salvamiento del ánima y Israel quiere de este hombre que ve a Dios. Pues ya yo a Este a quien voy a adorar espiritualmente le veo que es mi Dios y Redentor allá quiero ir y servirle, ofreciéndole dones convenibles que Dios es verdadero, igual al Padre

en cuanto a la su divinidad, y es hombre verdadero y mortal, menor que el Padre en respeto de la humanidad que tomó en el virginal vientre de su madre, por el cual dijo Isaías cap. 25: «El tirará la muerte y tirará las lágrimas».

Capitulo XIII: de como Herodes despidió a los Reyes[51]

El escándalo y turbación que el rey Herodes hubo con la venida de los Reyes Magos y con su demanda que traían se le acrecentó con la respuesta que los judíos le dieron. Y entretanto que deliberaba de lo que hacía usó de esta cautela por consejo de Satanás que más ligero lo halló de sojuzgar que a los reyes en las tentaciones que les había hechas.

Llegóse Herodes a los reyes y apartados de toda persona les dijo: «Id a buena ventura que ya poco más o menos debéis de ir informados de la demanda que traéis y con mucha diligencia buscad este niño y en hallándolo venid vos por aquí para me lo decir porque yo con tan cierta información como la vuestra traerlo he e irle he a adorar».

Capitulo XV: De la Adoración del rey Melchor[52]

Acabada la porfía de sus cortesías y ruegos, el bienaventurado rey Melchor, teniendo los ojos humillados ante la majestad divinal del niño confesándole quién era con pura fe, besándole los pies le dijo: «Tu divinal providencia ha cumplido los bienes y mercedes que el linaje humano prometió, la cual promesa fue que tú, verdadero Mesías, rey celestial, vendrías siendo Dios y Hombre verdadero, como lo eres, para reparar la caída que caímos por la culpa de nuestro primer padre. La cual con tu infinita bondad y piadosa caridad vienes a satisfacer, unida tu divinidad con nuestra masa de carne, porque siendo como eres Dios verdadero, y tal te confieso, y hombre verdadero, tal te conozco, puedes y debes cumplir la redención de la humana generación. Por quien dijo Isaías, cap. 45: «Por cierto tú eres Dios escondido, Dios, Dios de Israel Salvador». Y dice más en este mismo capítulo: «Israel será salvo por el Señor Dios, salvación perdurable, por la cual nunca seréis confundidos por siempre jamás» M. Tu Señor eres Dios alto resplandeciente, por quien nos dijo este mismo profeta cap. 60: «El pueblo que andaba en tiniebla vieron gran luz, los que estaban en tierra de la sombra de la muerte la luz resplandeció sobre ellos». Pues Padre celestial, suplico a Tu infinita misericordia que benignamente aceptes de recibir mi ofrenda en primicia que te sirvo, confesándote que eres Dios todopoderoso el cual eres comienzo y fin». Y dichas estas palabras puso en la mano de la Virgen una copa de oro

[51] Herrera, M.ª. T. y Oroz Reta, J., 1982: pp. 51-52.
[52] Herrera, M.ª. T. y Oroz Reta, J., 1982: pp. 54-55.

llena de incienso ", que a Dios eterno pertenece tal servicio, en señal de ofrenda espiritual.

Capitulo XVII: De la adoración del rey Gaspar [53]

Hecha su exclamación y ofrecida su ofrenda, este anciano rey honrado y apartándose muy humildemente de allí, llegó el segundo rey Gaspar y puestas las rodillas en el suelo con inclinado acatamiento, dudando con temor y contemplando en la alteza de la divinidad encerrada y unida con la bajeza de la carne humana que en aquella criatura parecía no se afiuzaba en su habla para poder decir lo que de esta novedad sentía. Mas esforzado del Espíritu Santo y encendido del fuego de su resplandor, teniendo en las manos una caja de oro llena de mirra, dijo: El presente que traigo a tu majestad, Dios y hombre verdadero, tu eternal sabiduría eternalmente sabía que se te debía ofrecer y significar el misterio de tu santísima encarnación y pasión y muerte que determinó tu caridad de venir a padecer por la salvación de los tus fieles y que tu alta divinidad hubiese de venir a ser hombre siendo Dios que había de ser por obra de Espíritu Santo. Tu lo mandaste decir a Isaías y dijólo cap. 7: «Ahé que la Virgen concebirá y parirá hijo y será llamado su nombre Enmanuel, que dice Dios con nos pues concebir Virgen y parir quedando Virgen obra de Espíritu Santo es» °14. Y esto mismo quiso decir Zacarías, cap. 7 cuando dijo: «Ahé que varón nacerá y de suyo nacerá y edificará Ia casa de Dios». Y codiciando ésta tu venida y doliéndose de nuestra orfandad decía Jeremías: «Huérfanos somos sin padre». Al cual respondió Dios: El redentor que os he de enviar no tiene padre, él os redimirá. La cual redención será con tu sagrada pasión que sufrirás muy penosa. De la cual habló Isaías cap. 53, diciendo: «Cómo se maravillarán ende muchos viéndoos desfigurado de los hombres y menospreciado». Y dice más adelante este mismo profeta en este mismo capítulo: «Vímosle menospreciado varón de dolores y de enfermedades, tanto que volvimos nuestras caras de no le otear, menospreciárnosle y no hicimos cuenta de él». Y así todo este capítulo hace muchos versos hablando de tu sacratísima pasión y dice también que fue por nuestra redención, mostrando cómo esta tu venida es para satisfacer por orden de justicia con los martirios que viniste a padecer por las culpas de nuestros pecados que nos quedaron de la herencia del primer hombre que creaste. Y esto parece en decir lo que dice este Isaías en este mismo capítulo: «Por cierto nuestras enfermedades El las llevó, nuestros dolores El los sufrió y nos pensamos que era herido de parte de Dios por ser de él aborrecido». Y dice luego el verso siguiente: «La cosa no fue como pensamos, que sus dolores fueron perdón de nuestros pecados.

[53] Herrera, M.ª. T. y Oroz Reta, J., 1982: pp. 56-58.

La disciplina por donde nos hubimos paz, él la llenó y por sus llagas fuimos nos salvos» Así mismo dice adelante: «De la prisión de la justicia será tomado y su generación quien la contará». Cierto es que tu generación de parte de ser Dios no hay quien la cuente si no tu majestad eterna y que esta profecía se dijo por ti, rey del cielo y de la tierra. Claro parece que luego en este mismo capítulo dice: «El Señor Dios consintió de ser atormentado por ser la su alma sacrificio y enmienda y vera simiente» m. Donde claro dice que no solo sufrirás tormentos, pasiones, más aún que tu sacratísima alma vienes a dar por nuestra salvación y aun que con tu preciosa muerte se ha de comprar nuestra vida. Como lo dijo Isaías, cap. 61: «Soy enviado a sanar los quebrantados y a soltar los presos, a proveer los que traen duelo, corona en lugar de ceniza, y oleo de alegría en lugar de tristeza, y vestimenta gloriosa en lugar de quebranto». Pues Señor misericordioso, mi ofrenda y mi servicio significa que tu santísima carne humana ha de ser atormentada y muerta y que tu precioso cuerpo será guardado de toda corrupción en el sepulcro donde estará junto con tu alta divinidad. Que este mismo profeta Isaías en el mismo cap. 53 dice: «Y puso con los malos su sepultura y fue atormentado no por mal que hizo ni engaño en su boca»

Capitulo XIX: De la adoración del rey Baltasar[54]

Entre tanto que estos dos reyes ofrecían sus presentes y decían las maravillas que en sus corazones había Dios implantadas, puestos los ojos Baltasar en el acatamiento de la criatura, contemplada entrañablemente cómo dentro de ella estaba encerrado el Creador de todo el mundo, encendíase en el fuego de su resplandor en el cual veía clara la eternidad siempre duradera de aquel rey del cielo y de la tierra delante de quien estaba y dando fin los dos reyes a sus oraciones, puestas Baltasar las rodillas en el suelo, besando los pies al niño, ofrecióle una caja de oro llena de oro diciendo: «Con las significaciones de mi ofrenda demuestro, criatura divinal, la alteza y pureza de tu majestad que tú eres rey perpetuo. El reino del cual, según dice Isaías y yo así lo creo y lo confieso, es reino que para siempre será duradero y en él no habrá fin. Por ende, Señor, mi servicio de esta ofrenda que te ofrezco es metal resplandeciente y que no recibe corrupción y su valor es de más precio que ninguno de todos los otros metales. He de notar que tu Altísima divinidad es así resplandeciente que de su virtud resplandece todo resplandor. Es así incorruptible que desde siempre para siempre es duradero tu reinado por quien dijo Jeremías, cap. 23. «Ahé que Dios vendrá, dice el Señor, levantaré de David simiente justa reinará y entenderá y hará justicia y misericordia en el

[54] Herrera, M.ª. T. y Oroz Reta, J., 1982: pp. 60-61.

mundo, en sus días será salvo Judá y Israel morará en fiuza y éste será el nombre que le llamará Dios nuestro justo». Verdaderamente Tu eres este, simiente justa, que eres del linaje de David de la tribu de Judá en cuya fiuza está y estará todo aquel que te conoce, que éste es llamado Israel.

Y por tí dijo Isaías cap. 9: «Amochiguará el señorío la paz no habrá fin sobre la silla de David y de su reino para siempre». Así mismo dijo este mismo profeta, cap. 61: «Gozaré y alegraré con el Señor que El me vistió paños de salvación, manto de misericordia me cubrió». Y pues el resplandor de tu divinidad me ha alumbrado para te ver y te conocer plega a tu merced y piedad de me encaminar a aquel reino tuvo glorioso que es para siempre».

Glosa que aparece en los márgenes del capítulo XXIII[55]

En los márgenes superior, izquierdo e inferior, dice: «Porque en este sermón no se hace mención del fin y acabamiento de estos bienaventurados reyes, hay que saber que, a Ia sazón que nuestro Redentor Jesucristo nació, estos santos reyes señoreaban Ia India Mayor, en que se contienen tres Indias, a las cuales estaban sujetos otros reyes. Y Melchor en aquel tiempo reinó en Ia primera India, en el reino de Nubia, y llamóse rey de Arabia y de Nubia-, y Baltasar reinó en Ia segunda India y titulábase rey de Godolia y de Saba. Gaspar reinó en Ia tercera India. Su título era Rey de Tarsis y de ínsula y GrísuIa, donde está el cuerpo del apóstol santo Tomás. Y, según dice en su historia de estos bienaventurados reyes, por mano de aquel glorioso apóstol fueron consagrados arzobispos; y, después de su martirio de él, ellos juntos con los reyes a ellos sujetos y con todos los otros prelados y grandes hombres principales de las Indias acordaron elegir un notable varón en memoria del apóstol, a quien llamasen el patriarca Tomás, que en lo espiritual los instruyese, al cual como a Santo Padre obedeciesen en todo. Y, uno muerto, otro elegían perpetuamente como hoy se hace. Y porque los bienaventurados reyes —raspado y encima, de otra letra, lo que sigue— antes hubieron casta y después —subrayado de la letra primitiva— limpiamente vivieron —sigue tachado— y murieron, así toda la gente de aquellas tierras a ejemplo de sus vidas quedaron así adoctrinados que, de concordia de todos, otro muy noble e virtuoso varón eligieron que también en lo temporal como en lo espiritual los rigiese y gobernase y fuese soberano a todos, sin tener nombre de rey ni de emperador, más llámase preste Juan, Señor de las Indias, a quien siempre el hijo mayor sucediese. Y así se hace hoy>.

[55] Herrera, M.ª. T. y Oroz Reta, J., 1982: p. 69

Capitulo XXIV: Como se dispidieron los Reyes de la Virgen María y declara la significación de la vuelta de los Reyes por otro camino[56]

Despedidos los Reyes con licencia que nuestra Señora la Virgen María les dio aquella noche que allí estuvieron, el ángel mensajero de Dios les apareció en sueños y les mostró o dijo que por otro camino volviesen a sus tierras y no por el que habían venido. Así porque a Herodes no tornasen como porque el camino por donde habían venido era muy fragoso aunque no lo habían sentido por trabajo y el mismo ángel les enseñó camino llano y bueno, derecho, para volver a sus reinos. En lo cual nos dió nuestro Señor doctrina y que entendamos cómo aquellos reyes antes que conociesen a Nuestro Señor estaban ciegos en estar sin ley. Y así nosotros todo el tiempo que estamos en pecado mortal estamos ciegos y sin ley. Y así como ellos habiendo cumplimiento de gracia para le conocer le vinieron a adorar, así nosotros en dándonos Dios gracia para conocer nuestros pecados venimos a hacer penitencia de ellos. Y el camino muy fragoso que ellos trajeron significa la penitencia que habernos de hacer, que el trago de la penitencia sentimos por muy áspero para la hacer, pero guiados por la gracia del resplandor divinal que nos encamina para el cielo, como a ellos guió aquel adalid celestial, nos da el esfuerzo el Espíritu Santo para poder sufrir la aspereza de la penitencia hasta nos llegar a la cumplir y desde allí para nos quitar de los pecados y tornarnos a Dios. Es otro camino muy llano, dulce, gracioso, derecho para nuestra patria la cual es el reino glorioso de los cielos donde fuimos criados y para donde siempre suspiramos. Y por esto decía David, en el salmo 15: «Señor quien morará en tu tabernáculo y quién estará en tu monte santo». También decía el profeta Jonás, cap. 3: «Aquel que sabe que está en pecado haga penitencia y tórnese a Dios».

Así que los que quisiéremos semejar a estos bienaventurados reyes aunque en la ofrenda no sigamos sus pisadas, sigámoslos en la doctrina que de sus obras nos queda buscando a Dios con mucho amor, con mucha fe, con mucha diligencia y hablarle hemos que en cada cosa de cuantas El creó le hallaremos o le podemos hallar. No porque cada cosa en ninguna, ni todas las cosas creadas le contengan ni le pueden contener, mas porque cada cosa y todas las cosas son de El contenidas y en cada una cosa de cuantas El creó y en todas puede ser hallado. Y hallándolo conozcámosle, creámosle, confesémosle, adorémosle, amémosle, sirvámosle, que su galardón no solo es grande sin comparación, mas es cierto. Que así nos lo dice Dios por Isaías cap. 57: «Descubrid el camino, quitad de él las piedras, conviene a saber, los pecados». Ca dice el Señor Dios: Aunque estoy alto acato al humilde y al

[56] Herrera, M.ª. T. y Oroz Reta, J., 1982: pp. 70-71.

corazón quebrantado habiendo contrición de sus pecados, por cuanto las almas yo las creé y no quedará mi ira sobre el pecador para siempre y desde que él hiciere penitencia yo le sanaré, conviene a saber, los perdonaré, y quien esto más cumplidamente lo quisiere ver mire los salmos penitenciales y allí lo hallará.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

33 Estoria de España

135. De lo que contecio en ell anno quinzeno.[57]

[…] E sabet que aquel dia en que Octauiano entro en Roma et lo llamaron Augusto primeramientre, fue aquel mismo a que los cristianos llamamos Epiphania o aparicion, que quier tanto dezir cuemo «manifestamiento», porque en aquel dia apareció Nuestro Sennor a los tres Reyes Magos en Belieem, cuemo adelante oyredes […]

152. De lo que contecio a los quaraenta et tres annos[58]**.**

A los quaraenta et tres annos dell imperio de Octauiano en que se cumplieron sietecientos et cinquaenta et dos que Roma fuera poblada, et que andaua la era en quaraenta, e ell anno en que el Nuestro Sennor nascio et se començo la sexta edat en dos, e el regno so de Herodes en treynta et tres, auino assi que tres reyes magos de tierra de oriente uieron ell estrella de que oyestes dessuso que aparesciera a la nascencia de Ihesu Cristo; et entendieron, por la arte de las estrellas en la sennal daquella, que nasciera rey que auie a seer sennor de todos los reyes del mundo. Mas por que no pudieron saber ciertamientre si serie Dios o omne, tomaron tres cosas quel offreciessen: oro, mirra, encienso; oro, por que sabien que era rey; mirra, si fuese omne; encienso, si fuesse Dios. E por yr mas ayna, fueron en dromedarios, que son camellos cosseros, et andan mas que ningunas otras bestias que en el mundo sean. Et guio los aquella estrella, et llegaron al trezeno dia de la nascencia de Ihesu Cristo a la cibdat de Bethleem, al logar o estaua el niño con su madre, et offrecieronle oro et mirra et encienso; et desi fueron su uia por otra carrera, por que los no fallasse el rey Herodes que querie matar al niño […]

153. De lo que contecio a los quaraentaet cinco anos[59]**.**

A los quaraenta et cinco annos en que se cumplieron sietecientos et cinquaenta et quatro de la puebla de Roma, en la era de quaraenta et dos, et que andaua ell anno de Nuestro Sennor en quatro, et el regno de Herodes en treynta et cinco, mando Herodes Escalonita llegar todos quantos ninnos auie en tierra de Judea que de dos annos a ayuso fuessen, et fizo los matar, por cuydar que matarie entrellos aquel ninno de quel dixieran los reyes magos que auie a seer rey daquella tierra, et que cuydaua el que serie de linage de sus enemigos; ca segund el tiempo, que Herodes aprisiera de los reyes, de la

[57] Menéndez Pidal, R. (ed.), 1906: p. 103.
[58] Menéndez Pidal, R. (ed.), 1906: p. 109.
[59] Menéndez Pidal, R. (ed.), 1906: p. 110.

nascencia de Ihesu Cristo, bien sabie que no auie dos annos complidos; et por ende mato los ninnos que eran daquel tiempo, mas no lo fallo entrellos, ca ya fuxiera Joseph con el et con su madre a Egypto por mandado dell angel. En los quaraenta et sex annos no contescio ninguna cosa granada que de contar sea.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

34 El libro de los Estado de Don Juan Manuel[60]

LIBRO II

Capítulo XVI

El capitulo XVI fabla en cómmo Julio provava al infante quál fue la razón por que los reys de Sabaa vinieron adorar a Jhesu Christo.

—Otrosí, la razón por quel vinieron adorar los reys [de Sabaa], paresçe a mí que fue por dar a entender que El era el señor del mundo, et que todos los reys, eran en el su poder et que todos lo avían de obedesçer. Et el oro,ençienso et mirra que ellos le enpresentaron fue por dar a entender quién fué Jhesu Christo. Et eso fazían ellos prophetizando lo que avía de ser; ca por el oro que ofreçieron se entendía que todo el mundo era en su poder, et la su gran nobleza; et por elençienso se entendiía el sacrificio que avía de ser fecho del su cuerpo; et por la mirra, que es muy amarga, la amargura de la su muerte.

Capítulo XVII

El XVII fabla en cómmo Julio provava quál fue la razón por que la estrella fue naçida en el naçimiento de Jhesu Christo.

—Otrosí, la razón por que vino con ellos la estrella que los guió fue porque todos entendiesen que manifestanente era Dios poderoso, que también le obedeçia[n] las cosas et criaturas del cielo commo las animalias et las criaturas de la tier[r]a.

[60] Macpherson, I. R. y Tate, R. B. (ed.), 1991: pp. 331.

35 Auto de los Reyes Magos[61]

[Escena I]

[CASPAR] **[Solo.]**

¡Dios criador, cuál maravila,
no sé cuál es aquesta strela!
Agora primas la he veída;
poco tiempo ha que es nacida.
¿Nacido es el Criador
que es de la[s] gentes Senior?
Non es verdad, no sé qué digo;
todo esto non vale un figo.
Otra nocte me lo cataré,
si es verdad bine lo sabré.

[Pausa.]

¿Bine es verdad lo que yo digo?
En todo, en todo lo prohío.
¿Non pudet seer otra sennal?
Aquesto es i non es ál;
nacido es Dios, por ver, de fembra
in aquest mes de december.
Alá iré; ó que fure, aoralo he;
por Dios de todos lo terné.

[61] Recogido a partir de la edición digital de Menéndez Pidal, R., 1990: pp. 171-177, en http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/auto-de-los-reyes-magos--0/html/fef96226-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html

[BALTHASAR] **[Solo.]**

Esta strela non sé dónd vinet,
quín la trae o quín la tine.
¿Por qué es aquesta sennal?
En mos días non vi atal.
Certas nacido es en tirra
aquel qui en pace y en guerra
senior ha a seer da oriente
de todos hata in occidente.
Por tres noches me lo veré
y más de vere lo sabré.

[Pausa.]

¿En todo, en todo es nacido?
Non sé si algo he veído.
Iré, lo aoraré,
y pregaré y rogaré.

[BALTHASAR] **[Solo.]**

Val, Criador, atal facinda
¿fu nuncas alguandre falada
o en escriptura trubada?
Tal estrela non es in celo,
d'esto só yo bono strelero.
Bine lo veo sines escarno
que uno omne es nascido de carne,
que es senior de todo el mundo,

así cumo el cilo es redondo.
De todas gentes senior será
y todo seglo jugará.
¿Es? ¿Non es?
Cudo que verdad es.
Veerlo he otra vegada,
si es vertad o si es nada.

[Pausa.]

Nacido es el Criador
de todas las gentes mayor.
Bine lo veo que es verdad;
iré alá, por caridad.

[Escena II]

[CASPAR] **(A** BALTHASAR**.)**
¿Dios vos salve, senior? ¿Sodes vos strelero?
Dezidme la verdad, de vós sabelo quiro.
[¿Vedes tal maravilla?]
[Nacida] es una strela.

[BALTHASAR] Nacido es el Criador,
que de las gentes es senior;
iré, lo aoraré.

[CASPAR] Yo otrosí rogar lo he.

[MELCHIOR] **[A los otros dos.]**
Seniores, ¿a cuál tirra, ó queredes andar?
¿Queredes ir conmigo al Criador rogar?
¿Avedes lo veído? Yo lo vo aorar.

[CASPAR] Nós imos otrosí, si l' podremos falar.
Andemos tras el strela, veremos el logar.

[CASPAR y MELCHIOR] Andemos y así lo fagamos.

[Escena III]

[CASPAR] **[Y los otros dos Reyes a** HERODES**.]**
¡Salve te el Criador, Dios te curie de mal!
Un poco te dizeremos, non te queremos ál.

[MELCHIOR] Dios te dé longa vita i te curie de mal.

[BALTHASAR] Imos in romería aquel rey adorar
que es nacido en tirra, no l' podemos fallar.

[HERODES] ¿Qué decides, ó ides, a quin ides buscar?
¿De cuál terra venides, ó queredes andar?
Decidme vostros nombres, no m' los querades celar.

[CASPAR] A mí dizen Caspar,
est'otro Melchior, ad aquest Balthasar.
Rey, un rey es nacido que es senior de tirra,
que mandará el seclo en grant pace sines g[u]er[r]a.

[HERODES] ¿Es así por verdad?

[CASPAR] Sí, rey, por caridad.

[HERODES] ¿Y cúmo lo sabedes?
¿La provado lo havedes?

[CASPAR] Rey, vertad te dizremos
que provado lo havemos.

[MELCHIOR] Esto es grand maravila,
un strela es nacida.

[BALTHASAR] Sennal face que es nacido
y in carne humana venido.

[HERODES] ¿Quánto ý ha que la vistes
y que la percibistis?

[CASPAR] Tredze días ha,
y mais non haverá,
que la havemos veída
y bine percibida.

[HERODES] Pus andad y buscad
y a él adorad,
y por aquí tornad.
Yo alá iré
y adoralo he.

[Escena IV]

[HERODES] **[Solo.]**

¡Quín vio numcas tal mal,
sobre rey otro tal!
Aún non só yo morto,
ni so la terra pusto!
¿Rey otro sobre mí?
¡Numcas atal non vi!
El seglo va a çaga,
ya non sé qué me faga;
por vertad no lo creo
ata que yo lo veo.
Venga mío maiordoma
qui míos haveres toma.

[Sale el MAYORDOMO**.]**

Idme por míos abades
y por míos podestades
y por míos scribanos
y por míos gramatgos
y por míos streleros
y por míos retóricos;
dezir m'han la vertad, si yace in escripto
o si lo saben elos o si lo han sabido.

[Escena V]

[Salen LOS SABIOS **de la corte.]**

[LOS SABIOS] Rey, ¿qué te plaze? Henos venidos.

[HERODES] ¿Ý traedes vostros escriptos?

[LOS SABIOS] Rey, sí, traemos,
los mejores que nós havemos.

[HERODES] Pus catad,
dezidme la vertad,
si es aquel omne nacido
que estos tres rees m'han dicho.
Di, rabí, la vertad, si tú lo has sabido.

[EL RABÍ] Por veras vo[s] lo digo
que no lo fallo escripto.

[OTRO RABÍ]

[RABÍ 1.º] Yo non la sé, por caridad.

[RABÍ 2.º] Porque no la havemos usada.
ni en nostras vocas es falada.